


Maria Alicia Dominguez



**La Aureola**



**MOLY & LASSERRE**

EDITORES

LL  
1920  
DOM



00047058







MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ  
MAESTRA NORMAL NACIONAL  
PROFESORA DE CASTELLANO EN EL COLEGIO NACIONAL  
"TENIENTE GENERAL JULIO ARGENTINO ROCA"

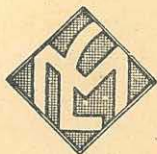
# LA AUREOLA

Texto aprobado por el Consejo Nacional de Educación

TEXTO DE LECTURA

para 5.º y 6.º grados de las escuelas de niñas.

Adaptado a los nuevos programas de enseñanza primaria.



MOLY & LASSERRE

EDITORES

Callao 575 - BUENOS AIRES

*Queda hecho el depósito que  
ordena la ley 11.723.*

*Actas*

# INDICE DE MATERIAS

## Orientación Literaria

(Autores universales)

El dolor .....	4	El encuentro .....	64
La Cojita .....	9	Una conversación con Sor Juana Inés de la Cruz	70
Soneto .....	12	La sabiduría del corazón	77
Dos canciones de madre .	19	La última carta de María Antonieta	79
El consuelo y la espe- ranza .....	24	Mireya .....	95
Carta de Mme. Sevigné a su hija .....	26	Cómo es Margot .....	106
La muñeca .....	29	La Viuda .....	109
Mujeres egipcias .....	36	Eva .....	126
La gallega .....	41	Blanca Nieves .....	133
Bi-Kuni-San .....	47	Cenicienta .....	146
Caperucita .....	61		

## Orientación Literaria

(Autores nacionales)

La madre .....	2	La última carta de Ma- nuelita .....	96
Odas Seculares .....	5	Romances de la niña ne- gra .....	98
La casa de Rosalía de Castro de Murguía .....	21	Las beldades de mi tiem- po .....	115
Para una dama patricia	23	Bajo las glicinas .....	132
Retrato físico de Manue- lita .....	33	Retrato moral de Manue- lita .....	148
El sueño .....	46	Rosariño Simón .....	166
Ventana mágica .....	85	Canto al Sol Indio .....	477
Poemas en prosa .....	87		
Seguramente .....	92		

## Formación Espiritual

### Los sentimientos — El carácter

La aureola .....	1	Romance de la muñeca ..	55
Elogio de la naturalidad	10	El buen rey .....	116
Las manos de los pobres	13	Simplificación de la vida	130
El corazón de una dama		Las manos de mi padre..	140
argentina .....	28	Evitar el ocio .....	167
Romance de María Esther	30	La mujer perfecta .....	171
La conversación .....	52	Mariquita Sánchez .....	174

### La Familia — El Hogar

La madre .....	2	La hermana .....	78
La hija .....	11	Virginia .....	89
El comedor .....	15	De las memorias del ge-	
Dos canciones de madre.	19	neral Paz .....	93
La familia .....	32	Pepita Jiménez .....	119
La mesa .....	40	La mujer y el trabajo...	137
Las hermanas tutelares...	45	La hermana .....	139
Dorotea .....	53	La esposa .....	147
La madre de Sarmiento..	54	La señora que hace dulces	152
Elogio de las manos ma-		La poesía de Yamato .....	179
ternales .....	66	Linterna mágica .....	172

### Los destinos humildes

La hilandera .....	6	Lavanderas .....	90
La hermana de la caridad	7	María Lucero .....	100
La dama de la lámpara..	31	Cenicienta .....	146
La gallega .....	41	Cuatro retratos de mujeres	178
La lechera .....	50		

### Las creadoras — Las inspiradoras


Las santas mujeres.....	17	Mme. Curie .....	57
Los trabajadores .....	35	Humahuaca .....	59
Juana Manuela Gorriti....	43	Victoria Aguirre .....	62
Isabel de Castilla .....	48	Una insigne pintora.....	69
La madre de Sarmiento...	54	Una vida heroica.....	71



Patriotismo de las porteñas .....	73	Concepción Arenal .....	128
Las Campanas .....	75	La musa de los Andes ...	132
Doña Aurelia Vélez Sársfield .....	103	Mi primer hogar .....	134
El Gaucho .....	105	Magdalena Güemes .....	143
Santa Teresa de Jesús ...	112	Mi retrato .....	145
Un teniente coronel femenino .....	121	Cuadro de hogar.....	150
El libro de mi vida.....	124	Mariquita Thompson .....	154
		Las mujeres literatas ...	158
		Roma .....	160
		Güemes .....	161







## *A los maestros*

*Como anticipo de más amplia obra dedicada a la infancia de mi país, empiezo a cumplir en este libro la deuda que con ella tengo en mi carácter de escritora y de maestra.*

*La presente colección es el fruto de una cosecha lenta y difícil a través de la buena literatura universal. Me guió en ella el pensamiento ya expresado por mí <sup>(1)</sup> de que el niño normal y sensible puede leer a muchos grandes autores, siendo más provechoso para él este conocimiento que el de cierta literatura infantil cuyo epíteto predispone ya en contra. La experiencia enseña que los mejores libros de la humanidad son expresiones de verdades eternas, y que su conocimiento gradual a cargo de madres inteligentes y de maestros perspicaces, revela en el niño preferencias y repulsiones que, definiendo su carácter, facilitan la colaboración formativa a la que llamamos moralmente docencia.*

*De acuerdo con un plan exigente que me llevó a buscar en los grandes autores la página más accesible, y acaso por eso mismo, generalmente la mejor, he rechazado las adaptaciones que a menudo traicionan el contenido íntimo de la prosa y verso inmortales. Y esta fidelidad es el homenaje de gratitud que rindo al talento de los así elegidos.*

*En la montaña que algunos representan, he buscado hasta dar con ella la florecita que brota allá ingenua-*

(1) «El Cultivo de la Imaginación infantil». Conferencia en la primera exposición de libros para niños.

*mente. Y es la que ofrezco a los niños, con la esperanza de que algún día les indique graciosa, el acceso de la cumbre natal. . .*

*Mi testimonio no es distinto del que pueden dar otras criaturas en llegando a mayores: debo emociones y descubrimientos inolvidables al texto antológico. Y es éste el que se impone para los grados superiores, atento a los casos más que frecuentes del niño bien dotado que luchando con su medio y en un completo desamparo intelectual, puede hallar así un ejemplo y un estímulo. Acaso más de una predilección nacerá para él de esas páginas que lea y estudie con su maestro.*

*Esta selección promovida por un interés femenino que enuncia claramente los temas y los asuntos, está dedicada a las niñas, cuyas preferencias no son, sin duda, las mismas de los varones. A lo cual corresponden, asimismo, los distintos sentimientos por cultivar en ambos casos, cuando la vida comienza a establecer diferencias profundas que se manifiestan en tendencias opuestas aunque complementarias*

*Propónese el presente libro que la mujer aparezca en su papel de inspiradora y creadora, así como en la excelencia de su destino familiar, a través de muchas páginas insignes.*

*Artes y profesiones, naturaleza y sentimiento, patria y humanidad, guardan aquí una estricta relación con la criatura femenina, su psicología y su desempeño en la Vida y en la Historia.*

*Fué compuesto este libro con un deseo puro que hizo más llevadero el trabajo nada fácil de su realización: despertar en las niñas de hoy la conciencia de su dignidad como mujeres de mañana.*

**M. A. D.**

## La Aureola

Toda vida humana trasciende en sus actos como la luz de una lámpara en su reflejo. En el mundo de los símbolos, la recompensa que merece cualquier vida útil de mujer está constituida por la ajena consideración que la rodea como una aureola, y dimana de la luz que lleva en su alma. Esta aureola débese, en algunos casos, al mérito que alcanzan dones extraordinarios, como lo verás por las páginas de este libro en el que he reunido para ti un excelso ramillete de inteligencias femeninas.

La clarividencia de Isabel la Católica, la inspiración de Santa Teresa, la ciencia de Mme. Curie, la caridad de Florencia Nightingale, creáronle a cada cual de ellas una aureola cuya luz pertenece como por herencia a todas las mujeres, constituyéndoles un ejemplo y un estímulo

Así también toda criatura, por humilde que sea, puede aspirar a ese símbolo, si vive conforme a un propósito útil y noble: la madre tutelar, la hija solícita, la esposa providente, la patriota abnegada. . . Con lo que su virtud y su gracia fueron y son objeto del arte, motivo inspirador del heroísmo y la sabiduría. . . El oficio más humilde, el destino en apariencia más oscuro, no son indignos de la aureola simbólica. Y toda mujer puede y debe aspirar a esa luz, realizando su existencia con dignidad.



## La madre

El hombre ha nacido para pensar y la mujer para amar. El sentimiento es su elemento; por eso ama todo lo delicado, buscando en la sociedad la paz, la música en las artes y en la naturaleza las flores. La mujer para coronarse de brillante aureola sólo necesita dejar ancha esfera a la irradiación de su propio corazón: dejar brillar al exterior el fuego que Dios ha encendido en él, como instinto e impulso de la misión que le ha dado: mantener el mundo por el sentimiento y salvar las sociedades por el amor consagrado en los tiernos misterios del hogar de la familia.

Hay en el mundo un poder, cuya extensión lo alcanza todo: un sacerdocio, cuya sublime acción se siente en todos los fenómenos históricos y sociales; poder y sa-

cerdocio, que se sostiene a sí mismo por la inalterable armonía de la sensibilidad, por el efecto de la suprema voluntad que lo ha establecido, por el instinto y la ley de la naturaleza que nos hace amar aquello que nos ofrece confianza; poder y sacerdocio, en fin, que se nombra con esa palabra, que jamás sale de nuestros labios, sin que los latidos del corazón acompañen su eco hasta perderse: con esta palabra ¡madre!

**José Manuel Estrada.**



**Escritor argentino (1842-1894).**

Obras principales: *Curso de derecho constitucional; Lecciones sobre historia de la República Argentina; Las ideas liberales bajo la tiranía.*

# El dolor

El que no recibe más que impresiones gratas se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio, sin lucha, sin contrariedad, sin abnegación, sin prueba, sin sacrificio ;sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud! ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos? El dolor. La amistad, que no existe sin los amargos días de prueba; el amor, que se purifica orando junto a un lecho de muerte o de prueba; o sobre una tumba querida; el efecto maternal, tan sublime en sus temores o en sus penas; el heroísmo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas o con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdón, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen? En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún dolor, algún grave dolor, como su raíz necesaria. Por el contrario, el placer, ya lo hemos dicho, enerva y degrada; es un árbol de bella flor y envenenado fruto, cuya sombra es mortal. El que no recibe más que sensaciones gratas no sabe pensar ni sentir: no comprende, ni padece, ni ama; no es hombre.

**Concepción Arenal.**

**Escritora española (1820-1893).**

De gran fecundidad literaria, siendo su principal obra: *Manual del visitador del pobre*, traducido a varios idiomas.



# Odas seculares

(Fragmento final)

Como era fiesta el día de la Patria,  
Y en mi sierra se nublan casi todas  
Las mañanas de Mayo, el 25,  
Nuestra madre salía a buena hora  
De paseo campestre con nosotros,  
A buscar por las breñas más recónditas,  
El panal montaraz que ya cuajaba  
Su miel de otoño en madurez preciosa.  
Embellecía un rubio aseado y grave  
Sus pacíficas trenzas de señora.  
Seguíanla el peón y la muchacha.  
Y adelante, en pandilla juguetona,  
Corríamos nosotros con el perro  
que describía en arco pistas locas.

Con certeza cabal decía el hombre,  
—Aquí está el camuatí, misia Custodia.  
Que así su nombre maternal y pío  
Como atributo natural la adorna.  
Aunque aquí vaya junto con la Patria  
Toda luz, es seguro que no estorba.  
Adelgazada por penosos años,  
Como el cristal casi no tiene sombra.  
Después, se nos ha puesto muy anciana,  
Y si muere, sería triste cosa  
Que no la hubiese honrado como debe  
Su hijo mayor por vanidad retórica.

**Leopoldo Lugones.**

**Escritor y poeta argentino contemporáneo.**

Obras principales: *Historia de Sarmiento*; *El payador*; *Estudios helénicos*; *Odas seculares*; *Poemas Solariegos*; *Romancero*.

## La hilandera

A un costado de la casita veíase un redondo palomar, cuyos alados moradores revoloteaban de un lado a otro y una linda paloma blanca se posó en la punta del airoso tejadillo que se adelantaba a manera de piadoso dosel que corona la efigie de un santo, sobre la cabeza de la bella hilandera. Hallábase ésta sentada en la pequeña galería, e hilaba, no con arreglo al procedimiento de las hilanderas alemanas, sino según aquella primitiva manera en que se sujeta debajo del brazo la rueca henchida de cáñamo y el hilo se va hilando en torno del huso, suspendido en el aire. Así hilaron las hijas de los reyes en Grecia; así hilan aún las Parcas y todas las italianas. Ella hilaba y sonreía; la paloma estaba inmóvil sobre su cabeza y a su vez, se elevaban tras de la casa las altas montañas, cuyas nevadas cumbres abrillantaba el sol, dándole la apariencia de una sombría guardia de gigantes con las cabezas cubiertas con bruñidos cascos.

**Enrique Heine.**

**Poeta y escritor alemán (1799-1865).**

Obras principales: *Cuadros de viaje*; *Intermedio lírico* (*Intermezzo*); *Cuentos de Invierno*.



## La hermana de la caridad

No siempre era en el interior de un recinto pestífero donde la hermana de la Caridad y otras de institutos análogos ejercían su piadoso ministerio: alguna vez transpiraban sus virtudes como delicado aroma y se extendían por las campiñas: alguna vez iban también a buscar al pobre labriego enfermo en su solitaria cabaña.

¡Qué interesante era ver una mujer, joven, hermosa y compasiva ejercer en nombre de Dios las veces de médica cerca del rústico habitante del campo!

No hace mucho tiempo que nos enseñaban junto a un molino, bajo unos sauces en una pradera, una casita donde habían vivido tres hermanas de la Caridad. Desde este campestre asilo volaban a cualquier hora de la noche, a cualquier hora del día, a socorrer a los labradores. En ellas, así como en todas sus hermanas se echaba de ver aquel aire de limpieza y de alegría que anuncian que el cuerpo y el alma se hallan libres de mancha: rebosaba la dulzura en su ademán, mas no por eso les faltaba firmeza para sostener la vista de las enfermedades y, para hacerse obedecer de los enfermos.

**Chateaubriand.**



**Escritor francés (1768-1848).**

Obras principales: *El genio del cristianismo; Atala; Los mártires.*

## La cojita

La niña sonríe:  Espera,  
Voy a coger la muleta!

Sol y rosas. La arboleda,  
Movida y fresca, dardea  
Limpias luces verdes. Gresca  
De pájaros, brisas nuevas.  
La niña sonríe:  Espera,  
Voy a coger la muleta!

Un cielo de ensueño y seda  
Hasta el corazón se entra.  
Los niños de blanco, juegan,  
Chillan, sudan, llegan!

 nenaaa!

La niña sonríe:  Espera,  
Voy a coger la muleta!

Saltan sus ojos, le cuelga  
Girando, falsa, la pierna.  
Le duele el hombro. Jadea  
Contra los chopos. Se sienta.  
R e y llora y r e:  Espera,  
Voy a coger la muleta!

**Juan Ramón Jiménez.**

**Poeta y escritor español contemporáneo.**

Obras principales: *Platero y yo*; *La soledad sonora*; *Arias Tristes*.

## Elogio de la naturalidad

El encanto profundo de algunos seres extraordinarios, radica principalmente en la naturalidad con que actúan, en la humana sencillez con que desenvuelven su vida, en todo semejante a la de los demás hombres.

La distinción adorable de ciertas jóvenes mujeres, la gracia que las singulariza y realza, no tienen su origen en ninguno de esos artificios que la vulgaridad supone infalibles sino en una perfecta armonía de sus almas con sus actitudes y modos. Por eso, los grandes espíritus son generalmente de una encantadora naturalidad en su vida.

Si una cualidad sorprendente en un ser promueve nuestra admiración hacia él, la sorpresa de encontrarlo natural y humano despierta nuestro fervor, y hasta nos sugiere el noble propósito de imitarlo. Si una joven es hermosa y lleva su don con naturalidad, descubrimos en ella muchas cosas más importantes y duraderas que su físico.

Si un hombre es sabio o artista y esto no le impide el trato natural con sus semejantes, en seguida admiramos en él no sólo una cualidad sino un conjunto relevante, que lo destaca entre todos los hombres, mucho más que su don particular.

# La Hija

Tenía la costumbre, cuando era niña, de entrar en mi cuarto apenas se levantaba; yo la aguardaba como se aguarda al primer rayo de luz del día.

Entraba y me decía: “¡Buenos días, queridísimo papá!” Me quitaba la pluma, abría los libros, se sentaba sobre mi cama, me desarreglaba los papeles y se reía; luego bruscamente se iba como un pájaro que pasa. Entonces, un poco más alegre reanudaba yo el trabajo, interrumpido, y al seguir escribiendo, entre las hojas escritas encontraba muchas veces algún arabesco loco, que ella había dibujado, y muchas páginas blancas manoseadas en las que no sé por qué estaban escritos mis mejores versos.

Amaba ella mucho a Dios, a las flores, a los astros, a los jardines; era un espíritu, y sus miradas reflejaban la diafinidad de su alma.

Me lo preguntaba todo cuando hablaba conmigo. ¡Oh, cuántas noches de invierno hemos pasado deliciosamente conversando sobre la lengua, sobre la historia y sobre la gramática; mis cuatro hijos agrupados en mi alrededor, cerca de su madre y algunos amigos, platicando al calor del fuego del hogar!

¡Pasando esa vida era feliz! ¡Y ella murió! ¡Ay! Cuando estaba triste, me comunicaba su tristeza, y se me veía melancólico entre la algazara del más animado baile, si notaba la más leve sombra en el brillo de sus ojos.

**Victor Hugo.**

**Poeta y escritor francés (1802-1885).**

Obras principales: *Nuestra señora de París*; *Los miserables*, *La leyenda de los siglos*; *El arte de ser abuelo*.

## Soneto

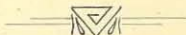
Daba sustento a un pajarillo un día  
Lucinda, y por los hierros del portillo  
Fuélele de la jaula el pajarillo  
Al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro a la ocasión tardía  
Tendió la mano, y no pudiendo "asillo"  
Dijo, y de sus mejillas amarillo  
Volvió el clavel que entre su nieve ardía:

¿Adónde vas por despreciar el nido,  
Al peligro de ligas y de balas,  
Y el dueño huyes que tu pico adora?

Oyóla el pajarillo enternecido,  
Y a la antigua prisión volvió las alas:  
Que tanto puede una mujer que llora.

**Lope de Vega.**



**Escritor y poeta español (1562-1535).**

Obras principales: *Castigo sin venganza*; *Fuenteovejuna*; *La estrella de Sevilla*.



## Las manos de los pobres

Cuando yo era niña, María lavaba mis trajecitos y los de mis hermanos tres veces por semana. Era una anciana algo gibada, muy buena y alegre.

De toda su persona pulcra, sólo me desagradaban las manos grandes y toscas. La inconsciencia de los niños es a veces cruel; por eso le pregunté un día a María:

—¿Cuándo yo sea vieja, voy a tener las manos feas como usted?

Ella levantó sus ojos de la prenda que lavaba y se echó a reír.

—No, no, queridita, Dios no lo va a querer... Mis manos son feas, porque han trabajado mucho en faenas duras.

Dijo aquello sin dolor, con la misma naturalidad que si acabara de explicarme algo completamente ajeno a ella. Y yo que a la par que curiosa era una niña muy sensible, recibí, como un reproche para mi ligereza la respuesta de la buena mujer. Desde ese día advertí que, en efecto, las manos destinadas a los trabajos duros, no eran las más bellas. Por ejemplo, las del jardinero que luchaban con la tierra, las de los albañiles que construían frente a mi casa un edificio precioso, y las de María, afanosas dentro del agua, en invierno.

Si no las adorna la belleza, algún mérito deben tener me decía yo, pensando en lo bonitas que eran las manos de mi tía sobre el piano y las de mamá con sus sortijas, sobre los rizos de mis hermanitos.

Insensiblemente, por obra de mi continuo meditar, advertí que las manos de María cobraban otro aspecto a mis ojos.

Las sentía muy suaves si acariciaban mi cabeza o mis mejillas. Las admiraba diligentes siempre, dentro de la batea o provistas de una aguja o de una plancha.

Nunca estaban quietas. Sin duda, en su labor incesante residía un destino de belleza.

A partir de esas reflexiones el concepto de lo bello varió en mi alma. Y ya no pude concebirlo separado de la idea del bien.



## El comedor

Este es el lugar en que dos veces por día tomo conciencia de las cosas, sea que el pan haga penetrar en mí el alma de las mies que rechina bajo la canícula de julio, sea que el vino me comunique el paisaje púrpura de la vendimia y la alegría de las muchachas que cortaban, cantando, los racimos tenebrosos.

Así cada alimento me parece sagrado por todo lo que hace pasar a mi sangre de fuerza poética. No puedo olvidar la humildad de la huerta en que se hundió la odorífera zanahoria; ni el verdor del prado que limitan los alisos y en que el buey cuya carne como, ha vivido; ni la cabaña sembrada de hojas secas, hundida en el corazón de la montaña herbosa, en que este queso fué cuajado.

Conozco las soledades en que mana el agua que bebo y los tristes bosques que la rodean. Por allí fué donde encontré a aquel anciano alegre cuyos hermosos gallos he cantado, y aquel otro viejo que lloraba por la locura de su hija.

Es preciso que yo sepa que los platos que contienen estos alimentos han salido como ellos, de la tierra, y que como la copa de porcelana, los frutos parecen serme presentados en ofrenda por el cáliz mismo de la arcilla original. Y también es preciso saber que la garrafa de vidrio en que esta agua se equilibra ha salido del agua misma, de la mar sódica y arenosa que le ha dejado su transparencia.

Eres tú, comedor, la despensa divina: ya sea que encierres el higo que mordió el mirlo, o la cereza comida por el gorrión, o el arenque que ha visto el coral y las esponjas, o la codorniz que sollozó el nocturno de las mentas, o la miel de otoño cogida bajo los rayos del sol moreno o de la acacia cosechada a los pálidos rayos de una avenida en lágrimas o el aceite que contiene la luz provenzal o la sal que contiene reflejos de nácar, o la pimienta que traían sobre sus galeras traficantes de misteriosa sonrisa...

**Francis Jammes.**



**Poeta y literato francés.**

Obras principales: *Sonetos y Poemas.*



## Las santas mujeres

Hay las mujeres de la Biblia, hay las de Shakespeare o de Goethe. ¿Porqué no he de tener para mí las mujeres de Sarmiento, no porque yo las haya creado al grado de mi fantasía, sino porque todas ellas me cobijaron bajo el ala de madres, o me ayudaron a vivir en los largos años de prueba?

Mi destino desde la cuna, lo han entretejido mujeres, casi sólo mujeres, y puedo nombrarlas una a una, en la serie que, como una cadena de amor, van pasándose el objeto de su predilección.

¡Mi madre! Su sombra está hoy aquí presente.

Mrs. Mann la ha evocado para que propicie el sentimiento religioso de los Estados Unidos.

Fué mi madrina de bautismo, doña Paula de Oro y mi protectora. Niño pequeño, acompañándola en la calle, me contaba las grescas que tenía con una tía mía, que me malquería. Ella fué el intermediario, para que

el clérigo Oro, su hermano, me educase, desarrollando la facultad de pensar que a sus lecciones debo. Cuando salí de sus manos recibíme doña Angela Salcedo que ni mi pariente era; pero que, viuda de don Soriano Sarmiento, me entregó a una casa de comercio que el finado tenía preparada, para ayudarme y darme ocupación en la vida. Su hijo, Domingo Soriano, a los cuarenta años de edad, esposo feliz, padre de una hija única, vecino rico, se suicidó a la sola idea de que su tocayo, que su maestro, pudiese creerlo mal ciudadano.

La Manso, a quien apenas conocí, fué el único hombre en tres o cuatro millones de habitantes en Chile y la Argentina, que comprendiese mi obra de educación y que inspirándose en mi pensamiento, pusiese al hombre el edificio que veía desplomarse. ¿Era una mujer?

Hay otra que ha dirigido mis actos en política: montando guardia contra la calumnia y el olvido; abriendo blandamente puertas para que pase en mi carrera, Jefe de Estado Mayor, Ministro acaso y en el momento supremo de la ambición, hecho la seña convenida para que me presente en la escena en el debido tiempo.

.....

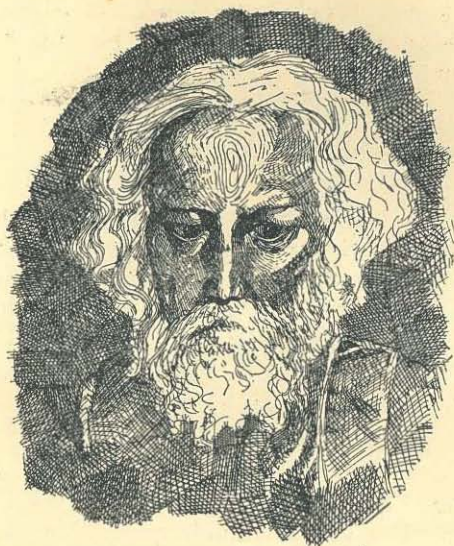
¡Extraño fenómeno! Desfavorecido por la naturaleza y la fortuna, absorto desde joven en un ideal que me ha hecho vivir dentro de mí mismo, descuidando no sólo los goces, sino hasta las formas convencionales de la vida civilizada, desde mis primeros pasos en la vida sentí casi siempre a mi lado una mujer, atraída por no sé qué misterio, que me decía acariciándome: Adelante, llegarás.

Debe haber en mis miradas algo de profundamente doloroso que excita la maternal solicitud femenil. Bajo la ruda corteza de formas desapacibles, la exquisita naturaleza de la mujer descubre acaso lineamientos generales de la belleza moral, ahí donde la física no se muestra.

**Domingo Faustino Sarmiento.**

**Escritor y hombre público argentino (1815-1888).**

Obras principales: *Facundo*; *Recuerdos de Provincia*.



## Dos canciones de madre

### INVOCACION

La noche era oscura cuando se fué, y todos dormían. La noche es oscura ahora que te llamo: "Vuelve, amor mío; el mundo duerme y nadie sabrá que has venido un momento, mientras las estrellas se miran".

Se fué cuando los árboles brotaban, cuando era niña la Primavera. Las flores han abierto de nuevo, ahora que la llamo: "Vuelve, amor mío; mira, los niños cogen flores y, locos, juegan a derramarlas. Si tú vienes por un capullito, ¿quién lo echará de menos?"

¡Qué derrochadora es la vida! Los que entonces jugaban siguen jugando todavía. Y yo oyendo el bu-

llicio, la llamo: "Vuelve, amor mío, el corazón de tu madre rebosa amor, y si vinieras por un beso mío, nadie lo envidiaría".

## MI CANCIÓN

· Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como los tiernos brazos del amor. Te tocará en la frente cual un beso de bendiciones. Si estás solo, se sentará a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la gente, te cercará para alejarte de ella.

· Mi canción, cual las dos alas de tus sueños, se llevará tu corazón hasta el fin de lo inefable. Cuando la noche negra se tienda en tu camino, mi canción caerá sobre tu cabeza como una estrella fiel. Se sentará en las niñas de tus ojos y guiará tu mirar, al alma de las cosas. Cuando mi voz enmudezca con la muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

**Rabindranath Tagore.**



**Poeta hindú contemporáneo.**

Obras principales: *La luna nueva; El jardinero; El correo del rey.*





## La casa de Rosalía Castro de Murguía

En Padrón al fin de la calle Rosalía Castro, detrás de humilde cementerio, clarea una casita con muros enjabelgados, ventanares verdes y tejas oscurecidas por el tiempo. Sobre la cancela de hierro, se lee: Huerta de Paz. Y se aspira una agreste fragancia, un reposo de égloga, tal vez un poco triste, en este huertecito invadido por la maleza.

Surgen, de entre el maizal, pomposas dalias; ábrense tímidamente, al anochecer, las humildes *buenas no-*

ches, ostenta un naranjo solitario su austero verdor y, junto a las gradas que conducen a la pequeña residencia, sobre el lado izquierdo, hay un rosal. Pero el secreto, es decir, el alma del jardínillo, no está allí. El alma y el secreto, la íntima evocación de Rosalía, se halla en la glorieta que se eleva entre la verja y la fachada.

Viñas y madre selvas amparan con sedante y trémula penumbra una mesa de piedra. Allí solía escribir la autora de *Cantares Gallegos*. Junto a la mesa, dos bancos. El uno, rectangular, amplio, parece ofrecerse al visitante más o menos inoportuno, el otro, pequeñito con respaldo, recostado en las enredaderas y mirando a la luz, era el preferido de Rosalía.

Al frente de la casa campea, en una lápida, la siguiente leyenda:

*En esta casa vivió  
y en ella murió a 15 de julio de 1885  
la poetisa popular, honra de Galicia,  
Rosalía Castro.*

*Nacida en Santiago el 23 de febrero de 1837.*

*A. P. Bueso-Pineda, académico C. de la Española, le  
dedica este recuerdo*

*15 de julio de 1900.*

En la planta baja, hay varios cuartos de paredes blanqueadas y piso de cemento. Una escalinata de madera conduce al piso habitable.

Crujen bajo los pies las mal ensambladas y rústicas maderas, y desde el muro, un retrato de la poetisa parece contemplar la desolación de las piezas deshabitadas y absolutamente vacías desde hace muchos años.

**Augusto Cortina.**

**Poeta y escritor argentino.**

Obras principales: *Desfile de Imágenes; Oasis; Estudio sobre Jorge Manrique.*

# Para una dama patricia

## *Obsequio Poético*

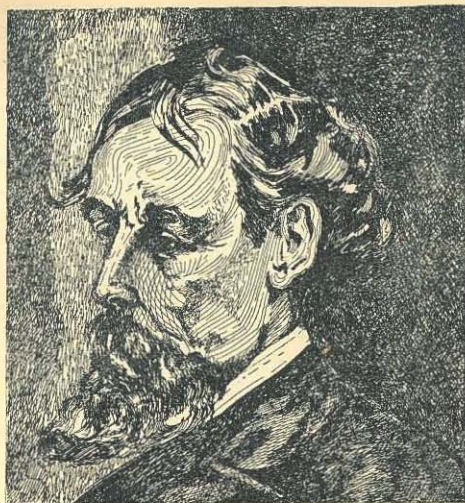
(En el álbum de la señora Agustina Rozas de Mansilla)

(Fragmento).

De mi edad en la tarde navegando,  
Por el variado río de la Vida,  
La lumbre de mi sol veo caída  
Cerca del occidente;  
Y la pálida luna se va alzando  
Al lado del oriente.  
Mi flor si un tiempo fué de poesía,  
En mi mano marchita se deshoja,  
Y sus pétalos lleva la corriente,  
Faltos de lozanía,  
¿Eres una de aquestas, Agustina?  
Pero a ésta tu belleza peregrina  
No faltarán poetas que en su oriente  
Alzarse el sol, y no la luna, vean;  
Esos, con alma ardiente,  
Retratan, idealizan, hermosean  
A la misma hermosura  
Y hacen versos de amor y de ternura.

**Vicente López y Planes.**

**Poeta argentino.** Autor de la letra del Himno Nacional y numerosas composiciones (1787-1856).



## El consuelo y la esperanza

Cuando veo a un lindo niño en brazos de una madre idólatra, me sorprendo amándolo, al pensar en que mi hijo hubiera podido parecerse a él, y hacer latir mi corazón de orgullo y de alegría. Me parece que ese recuerdo está sin cesar presente en mi espíritu, y que me guía en todas las circunstancias de la vida. Mi pobre hijito aboga por los niños abandonados, como si estuviera vivo y tuviese voz para hablarme, una voz familiar a mi oído...

Si oigo hablar de un joven enfermo o que ha cometido grandes faltas, me digo que mi hijo podría haber caído en un estado semejante, y que Dios fué misericordioso al quitármelo. Las canas, me hacen pensar

también en mi hijo, porque me digo que hubiera podido llegar a viejo, largo tiempo, muy largo tiempo después de mi partida, y que su vejez hubiera necesitado del respeto y del amor de los más jóvenes. Los niños me quieren tanto, que a veces me he imaginado que deben tener un medio de querer a mi hijito y a mí misma, y de comprender por qué me es preciso su ternura.

Pocos días después de la muerte de mi querida criatura, mientras me hallaba enferma y presa de un dolor muy natural, tuve una idea que me consoló. ¡La de que, si trataba de llevar una vida pura, encontraría en el cielo un radiante niño que me llamaría madre!

Carlos Dickens.



**Novelista inglés (1812-1870).**

Obras principales: *David Copperfield*; *Cuentos de Navidad*; *Mister Pickwicks*.

## Carta de Madame de Sevigné a su hija

En los Rochers, 1671: Ya sabéis que soy siempre algo tenaz en mis lecturas; las personas a quienes hablo tienen tanto interés en que lea buenos libros; el que leo es la *Moral* de Nicole, donde hay un tratado sobre el arte de vivir en paz con los hombres, que me encanta; no he visto nada más útil, ni tan bello de ingenio y de luz. Si no lo habéis leído, leedle; si le habéis leído, volvedle a leer con nueva atención: creo que todos nos encontraremos en él; por mi parte, estoy persuadida de que ha sido compuesto para mí; también espero sacar de él algún provecho y lo procuraré con todo empeño. Ya sabéis que no puedo aguantar que los viejos digan: soy demasiado viejo para corregirme; más bien perdonaría a los jóvenes que dijese: soy demasiado joven. La juventud es tan amable que habría que adorarla, si el alma y el ingenio fuesen tan perfectos en ella como el cuerpo; pero cuando uno ya no es joven, entonces es cuando hay que perfeccionarse y hacer lo posible por ganar en las cualidades buenas lo que se pierde en las agradables. Mucho tiempo há que he hecho estas reflexiones y por esta razón quiero trabajar todos los días en mejorar mi ingenio, mi alma, mi corazón y mis sentimientos. De esto tengo hoy llena la cabeza, y de

esto, lleno mi carta, no teniendo otros muchos asuntos de que hablaros.

Os creo en Lamsec, pero no os veo bien desde aquí: hay sombras en mi imaginación que os ocultan a mi vista. Ya me representaba por completo el palacio de Grignan, veía vuestra estancia, me paseaba por vuestra azotea, oía misa en vuestra hermosa iglesia, pero ahora he perdido la brújula: aguardo con impaciencia nuevas de este sitio y de cómo es el obispo. En mi último paquete había una carta que me daba mucha esperanza. Aunque habéis dejado pasar dos ordinarios sin escribirme, espero un poco el viernes tener carta vuestra, y si no la tengo, habéis sido tan previsora que no estaré con cuidado; hay cuidados, como por ejemplo ése, que demuestran tanta bondad, tanto cariño y ternura, que en verdad encantan. *Amén*, queridísima mía y muy amable; no quiero escribiros más hoy aunque me sobra el tiempo: no tengo más que fruslerías que contaros y sería abusar de una teniente generala que tiene mucho que hacer y eso es bueno cuando estáis en vuestro palacio de Apollidon. Nuestro abad, nuestro La Mousse son siempre todos vuestros, y en cuanto a mí, hija, no necesito deciros lo que soy para vos y lo que sois para mi.

**María de Rabutin Chantal,**

*Marquesa de Sevigné.*



**Escritora francesa (1626-1696).**

Obras principales: *Cartas a su hija*, la condesa de Grignaro.

# El corazón de una dama argentina

Oración que se enseñará a los niños expósitos.

“Padre nuestro que estás en los cielos, tú eres nuestro solo Padre, ¡porque los que nos dieron el ser nos han abandonado y arrojado al mundo sin guía ni amparo! No los castigues, Señor, por esta culpa; pero danos resignación para soportar nuestra orfandad. No permitas que cuando nuestra razón se desarrolle sintamos odio y rencor contra los autores de nuestra desgracia; que ella nos sirva de ejemplo para no imitarlos; danos, Señor, entendimiento para aprender, a fin de que podamos adquirir con nuestro trabajo nuestra subsistencia. Haznos humildes, pues tendremos tantos motivos para que nuestro amor propio sea irritado; danos un juicio recto para sabernos conducir; no nos abandone jamás tu misericordia; inspira caridad a los corazones que nos protejan para que no se cansen de nosotros, y haznos Señor, dignos de tu gloria!”

**Mariquita Sánchez de Thompson.**

**Patricia argentina de insigne actuación.**

Sus cartas encierran hermosos pensamientos.



## La Muñeca

Así como los pájaros hacen un nido con todo, las niñas hacen una muñeca con cualquier cosa.

La muñeca es una de las más imperiosas necesidades y al mismo tiempo uno de los más encantadores instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, volver a desnudar, volver a vestir, enseñar, gruñir un poco, mecer, mimar, adormir, fingirse que cualquier cosa es alguien; todo el porvenir de la mujer está ahí. Al mismo tiempo que piensa y charla, al mismo tiempo que hace envoltorios pequeños y pequeñas mantillas, corsés y almillas, la niña se vuelve joven, la joven se hace casadera y la joven-casadera llega a ser mujer. El primer hijo es la continuación de la última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y enteramente tan imposible como una mujer sin hijos.

**Víctor Hugo.**



# Romance de María Esther

(La primera maestra)

Floreces en mis recuerdos  
Como una rosa dorada.  
Cierro los ojos, y siento  
Tu mano tibia en mi cara;  
Te deslizas como un sueño  
Junto a tus niñitas blancas;  
Alegras, bendices y unges  
Nuestras dormidas infancias.  
Urdes historias celestes  
Juegas con cuentas y láminas.  
¡Qué premio si merecíamos  
Tu sonrisa y tu palabra!  
¡Y qué castigo no hallar  
En nuestra sed, tu mirada!  
María Esther, como en la Biblia,  
Tu nombre es amor y gracia;  
Y fuiste igual a tu nombre  
Para mi sensible infancia.  
Tal vez la vida te duele  
Mientras mis versos te cantan.  
¡Jardinera de jazmines,  
Jardinera de mis alas!  
¡Dios te bendiga en tus hijos,  
Si los tuviste, Dios haga  
Fácil tu senda, lo mismo  
Que me hiciste la palabra!  
Con tu sonrisa de niña  
Y tu figura de estampa  
Floreces como una rosa  
En el libro de mi infancia.

\* \* \*



La  
dama  
de la  
lámpara

Así llamó el gran poeta Longfellow a Florencia Nightingale evocándola a través de hermosos versos, con su caridad encendida como una lámpara, recorriendo las salas de los hospitales para velar el sueño de los enfermos.

Nacida en el bienestar, educada con primor, hermosa y buena, Florencia consagróse desde jovencita a cuidar enfermos e inválidos. Era ésta su decidida vocación, y la mantuvo inquebrantable. Más tarde visitó hospi-

tales y asilos en Londres, entendiendo que junto al médico se imponía la cooperación activa de la enfermera. Aprendió el cuidado científico de los pacientes en un convento de diaconisas en el Rin, y al volver a Inglaterra fundó una Casa Asilo y una Casa de Salud para profesores.

Durante la guerra francorrusa (1854) actuó con treinta y ocho discípulas en los campos de batalla de Escutari y Balaklava, estableciendo ambulancias sanitarias.

La reina Victoria de Inglaterra distinguió con su favor a esta mujer extraordinaria, y la nación inglesa que veneraba a Florencia, puso a su disposición cincuenta mil libras esterlinas, recaudadas públicamente. Pero ella que vivía en un generoso olvido de sí misma, indiferente a todo lo que no fuera hacer el bien a los demás, empleó ese dinero en la fundación de una Escuela Modelo que dirigió personalmente hasta 1908. El mismo año, cumpliendo ella ochenta y ocho, fué objeto de grandes demostraciones y se le concedió la Orden del Mérito.

Florencia Nightingale escribió varios libros, fruto de su observación directa de la realidad. Algunos muy interesantes y útiles como "Vida y Muerte en la India". Falleció a los 90 años de edad en 1910.



## Retrato físico de Manuelita

Delgada, flexible, esbelta, Manuelita Rosas en plena juventud daba a su porte una distinción peculiar. Infundía, sin buscarlo, una impresión de dignidad. No era muy alta; pero lo parecía. Diríase que su figura se elevaba al ser contemplada, y ello no respondía tanto a la magnitud de su estatura cuanto al modo cómo erguía su cuello largo y fino. Su andar era garboso y la espontánea viveza de sus ademanes, que subrayaban lo que decía, no alteraba su elegancia natural. No era hermosa en tal o cual rasgo determinado de su fisonomía de tez morena y pálida, de boca y nariz pequeñas, de ojos oscuros, brillantes y muy expresivos, y de frente coronada por abundante y ondeada cabellera. Pero atraía por el conjunto y la gracia de su persona toda.

El retrato de Manuelita, dibujado en su álbum por Fernando García del Molino el año 1845, la representaba en la flor de la juventud. Ninguna de sus facciones se destaca, aislada, por su belleza. Su seducción irradiaba del conjunto, de su mirada, de su voz, de su gesto. He aquí cómo la describe su contemporáneo José Mármol: "Manuelita no es una mujer bella, propiamente hablando; pero su fisonomía es agradable y simpática, con ese sello indefinible, pero elocuente que estampara sobre él la inteligencia cuando sus facultades están en acción continua. Su frente no tiene nada de notable;

pero la raíz de su cabello castaño oscuro borda perfectamente en ella esa curva fina, constante y bien marcada que comúnmente distingue a las personas de buena raza y de espíritu. Sus ojos más oscuros que su cabello, son pequeños, límpidos y constantemente inquietos. Su mirada es vaga. Se fija apenas en los objetos, pero se fija con fuerza. Y sus ojos como su cabeza, parece que estuvieran siempre movidos por el movimiento de sus ideas. El color de la tez es pálido, y muy a menudo con ese tinte enfermizo de los temperamentos nerviosos. Agregad a esto una figura esbelta, una cintura leve, flexible, y con todos esos movimientos llenos de gracia que son peculiares a las hijas del Plata, y tendréis una idea aproximada de Manuelita Rosas, hoy a los 33 años de su vida, edad en que una mujer es dos veces mujer”.

**Carlos Ibarguren.**



**Escritor e historiador argentino.**

Obras principales: *Manuelita Rosas; La literatura y la gran guerra.*

## Los trabajadores

Gota a gota se forman los mares,  
Frase a frase se escriben los versos,  
Grano a grano se yerguen los montes,  
Copo a copo fabricase el lienzo,  
Que surgió fibra a fibra del tallo  
De un lino más rubio que el sol de los cielos.  
De la débil semilla que el surco  
Guarda avaro en los meses de invierno,  
Brotó luego la planta florida  
Cual fragante y gentil pebetero;  
Y la flor se hace fruto en verano  
Y el fruto en invierno nos brinda sustento.  
Nada hay grande ni bueno en la vida  
Que no nazca en lo humilde y pequeño.  
Mas, es triste mirar que la fuerza  
Se revuelve cual potro sin freno  
Si la mano del bien no le indica  
La luz que en las sombras enciende lo eterno.

**Carmen Sylva.**

**Seudónimo de Isabel, Reina de Rumania y escritora (1843-1916).**

Obras principales: *Cuentos de una reina.*

## Mujeres egipcias

Las mujeres del gineceo habían salido de su postración, y sentadas en hermosos sillones esculpidos, dorados y pintados, con almohadones de cuero rojo, rellenos con los filamentos del cardo, formaban una línea de cabezas graciosas y sonrientes, dignas de ser pintadas.

Unas vestían de gasa blanca con rayas opacas y transparentes, con mangas cortas que dejaban al descubierto el redondo brazo lleno de brazaletes desde la muñeca al codo.

Otras llevaban una faldita de color lila claro a rayas más oscuras, adornada con canutillos de cristal, y el escudo del Faraón tejido en la tela.

Estas llevaban una falda roja con perlas negras; aquéllas iban envueltas en un tisú tan fino como el aire tejido, y claro como el cristal, que les servía para plegarlo graciosamente alrededor del cuerpo y dar lucimiento a las puras líneas de su garganta; las otras se aprisionaban en una especie de funda con escamas de colores, y algunas por último, llevaban los hombros cubiertos por una especie de manto plegado.

También había gran variedad de peinados: unos de trenzas formando espiral; otros divididos en tres grandes masas que caían por la espalda y dos por ambos lados de la cara.

Algunas jóvenes, finalmente, pidiéndole al arte un auxilio que no necesitaban, se encasquetaban en sus



hermosas cabezas unas pelucas llenas de menudos rizos y de trencillas atadas con hilos de oro.

Todas llevaban en las manos flores de loto, azules, rosas o blancas, y aspiraban amorosamente el olor de sus anchos cálices. Un tallo de la misma planta arrancaba de la nuca, y doblándose graciosamente sobre la cabeza, abría su capullo entre las cejas pintadas de antimonio.

Delante de ellas, esclavas negras y blancas dábanles guirnaldas con flores de azafrán, de cártamo, de miosotis y de nepentas, esa flor cuyo perfume delicioso hace olvidar hasta la lejana patria. Seguían a éstas otras esclavas que sobre la abierta palma de la mano derecha llevaban copas de plata o bronce llenas de vino y en la izquierda una servilleta para que se limpiasen los labios los convidados.

**Teófilo Gautier.**



**Escritor y poeta francés (1811-1885).**

Obras principales: *La novela de una momia*; *Viaje por España*.

## La familia

¡Madre!, vosotros que la tenéis a vuestro lado, los que vivís bajo el cielo de su amor y sois el constante objeto de su angelical desvelo, sois felices: acaso no comprendéis en toda su extensión cuánto es el valor de ese tesoro, que jamás, ¡jamás! se repone en este mundo. Pero sí me comprenderán los desgraciados que como yo, han recibido ya su última bendición y su último suspiro: los que se han hallado en un momento de amargura infinita y de impotente desesperación estrechando entre sus brazos a su madre moribunda, y clavados de estupor han sentido la última palpitación de su vida y regado con sus lágrimas ese cadáver sagrado. Si alguna vez en la vida siente el hombre su impotencia y su pequeñez es en ese instante en que quisiera disponer de la omnipotencia para volver a la vida al ser que nos ama con desinterés más puro, con abnegación más cumplida, el único que nos ama por nosotros y por Dios. ¡Quién no daría su vida por una madre!

Perdonad, si me he interrumpido: alguna disculpa merece el que en las noches de su soledad y en sus horas de descanso busca en vano los consuelos que ha perdido y llorará toda su vida, la pérdida del modelo de las madres, de una madre que fué toda abnegación, toda sacrificio y toda amor.

En este dominio absoluto de la madre sobre el hijo obrado por el sentimiento, se funda la importancia social de la mujer. Todo su poderío como esposa, como hermana, como amiga, no son sino el reflejo prestado

a su nombre y a su sexo por el incomparable ministerio de la maternidad; y hasta en la mujer consagrada a Dios y engrandecida por la vocación religiosa se encuentra la combinación de la virginidad sublime con la maternidad moral, si así puede decirse, ya en la virgen que desde el claustro sombrío protege a la humanidad con su oración, ya en la hija de San Vicente de Paúl, que es la madre de todos los que sufren. Siempre la mujer prestando el patrocinio del sentimiento a sus semejantes y consagrándoles un corazón, que no conoce y en el cual no cabe la destructora pasión del egoísmo.

Siendo la familia una asociación puramente de amor, del amor que une los esposos y engendra la dilatación de la vida y la perpetuación del nombre en la vida y en el nombre de los hijos, — se sigue de aquí, que la mujer que es el apóstol constante de esa pasión noble y pura, ejerce en su seno el más alto de los poderíos y la autoridad que no conoce límites, porque no los tiene, en corazones bien nacidos el amor de los esposos, el amor de los padres, el amor de los hermanos. — ¿Y qué significado tiene la familia en la sociedad?... Preguntadlo a la historia, interrogad los tiempos que han pasado y ella os mostrará esta verdad, que escribía hace pocos meses, defendiendo el dogma cristiano, salvador de la familia y de la mujer contra los ataques del racionalismo: que la sociedad es lo que es la familia y los pueblos lo que son las madres: — Por eso escribía Montesquieu en el *Espíritu de las Leyes*, que la sociedad doméstica lleva su ley a la sociedad civil, y que esas pequeñas corporaciones dan el modelo de su constitución a la gran corporación, que las comprende a todas. Mirad sino la perpetua dislocación social de los griegos, su falta de unidad histórica y política y preguntad, ¿qué otra causa las produce, que la anulación de la familia por el vilipendio de la madre?

**José Manuel Estrada.**

## La mesa

Vestida está de lino  
Como un altar, la mesa.  
En la blancura del mantel, los iris  
Del cristal centellean.  
—Sal y tesoro de policromía  
Por la munificencia  
De nuestro amigo, el sol que nos regala  
Una sonrisa a cambio de un poema  
Fresca en la jarra el agua y rojo el vino,  
A ser diamantes y rubíes juegan,  
Los claveles blancos  
Que te envió un poeta  
Recuerdan, desde el ánfora,  
Con su fragancia intensa,  
Amistad, versos y palabrerías  
Fragantes como ellos. En la cesta  
De mimbres duerme el pan; duerme el silencio  
En la estancia; en espera  
De que tú le despiertes  
Con la vibración trémula  
De tu reír, duerme también el aire  
Sobre la clara estrofa, que en la mesa  
Están rimando pan, lino, claveles,  
Cristal, plata, fragancia y agua fresca.  
—Humilde estrofa de la cotidiana  
Felicidad, discreta.  
Cómplice del vivir ilusionado,  
Ara de paz, que, sonriendo, espera  
A que vengamos a gustar los dones  
De tu pan y tu amor ¡bendita seas!

Gregorio Martínez Sierra.

## La gallega

Siempre que cruzo, en los flemáticos coches de la llamada diligencia, el trecho que separa a Lugo de León, me entretengo considerando el íntimo enlace que existe entre la tierra y la mujer, la relación que guardan los paisajes con las figuras que los animan. Conforme va quedándose atrás la provincia gallega cesan de ser verdes los vallecillos, y herbosos los prados y frecuentes los arroyos, fórmanse los manchones de castaños, olmos y nogales, desaparecen las blancas manzanillas y los amarillos tejos, y se presentan interminables y pardas llanuras, escuetas montañas salpicadas de fragmentos de granitos, o revestidas de negruzcas láminas de pizarras. Las últimas mujeres que recuerdan a Galicia son las que salen a ofrecer al viajero el vaso de aromática leche de vaca: mozas sucias, desgreadas, maltraídas por la intemperie y el trabajo, pero femeniles aún en su hechura, tratables, y no sin cierta lozanía en el rostro. Corridas algunas leguas más, al entrar por los tristes poblachos del territorio leonés, asómense a las ventanas o salen por las puertas de las casuchas terrizas, mujeres de enjuta piel pegada a los huesos, semblantes de recias y angulosas facciones de color de arcillá o ladrillo, cual si estuviesen amasadas con el ávido terruño o talladas en la dura roca de las sierras.

No desmiente la mujer gallega las tradiciones de aquellas épocas lejanas en que, dedicados los varones de la tribu a los riesgos de la guerra o a las fatigas de

la caza, recaía sobre las mujeres el peso total no sólo de las faenas domésticas, sino de la labor y cultivo del campo. Hoy, como entonces, ellas cavan, ellas siembran, riegan y deshojan, baten el lino, lo tuercen, lo hilan y lo tejen en el gimiente telar; ellas cargan en sus fornidos hombros el saco repleto de centeno o maíz, y lo llevan al molino: ellas amasan después la gruesa harinal mal triturada, y encienden el horno tras de haber cortado en el monte el haz de leña, y enhornan y cuecen el amarillo torterón de borona o el negro mollete de mistura.

Ellas, llevan en brazos, de niñas, al hermano — recién nacido —; ellas, rústicas zagalas, apacentan el buey, y comprimen las gruesas ubres de la vaca para ordeñarla...

Así vive la mujer gallega, afanándose, sin tregua ni reposo, luchando cuerpo a cuerpo con el hambre que la acecha para colársele en casa, y sentársele en mitad del lar humilde.

¡Pobre mujer que es de todos criada y esclava, del abuelo gruñón y despótico, del padre, amigo de andar de taberna en taberna, del marido, brutal y quizá del chiquillo enfermizo que se agarra a sus faldas lloriqueando, del ternero al cual trae en el regazo un haz de hierba, del cerdo para el cual cuece un caldo no muy inferior al que ella misma toma, de la gallina a la cual atisba para recoger el huevo que cacarea, y hasta del gato, al cual sirve en una escudilla de barro, las pocas sobras del frugal banquete!

**Emilia Pardo Bazán.**

**Escritora española (1852-1921).**

Obras principales: *Los pazos de Ulloa*; *Cuentos*.

## Juana Manuela Gorriti

De antigua familia patriota nacida en la frontera de Salta, fué hija, esposa y madre de preclaros soldados que abillantaron con el lampo de su espada el suelo en que nacieron. Los más ilustres vástagos de aquella provincia, entre otros, los de Güemes, Zuviría y Puch, tejen entre estambres dorados la cuna de flores en que nació Juana Manuela; y cuando las tempestades políticas dispersaron por los cuatro vientos del desierto lejos de sus fronteras, los restos de la familia argentina, esta peregrina fugitiva, sin fijo hogar sobre la tierra, suspende un momento su improvisado techo bajo el ramaje del más elevado árbol de la vecina tierra extranjera, acaso por darse el consuelo, al menos, de divisar desde su alta cima la patria ausente. Allí también, las más nobles ramas de la familia boliviana como las de Belzu, Córdova, Dorado, la rodean y enlazan: un general solicita su mano, y luego, otro la de su hija, siendo sucesivamente esposa de un Presidente de la República de Bolivia, y madre política de otro.

.....

A la edad de ocho años fué enviada a un Colegio en la ciudad de Salta, dirigido por monjas salesas, quienes la acogieron con ternura; pero aquella hija de los campos no pudo vivir encerrada en los muros que se interponían entre ella y los inmensos horizontes que acostumbraba a contemplar desde su infancia.

Bien pronto enfermó de melancolía y forzoso fué devolverla a sus amados prados, donde vivió vida feliz de amores y de sonrisas, bajo el dulce calor del regazo maternal; tal vez los únicos días azules de ventura hasta que la tempestad destructora de la guerra civil, llegó como el simún del desierto, llevando la ruina y la desolación al seno de aquella felicidad.

A principios de 1874 empezó a publicar en Lima "El Album", periódico literario en colaboración con otra inteligente peruana, Carolina F. de Jaimes, y a fines del mismo año fundó "La Alborada" en colaboración con el célebre poeta Numa Pompilio Llona. Publicó con algún intervalo bajo el título de "Panoramas de la vida", y en dos volúmenes, la segunda serie de sus obras, donde algunos romances nacionales, en los que se narra el trágico fin de la señora Felicitas de Alzaga, señora O'Gorman, y otras, no son los menos notables. ¡Qué ingenio en la inventiva, qué gracia en el decir, qué giros tan sorprendentes al crear una escena, para preparar una situación, para sostener su interés en la gradación de impresiones que encaminan fácilmente a un desenlace natural!

Por más que su brillante y festiva pluma sobresalga en la descripción, los diálogos son amenos, salpicados de chispeantes epigramas y los rasgos prominentes con que presenta un personaje y acentúa en dos pinceladas su carácter, su expresión viva, su aire local, descuella en la fácil locución de su frase suelta, con arranques verdaderamente poéticos en muchas partes. Luego, al través de la forma graciosa y sencilla que como un velo de silvestres flores, cubre y reviste sus ideas, brotan pensamientos profundos sobre un fondo de filosofía sensata y de la más alta moralidad.

**Pastor S. Obligado.**

**Escritor argentino** (1841-1924).

Cultivó preferentemente la tradición.



## Las hermanas tutelares

Unas, esfumadas en su propia sombra, no brillan sino por la belleza del alma. Adivinamos sus ojos dulces, sus manos hábiles, sus voces apagadas. Vivieron para servir al ídolo sin aspirar a mezclarse en sus pensamientos, felices con ocupar un sitio en su corazón. Sumisas y vigilantes, iban por la casa, con pasos sigilosos, cual si temiesen despertar a un niño. Desprendían el silencio en que se gestaban las meditaciones del ser admirado, y ponían en el cumplimiento de sus obligaciones humildes la unción que reclama un rito. La obra que ellas vieron nacer les debe, cuando menos, la atmósfera de paz exterior en que naciera.

Otras, fueron las inspiradoras del hermano ilustre, pero, libres de todo egoísmo, veláronse en su ignorada modestia. Eran, sin sospecharlo acaso, soles de la misma magnitud de aquellos ante los cuales se deslumbraban.

Saint-Beuve decía que cuando las hermanas de los grandes hombres son dignas de ellos, sus iguales por el espíritu y el corazón, se las encuentra en ciertos aspectos, superiores.

Unas y otras, prodigándose con la abundante facilidad de una fuente, solidarizándose en el amor fraterno, síntesis de la capacidad afectiva de la mujer-madre, hija, amada, amiga, confidente...

Todas comparten, inseparables, el recuerdo y la veneración de aquellos a cuya protección se consagraron.

**Rafael Alberto Arrieta.**

**Poeta y escritor argentino contemporáneo.**

Obras principales: *Las hermanas tutelares*; *Las noches de oro*; *Fugacidad*.

# El sueño

Vinieron los niños. Me dijeron: — “Oye, ¿Tú sueñas?” (¡Dios mío, qué cosas divinas Preguntan los niños!) “Sí, siempre que duermo Y a veces. . . de día”.

—“De día? ¡Qué raro! “Y nueva pregunta: —“Dinos lo que ahora mismo estás soñando.” (¿Dónde hallar respuesta?) “Cuando se termine Habré de contarlo.”

Cuando se termine. . . (El caso es que nunca Mi sueño consciente, por serlo, se acaba.)  
Como fin no tiene quedará en silencio  
Guardado en mi alma.

**Margarita Abella Caprile.**



**Poetisa argentina contemporánea.**

Obras principales: *Nieve*; *Perfiles en la niebla*.

# Bi-Kuni-San

## UNA MADRE JAPONESA

Su mayor placer era la compañía de los niños y éstos nunca le faltaban. Comúnmente la vida japonesa transcurre en los pórticos de los templos, y muchas infancias felices habían pasado en el pórtico del Amida-Ji. Todas las madres del contorno gustaban de tener a sus hijos jugando allí. Pero tenían cuidado de que no se riesen nunca de Bi - Kuni - San. "Algunas veces, sus maneras son extrañas", — decían; "pero esto es debido a que en otro tiempo tuvo un hijito que se murió, y la pena fué demasiado grande para su corazón de madre. Así, debéis ser buenos y respetuosos con ella en el verdadero sentido de la palabra". Hacían algo mejor que esto. La llamaban siempre "su Bi-Kuni-San", y la saludaban delicadamente, pero tratándola como a un igual. Jugaban con ella, y ella les daba té en copas queñísimas, les hacía montones de pasteles de arroz no más grandes que guisantes, y tejían en su telar telas de algodón y seda para los vestidos de sus muñecas. Así, era para los niños como una hermana. Jugaban con ella diariamente hasta que crecían demasiado y comenzaban los amargos trabajos de la vida, y se convertían en padres y madres de hijos que enviaban a jugar en su lugar. Y éstos aprendían a amar a Bi-Kuni-San como la habían amado sus padres.

Lafcadio Hearn.

Escritor y poeta norteamericano (1850-1904).

©Obras principales: *Historias extrañas*; *Kokoro*.



## Isabel de Castilla

La ilustre escritora francesa Mme. Mongrellas dice que Doña Isabel “reunía a las cualidades de un grande hombre las amables prendas de una mujer, y que, tan hábil en manejar las riendas del estado como en

conducir un ejército sabía inspirar confianza, excitar el valor, aprovecharse de las circunstancias, vencer las dificultades y llegar a su objeto bien por el camino de un héroe, bien con la destreza de un político profundo.

“Para ser admirable en todo, jamás olvidó por las ocupaciones del gobierno y de la guerra las obligaciones propias de su sexo, dirigía por sí misma la educación de sus hijos, enseñaba a las mujeres las labores femeninas y se preciaba de que su marido no se hubiese puesto una camisa que ella no hubiese hilado y cosido.”



# La lechera

(Fábula)

Llevaba en la cabeza  
Una lechera el cántaro al mercado,  
Con aquella presteza,  
Aquel aire sencillo, aquel agrado  
Que va diciendo a todo el que lo advierte:  
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!  
Porque no apetecía  
Más compañía que su pensamiento,  
Que alegre la ofrecía  
Inocentes ideas de contento,  
Marchaba sola la lechera,  
Y decía entre sí de esta manera:

“Esta leche vendida,  
En limpio me dará tanto dinero,  
Y con esta partida  
Un canasto de huevos comprar quiero,  
Para sacar cien pollos, que al estío  
Me rodeen cantando el pío, pío.”

“Del importe logrado  
De tanto pollo, mercaré un cochino;  
Con bellota, salvado,  
Berza, castaña, engordará sin tino,  
Tanto, que puede ser que yo consiga  
Ver cómo se le arrastra la barriga:”

“Llevarélo al mercado,

Sacaré de él sin duda buen dinero;  
Compraré de contado  
Una robusta vaca y un ternero  
Que salte y corra toda la campaña,  
Hasta el monte cercano a la cabaña.”

Con este pensamiento  
Enajenada, brinca de manera  
Que a su salto violento  
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!  
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,  
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!  
¡Oh, loca fantasía,  
Qué palacios fabricas en el viento!  
Modera tu alegría,  
No sea que saltando de contento,  
Al contemplar dichosa tu mudanza,  
Quiebre tu cantarillo la esperanza.  
No seas ambiciosa  
De mejor o más próspera fortuna,  
Que vivirás ansiosa,  
Sin que pueda saciarte cosa alguna.  
No anheles impaciente el bien futuro,  
Mira que ni el presente está seguro.

**Felix María de Samaniego.**



Fabulista español (1745-1801).

## La conversación

Los murmuradores de profesión, los malhumorados que todo lo juzgan a regañadientes, las mujeres frívolas, los discutidores profesionales — que los hay —, los aburridos y los neurasténicos, ignoran la existencia de un paliativo universal que tonifica el alma, la nutre y robustece: la conversación.

Algunos pueblos hicieron un culto de ella. En Grecia, los filósofos se reunían en los jardines de Academos, para conversar. Y en muchos casos, las comidas eran un pretexto para cambiar ideas, poetas y pensadores.

Hay que distinguir la conversación de la charla. En la primera el tema es útil y agradable, a menudo instructivo y aleccionador; en la segunda, es un motivo fútil, hasta malsano.

Ha habido épocas en las cuales se cultivó la conversación como un arte exquisito. Y las mujeres tuvieron el honor de presidir en sus salones, diálogos de grandes artistas.

En nuestro país, la costumbre colonial estableció el reinado de la conversación.

*Conversando* en los salones de Thompson, de Riglos y de Escalada, y en la quinta de Pueyrredón, se planteó nada menos que la libertad de América.

La conversación permite el desarrollo de los mejores sentimientos; entre ellos la *amistad*.

Y da ocasión a que la mujer, principalmente, desarrolle su cultura y su mejor influencia.



## Dorotea

Dorotea tomó en silencio los cántaros y subió los escalones. Herman la siguió y le pidió que la dejara llevar un cántaro para aliviarla del peso.

—No, déjelo — dijo Dorotea—; equilibrado el peso de los dos cántaros se llevan mejor; y además, no está bien que el hombre que pronto va a mandarme empuje por servirme. No me mire con esa gravedad, como si mi suerte fuera digna de lástima. Es muy conveniente que la mujer aprenda a servir en un principio, pues sólo a fuerza de servir llega a saber mandar y a ejercer en la casa la autoridad que le corresponde, dentro de la familia.

¿Acaso una buena hija no es desde sus primeros años la servidora de sus padres y hermanos?... Feliz es la mujer que se acostumbra a afrontar las mayores penalidades, a no juzgar peores para el trabajo las horas de la noche que las del día, a no lamentarse de que una labor sea demasiado minuciosa o que una aguja sea demasiado fina, a olvidarse de sí misma y a sacrificarse gustosa por los demás; porque, convertida a su vez en madre, tendrá necesidad de todas las fuerzas cuando, despierto el hijo, le pida alimento, a ella débil y pobre criatura, en quien tal vez los cuidados se juntan a los sufrimientos. Veinte hombres no bastarían para semejante tarea. Claro que su deber no es ése, pero debieran sentirse impresionados ante tal espectáculo.

Juan W. Goethe.

Poeta y escritor alemán (1749-1832).

Obras principales: *Fausto*; *Herman y Dorotea*.

## La madre de Sarmiento

Trátase de un matrimonio provinciano de gente decente, cuya tranquilidad no turba la estrechez, compensada por el goce de la buena fama.

Algo ayuda el trabajo lento del padre, resignado en su precaria hidalguía, y sólo movido a la acción intensa por el patriotismo o por la política. En cambio, la madre dedícase con valentía industriosa al sostén del hogar, complicado por la provisión doméstica de casi todas las necesidades corrientes, y por el pequeño comercio suplementario que las relaciones más pudientes estimulan a título de compasiva clientela. Y así pasa sus días laboriosos en urdir la frazada o cardar la catalufa de colores que adobó la tintorería casera; o en disponer los lizos del telar fino para la untuosa vicuña; o en historiar la randa cuyos pájaros y flores tipifica una tosca, pero expresiva estilización; o en acendrar al fuego reposado de la paila, los alfajores y almíbares cuyo punto aromatiza la canela. En la señora, que así viene a ser el personaje central de la familia, concéntrase la energía y el relieve. Situación ventajosa, a no dudarlo, pues lo cierto es que nunca formó la madre argentina mejores hombres.

**Leopoldo Lugones.**



## Romance de la muñeca

Sólo quise a una muñeca:  
Primor de raso y de cera,  
Toda crespos, toda cintas,  
Toda París por más señas.  
¡Qué bonita! ¡Qué liviana!  
¡Qué pintada y qué risueña!  
Vestía de seda azul  
Como de antigua leyenda,  
Con brazaletes de plata  
Y un collarín de turquesas.  
Yo la inquiría en los ojos  
De cristal verde, al mecerla:  
¿Dónde mirarás, preciosa,  
Con esa mirada quieta?  
Al ver helarse mis besos  
En su frialdad y dureza,  
Que no era blanda en mis faldas,  
Que eran heladas sus trenzas,  
Yo, al oprimirla, pensaba:  
¿Porqué no lates, muñeca,  
Y dices, papá y mamá  
Con vocecita de veras?  
¿Por qué no te alzas y oprimes  
Tu cara, rosa de cera,  
Contra el abrazo que te arrulla  
Y los labios que te besan?  
Ella miraba sonriente

No sé qué imagen suspensa  
En el límite en que existen  
Las cosas que el niño sueña:  
País de lindos juguetes,  
Y de las hadas benéficas,  
Y de los niñitos muertos  
Que un Angel malva contempla...  
¡Oh, mi ciudad de la infancia!,  
Como en cristal de leyenda,  
Te miro en los ojos verdes  
Que tenía la muñeca:  
Cenicienta me sonríe,  
Peter Pan me hace una mueca,  
La flor marchita del cuento  
De Andersen, perfuma abierta...  
Y hay un caminito rosa  
Que lleva a no sé qué bella  
Ciudad de cúpulas de oro  
De ángeles, rosas y estrellas...  
¡Oh, mi ciudad de la infancia!  
Jardín de pequeñas puertas,  
Que se quedó en un cristal  
Verde, de ojos de muñeca!





## Una vida consagrada a la ciencia

**MADAME CURIE**

“Esposa y colaboradora del célebre físico Pedro Curie, e hija de un distinguido profesor, nació en Varsovia el 7 de noviembre de 1867, y murió hace poco en París.

“Hizo sus primeros estudios en su ciudad natal y después se trasladó a París frecuentando las clases de la Sorbona, donde obtuvo el título de licenciado en ciencias físicas y matemáticas; más tarde se doctoró

presentando un notable trabajo sobre las sustancias radioactivas. Allí fué donde conoció a Pedro Curie, sintiéndose atraída por su bondad y su talento, y convirtiéndose bien pronto la admiración en amor.

“Nombrada profesora de la Escuela Normal de Sevrés continuó desde allí su amistad con el ilustre sabio, con el que contrajo matrimonio. Desde entonces fué la más asidua y eficaz colaboradora de su marido y con él compartió primero las penalidades de la lucha y luego las dulzuras del triunfo en el que tanta parte había tenido, pues su nombre va asociado al de Pedro Curie en buena parte de los descubrimientos que le debe la ciencia.

“En 1903 obtuvieron ambos la medalla Davy, de la Sociedad Real de Londres, y en 1904 el premio Nobel que les abrió las puertas de la celebridad y la fortuna”.



## Humahuaca

—¿Por dónde pasaron los realistas para llegar del Alto Perú a Jujuy y Salta? ¿A ver, usted, chica, que siempre está charlando?

El maestro de historia argentina formula la pregunta con severidad, y la chicuela alza sobresaltada la cabeza y recorre con la mirada las paredes y el techo de la clase, como si algún ángel salvador hubiese escrito allí la respuesta. Pero ningún genio tutelar viene en socorro de la pequeña haragana que no ha estudiado su lección de historia, y que ahora sacude contrita la siempre revuelta melena y balbucea:

—Por... por...

—Por la quebrada de Humahuaca, pues — instruye amablemente el maestro; y en el mismo instante, el sol desgarrá las nubes y llena de resplandor la gris y prosaica sala de clase. Inmediatamente, y para toda la vida, el nombre de Humahuaca se asocia en la cabecita revuelta de la chica con la idea de luz, y como sabe que es denominación quichua, la quebrada se incorpora a sus fantasías como un largo pasadizo entre dos filas de montañas, poblado de indios adornados de plumas, bajo un sol deslumbrador... ¡Qué hermoso y extraño debía ser aquello!

Asomada a la ventanilla del tren que acababa de salir de Jujuy, rumbo al Norte, sonreí al recordar la pequeña escena de escuela. Veinte años han pasado desde entonces y todavía el nombre de Humahuaca evoca en mi espíritu una visión de sol, y el deseo de conocer aquella región es más vivo que nunca. Paréceme un

sueño que empieza a realizarse. Y hermoso y extraño como un sueño, es también cuanto me rodea.

Sobre el bellissimo valle de Jujuy, ondulan las brumas de la montaña: sus bancos espesos se han roto ya, y el viento las disuelve en copos y las arrea como una descomunal majada de lanudas ovejas blancas y retozonas. Aparecen gradualmente las montañas cual si el horizonte fuese una placa fotográfica que la luz revelara. El río Grande de Jujuy abre su amplio lecho de piedra, donde brillan tortuosos cursos de agua. Cerrillos bajos cubiertos de matas de duro pasto forman los primeros bastidores del inmenso teatro. La sierra cubierta de selva se yergue tras de ellos, y entre las nubes que huyen, se adivinan las crestas de las cordilleras.

El tren sube lenta, trabajosamente. Sin darnos cuenta y admirando en silencio el paisaje, hemos entrado en la quebrada, que no es en toda su extensión un callejón estrecho entre dos murallas, sino un cauce como un valle que ora se abre, ora se estrecha en gargantas admirables y caprichosas.

**Ada María Elflein.**



**Escritora y periodista argentina (1880-1919).**

Obras principales: *Por campos históricos*; *Leyendas argentinas*.



## Caperucita

Caperucita, la más pequeña  
De mis amigas, ¿en dónde está?  
—Al viejo bosque se fué por leña,  
Por leña seca para amasar.  
—Caperucita, di, ¿no ha venido?  
¿Cómo tan tarde no regresó?  
—Tras ella todos al bosque han ido,  
Pero ninguno se la encontró.  
Decidme, niño, ¿qué es lo que pasa?  
¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?  
¿Caperucita no regresó?  
—Sólo trajeron sus zapatitos...  
¡Dicen que un lobo se la comió!

Francisco Villaespesa.



Poeta español (1870-1936).

Obras principales: *El alcázar de las perlas*; *La leona de Castilla*.

## Victoria Aguirre

Si la generosidad es ya prueba de una distinción que atrae nuestra simpatía, la generosidad inteligente es una excelencia que suscita nuestra admiración. Estimula las mejores ilusiones sobre el género humano.

Encontré una vez a Victoria Aguirre. La inquietud por las cosas del espíritu, que era el resorte de su filantropía, la llevó a recorrer el país de un extremo al otro.

Era la forma de su patriotismo, de su amor por el pasado, el deseo de perpetuarlo en lo que tuviera de bello o de singular.

Me encontré con ella en una de esas andanzas. Fué en la campaña tucumana, un día de invierno que parecía de primavera, solamente un poco entristecida. Sentía como todos el encanto del paisaje de Lules, pero no la substraía a las más diversas sugerencias sociales, artísticas del espectáculo. Todo la interesaba, abarcaba el germen sagrado que según la estación o latitud, se enciende en la obra de arte, en la investigación científica y en las más felices, en la munificencia creadora.

Entre los objetos de nuestra corriente admiración no tiene su puesto merecido la generosidad en favor de la inteligencia a que perteneció su altruísmo.

Dar simplemente puede ser obra de un natural bondadoso o sensible aunque también de una vanidad fácil; pero *dar pensando*, poniendo análisis y esfuerzo en la dádiva o asociar la inteligencia, para orientar al movimiento del corazón, es el signo de una fina supe-

rrioridad. Separado por grado, por razón de medio o de momento, se asemeja a la creación artística porque se han fundido la sensibilidad y el espíritu en una sola emoción. Puede ser el escultor a quien le falte la mano o el pintor que ha perdido la vista, es decir, el artista que carece de lo menos importante para llegar a ser lo que pudo ser.

¡Cómo podía Victoria Aguirre dejar de amar a los niños, si es el niño quien más fácilmente abre la fuente del corazón, es quien excita más vivamente la inteligencia porque comprende que ningún esfuerzo como el que realizamos en su bien tiene una fecundidad más larga y más grande!

Un pequeño gesto en su favor puede ser el guijarro que desvía un hilo de agua en los manantiales y en leguas el curso de un río y su desinencia en el mar.

Ayellaneda recomendaba no olvidar cuando estuviéramos delante de los niños, que podía hallarse entre ellos uno que llegaría a pensar como Newton, a inventar como Fulton, o a gobernar como Washington.

Hace poco más de un siglo, una magra beca de Rivadavia ponía en el camino de la inmortalidad a un niño que se llamaba Alberdi.

Juan B. Terán.



**Escritor argentino contemporáneo.**

Obras principales: *La salud de la América Española; Voces campesinas.*



## El encuentro

Iba por la calle, muy temprano, sola y meditabunda, cuando oyó que la llamaban como cuando era chiquitina, con su nombre dulcemente afinado en un diminutivo encantador. ¿No llamarían a otra?

No; era a ella, indudablemente; al volver la cara vió que una señoruca muy vieja y humilde procuraba darle alcance.

Se detuvo; miráronse las dos, y la anciana dijo anhelosa: —¿No me conoces, hija mía? — Como la via-

jera dudase memorando, la señora añadió: —Soy doña Paquita, tu maestra, la que te enseñó a leer.

Entonces sí que la discípula se puso alegre. Toda la mirada pensativa se le animó en los ojos: la mirada le llenó el semblante y abrazó con efusión a la vieja, que estaba llorando.

Hiciéronse a una orilla de la calle y se pusieron a hablar. Doña Paquita mirando a la muchacha decía:

—¡Cómo has crecido!

—¡No; si cuando me despedí de usted era ya tan alta como ahora!

Ciertamente. La discípula no había crecido, pero la profesora había menguado. Estaba la pobre muy seca y arrugada, con los ojos turbios, suspirante la voz.

Y la joven, mirándola con tierna simpatía, sintió que una fuerte marea de recuerdos subía de su alma para romper en la playa combatida de su corazón. Sin apartar la vista del angustiado semblante de la vieja, evocó la sala del colegio, abierta sobre un jardín, y vió el *libro segundo*, donde aprendió a juntar las palabras; por cierto que lucía una cubierta dorada y en cada hoja, recortado, un *canto* de aquellas historias que antes divertían mucho a los niños, y que estaban explicadas con aleluyas. Acordábase muy bien de algunos renglones, y estuvo a punto de decir:

*Entra Canene en la Corte  
sin cuartos ni pasaporte.*

¡Era hermoso haber sido niña cuando jugaba a la rueda y al escondite hasta el momento de vestirse de largo!

Al entrar en la sala, a mano derecha, allí estaba su sitio, una sillita enana con el distintivo de un lazo rosa...

¿Por qué a las niñas les gustará tanto ese color?

**Concha Espina.**

Escritora española contemporánea.

Obras principales: *La esfinge Maragata*; *Cuentos tradicionales*.

## Elogio de las manos

Los que hemos visto venir  
E ir  
Por la casa la serena  
Generosidad que llena  
Tus manos, somos cautivos  
De lo grande entre los vivos.  
Madre, en una estampa vi  
Coronados de alelí  
Dos ángeles a la puerta  
Abierta  
Del Paraíso,  
Y una paloma en el friso  
Que era el Espíritu Santo,  
Temblosa como un canto.  
El símbolo penetré  
Y es mi fe  
Que en la casa son tus manos  
Como arcángeles lozanos  
Protectores  
Y en sabia bondad doctores.

### *Villancico*

Señora, pues nos tocaron  
Tus manos, ya somos altos  
De alma, para hechos humanos.  
Madre, si partes el pan  
Tus manos consuelos dan.  
Los sollozos

Temblorosos,  
Señora, en dulzura mueren  
Cuando tus ternuras quieren  
Bajar a nuestros arcanos  
Por la senda de tus manos.  
Ahora que entro a la vida  
¿Quién de mi espíritu cuida?  
Mis pupilas  
¿Quién las hace más tranquilas?  
¿Quién puso signo clemente  
En mi frente  
Pensativa  
Como fronda de una oliva?  
Tus manos me han puesto al sol  
Madre como un girasol.

#### *Villancico*

Señora, pues nos tocaron  
Tus manos, ya somos altos  
De alma para hechos humanos.  
Los que hemos visto venir  
E ir  
En el hogar grande y santo  
El encanto  
De las dos manos hermanas  
Un poco austeras y ancianas,  
Somos ricos de ilusión...  
¡Oh el iluso corazón!  
Sabias en adormecer  
Y tejer  
Y despedirnos de lejos  
Besos moviendo y consejos;  
Sabias manos, sabias manos  
Que perfuman nuestros vanos  
Sueños juveniles con  
Olor a divina unción...

Manos profundas y graves  
Que estos pobre ojos suaves  
Cerrarán  
Ved que en estos días van  
Mis ruegos  
Como rui señores ciegos,  
A pedir que a mi cabeza  
Baje vuestra fortaleza  
... Y estoy de hinojos. El Bien  
De tus manos venga. Amén.

*Villancico*

Señora, pues nos tocaron  
Tus manos, ya somos altos  
De alma para hechos humanos.

**Enrique Banchs.**



**Poeta y escritor argentino contemporáneo.**

Obras principales: *El libro de los elogios; La urna; El casca-  
bel del halcón; Las barcas.*



# Una insigne pintora

Isabel Vigée-Le Brun

*«Pintar y vivir son para mí dos palabras iguales.»*

Isabel Vigée-Le Brun, de precocidad asombrosa, unía a su naciente talento, una gentileza adorable y una belleza que había heredado de su madre. A la edad en que otros niños van todavía a la escuela siendo seres completamente anónimos, ella ya había establecido su reputación.”

“Horacio Vemet le dijo en una ocasión: “No sigas, hija mía, ningún sistema de escuela; consulta solamente, las obras de los grandes maestros italianos y flamencos, pero ante todo estudia la Naturaleza. Ella es el maestro supremo.”

“Pintó muy bien a las mujeres, no sólo miradas desde el punto de vista familiar sino también en el sentido decorativo de la elegancia y el encanto femeninos.”

“El año en que el gran pintor Bucher fué hallado muerto al pie de su caballete ante el cuadro sin acabar de *Venus*, Isabel, que entonces contaba quince años, conocía ya la celebridad; la nobleza y todo el gran mundo acudía a su estudio en donde se reunían los pintores de más fama, no pudiendo ella dar abasto a los re-

tratos que se le encargaban. Su talento y su belleza resplandecían. El 25 de octubre de 1774, el año mismo en que Luis XVI subía al trono de Francia, Isabel Vigée-Le Brun era elegida miembro de la Academia de San Lucas; contaba diecinueve años; su modestia, sus encantos y el alto valor de su talento, le destinaban un porvenir glorioso. Se la llamó después “el orgullo de Francia, el lápiz inmortal”. La artista no se engreía por aquel éxito. . . Tenía serena conciencia de sus méritos, que la llenaban únicamente de gozo. La obra maestra de Isabel Vigée-Le Brun es su retrato con su hija. Las pinturas de esta artista poseen su misma gracia, alcanzando delicada sansibilidad femenina sin caer en la afectación. Isabel Vigée-Le Brun es un ejemplo único de talento femenino en pintura, que no ha tenido rival.”



# Una vida heroica.

## LA PRIMERA MUJER DE LOS TIEMPOS MODERNOS QUE SE HA DOCTORADO EN MEDICINA.

En el cementerio de Kilmun, aldea escocesa del condado de Argill, está enterrada una mujer para cuya memoria, señoras y paisanas mías, pido a Vds. agradecida reverencia.

Dice el epitafio que hay en su sepultura:

“En cariñoso recuerdo de Elizabeth Blackwell, doctora en medicina; nació en Bristol el 3 de febrero de 1821; murió en Aastings el 31 de mayo de 1916.”

Primera mujer de los tiempos modernos que se ha graduado en Medicina (1849) y primera que se ha inscripto en el registro médico británico (1859).

“Sólo cuando hayamos reconocido que la ley de Dios para el cuerpo humano es tan sagrada como la ley de Dios para el alma humana... o mejor dicho, que es una con ella, empezaremos a comprender la religión del corazón”.

“El amor no busca su propio provecho”.

“Los limpios de corazón verán a Dios”.

Preguntarán Vds.: ¿Por qué debemos reverenciar la memoria de esa mujer? Fíjense Vds. en las fechas que marca el epitafio: nació en 3 de febrero de 1821 ... murió en 31 de mayo de 1916.

Casi un siglo de vida dicen los números. De vida heroica y heroicamente consagrada al cumplimiento apasionado del deber, podemos añadir.

Doctora en medicina. . . La unión de estas palabras casi nos suena ya, y así debe ser, a cosa natural y corriente. Inscripta en el Registro médico británico. . . más de mil doctoras están hoy en las listas de este registro; más de siete mil mujeres practican hoy con toda naturalidad la medicina en Norte América. Hasta nuestra España, país lento en la aceptación de toda nueva senda de actividad y cultura, admite sin dificultad a las mujeres en las escuelas de la Facultad de Medicina. ¿Qué tiene de particular que a Isabel Blackwell se le ocurriese, hace poco más de medio siglo, emprender un camino tan indudablemente femenino? Oigamos lo que dice su hermana, Emilia Blackwell, que, animada por su ejemplo, siguió el mismo camino, luchó como ella, venció como ella y con ella, y murió el mismo año que ella: "Nadie que no haya vivido hace sesenta años puede formarse idea del muro de hierro que emparedaba por todos lados a la mujer que entonces deseaba ganarse la vida o hacer algo, que saliese un poco del estrechísimo círculo convencional. Mujer que a tanto se atreviese, quedaba aplastada por completo. Algunas, cuyo carácter no les consintió dejarse aplastar sin resistencia tuvieron que pelear por su vida, y su pelea abrió el camino que ahora otras pueden seguir."

**Gregorio Martínez Sierra.**



## Patriotismo de las porteñas

Al examinar la historia de las naciones, vemos que cada una de ellas tiene más o menos heroínas cuyos nombres, ya por su inteligencia, valor o patriotismo, forman, para los países en que nacieron, un justo título de orgullo, de gratitud y de respeto.

Francia levanta una estatua en Ruan, ciudad de su martirio, a la inmortal Juana de Arco, y Carlota Corday es justamente admirada por el partido de la Revolución, que rechazaba la sangre derramada inútilmente, y el exterminio pregonado día a día en el "Amigo del Pueblo" por el cruel demagogo que caía asesinado a los pies de una joven.

Colombia regará siempre con las lágrimas del agradecimiento nacional y del dolor, la tumba de aquella heroína que prefería el patíbulo con todos sus horrores antes que denunciar a los enemigos de su patria, a aquellos que se alistaban para sacudir el yugo de tres siglos.

Policarpa Salabarrieta dió al mundo el más alto testimonio de lo que puede una mujer cuando su corazón late a impulsos de virtud y de heroísmo, y Bolivia ha grabado con caracteres indelebles en su historia, el nombre de aquellas madres y esposas, que con tanto valor y civismo supieron defender la causa de la independencia sudamericana detrás de las débiles trincheras de la heroica y desgraciada Cochabamba.

Así también la gloriosa historia de nuestra patria, tiene páginas inmortales donde se puede admirar el patriotismo del bello sexo. Cuando la revolución de Mayo había llevado su enseña hasta el Alto Perú, en auxilio de pueblos hermanos que con las armas en la mano querían redimirse de su cautiverio, Buenos Aires no solamente daba soldados que fueran a derramar su sangre en las batallas, sino también suministraba toda clase de recursos al ejército, en lo que las damas tomaban una gran parte con espontáneo patriotismo.

Llegó un día en que las tropas se hallaban casi desnudas y era de todo punto necesario mandarles por lo menos camisas para que pudiesen cubrir en parte su honrosa desnudez. Era el 24 de octubre de 1811, cuando las damas de Buenos Aires se ofrecían generosamente a coser veinte mil camisas para los defensores de la patria.

Día inolvidable en que el patriotismo y el desinterés mostraban tener un lugar preferente en los corazones de las mujeres bonaerenses.

Juan M. Espora.



**Militar y escritor argentino.**

Obras principales: *Episodios nacionales.*

## Las campanas

Yo las amo, yo las oigo  
Cual oigo el rumor del viento,  
El murmurar de la fuente  
O el balido del cordero.  
Como los pájaros, ellas,  
Tan pronto asoma a los cielos  
El primer rayo del alba,  
Le saludan con sus ecos.  
Y en sus notas, que van prolongándose  
Por los llanos y los cerros,  
Hay algo de candoroso,  
De apacible y halagüeño.  
Si por siempre enmudecieran,  
¡Qué tristeza en el aire y en el cielo!  
¡Qué silencio en las iglesias!  
¡Qué extrañeza entre los muertos!

Rosalía de Castro.



Poetisa gallega (1837-1885).

Obras principales: *Hojas nuevas*; *Aires de mi tierra*.

## Una conversación con Sor Juana Inés de la Cruz

*Yo.* — ¿Habéis amado mucho las letras desde pequeña, venerable madre, Sor Juana Inés?

*Sor Juana.* — Desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones (que he tenido muchas), ni propias reflejas (que me he hecho no pocas), han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí.

*Yo.* — Volvisteis, pues, a estudiar con ahinco.

*Sor Juana.* — Volví (mal dije, pues nunca cesé), proseguí, digo, la estudiosa tarea (que era para mí descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestros que los mismos libros. ¡Y ya se vé cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz y explicación del maestro!

**Amado Nervo.**

Poeta y escritor mejicano (1877-1919).

Obras principales: *Elevación*; *Plenitud*; *En voz baja*.



## La sabiduría del Corazón

Mi madre, según tengo dicho en mis *Confidencias*, no escribía por escribir solamente, menos aún para ser admirada; escribía, digámoslo así, para ella sola y con el objeto de encontrar en un registro, los acontecimientos domésticos de su vida, un espejo moral de sí misma, donde pudiese verse y compararse frecuentemente con lo que ella misma había sido en otras épocas o era a la sazón, y mejorarse de continuo. Semejante costumbre observada por mi madre hasta su muerte, dió por resultado la existencia de quince o veinte pequeños volúmenes de confidencias íntimas entre ella y Dios, que he tenido la dicha de examinar. En ellos he vuelto a ver, y veo continuamente a mi madre viva cuando siento de nuevo la necesidad de refugiarme en su seno.

No escribió mi madre con esa energía de conceptos y brillantez de imágenes que caracterizan el don de expresar. Hablaba con la sobria y clara sencillez de quien no rebusca jamás dentro de sí propio, ni pide a las frases otra cosa sino que le den a conocer tal como él es, como no pidió jamás a sus vestidos sino que la vistieran, sin fijarse en que pudieran servirle de adorno

**Alfonso de Lamartine.**

**Poeta y escritor francés (1790-1869).**

Obras principales: *Las meditaciones*; *El manuscrito de mi madre*.

# La Hermana

Verano. Agosto. Declinaba el día,  
Manchando el cielo de vapores rojos,  
Y volvían, pisando los rastros  
Dos niños — ella y él — a la alquería.

Ella callaba... El chiquitín decía:  
—“Yo era un soldado; y cuanto ven tus ojos,  
“No eran parvas de trigo, eran despojos  
“De una batalla en la que yo vencía...

—Pero... ¿Y yo?— Deja; espera... Ebrio de gloria  
“Yo volvía, después de la victoria,  
Y a tí, que eras la reina, te buscaba...”

—¡No, no!... la reina es poca cosa... Yo era  
—Dice la chiquitina — una enfermera;  
Y tú estabas herido, y te curaba.

Eduardo Marquina.



Escritor y poeta español contemporáneo.

Obras principales: *En Flandes se ha puesto el sol*; *Teresa de Jesús*, *Eglogas*.



## La última carta de María Antonieta,

REINA DE FRANCIA, A SU CUÑADA LA PRINCESA  
ISABEL

“A usted, hermana mía, es a quien escribo por última vez. Acabo de ser condenada, no a una muerte vergonzosa, sólo lo es para los criminales, sino a ir a

reunirme con su hermano de usted. Inocente como él, espero mostrar la misma firmeza que mostró él en sus últimos momentos. Estoy tranquila como se está cuando la conciencia no reprocha nada. Tengo la profunda pena de abandonar a mis pobres hijos. Usted sabe que yo no existía más que para ellos y para usted, mi hermana buena y tierna. A Ud. que lo había sacrificado todo por su afecto hacia nosotros y para acompañarnos, ¡en qué situación la dejo! He sabido por el curso mismo del proceso que mi hija está separada de Ud.; ¡ay, pobre niña! no me atrevo a escribirle; no recibirá mi carta; no sé siquiera si ésta llegará a sus manos de Vd. Reciba Vd. mi bendición para los dos; espero que un día, cuando sean mayores, podrán reunirse con Vd. y gozar por completo de sus tiernos cuidados. Que piensen los dos en lo que no he cesado yo de inspirarles: que los buenos principios y el cumplimiento exacto de los deberes son la primera base de la vida, que su amistad y su confianza mutua les traerá la dicha.

Que comprenda mi hija, que en la edad que tiene, debe ayudar a su hermano con los consejos que su experiencia, mayor que la de él, y su cariño, puedan inspirarle; que a su vez, mi hijo preste a su hermana todos los cuidados y los servicios que su cariño pueda inspirarle; que sepan, en fin, los dos, que en cualquier posición en que puedan encontrarse sólo por su unión serán verdaderamente felices; que tomen el ejemplo de nosotras ¡Cuántos consuelos en nuestras desgracias! Y de la dicha se goza doblemente cuando puede compartirse con un amigo; y ¿dónde encontrar uno más tierno y más unido que en su propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre que tantas veces le he repetido expresamente: ¡que no trate jamás de vengar nuestra muerte!

## Mi compañera Inés

Compartíamos desde el banco hasta la zozobra y la alegría. Nuestros caracteres distintos realizaban el milagro de equilibrarse perfectamente. Ella era inquieta, un poco voluble, risueña; yo, seria, reservada y muy tímida.

Alternando nuestros estudios, conversábamos en los recreos, yo admiraba el poder constructivo de su imaginación: soñaba recorrer el mundo en lujosos transatlánticos y con su dedito afilado me señalaba en el atlas puertos de nombres extraños, donde haría escala, para adquirir túnicas maravillosas, joyas de ónice y berilo. A causa de aquel fantástico desborde, yo veneraba a Inés. Ella era como la autora y la protagonista de una historia maravillosa, semejante a las que yo devoraba a hurtadillas.

Y pasó el tiempo. Hasta que llegó el día de decirnos adiós en la puerta de la escuela primaria.

¡Querida Inés! ¡Cómo lloraba! No parecía, en verdad, que fuera a abrirse para ella la ruta dorada de sus ensueños.

Nuestros propósitos de visitas y cartas, se diluyeron sin concretarse en nada.

Más firme en mi afectos, aunque menos expresiva que ella, varias veces quise verla. Pero habíase mudado sin avisarme. Por otra compañera, supe que la situación de sus padres había sufrido serios reveses.

Y con gran aflicción imaginé el dolor de mi amiga, su desengaño ante la realidad que cortaba las alas a tantos propósitos hermosos.

De nuevo pasó el tiempo. Y una tarde de primavera, en cierta calle central de la ciudad, sentí de pronto que me nombraba una voz sonora, inconfundible.

Y me encontré en brazos de mi amiga, entusiasta, desbordante como siempre. Cubrióme de reproches, aludiendo a mi olvido, me hizo mil preguntas y se puso a hablar de sí misma, como en otro tiempo.

—Trabajo y ayudo a mis padres, cuya situación es muy distinta ahora. Papá tuvo malos negocios.

¡Si vieras con qué orgullo y alegría contribuyo al bienestar de mi casa!

Y rompiendo en una carcajada añadió: — Claro, que no gano para viajes, ni para joyas... todavía.

Pero todo es posible, con el tiempo, ¿eh? ¿Qué me dices? ¿No te parece?

—Sí; claro que sí, Inés — afirmé yo, admirándola mucho más todavía que cuando éramos chicas y me deslumbraba con sus proyectos.

¡Queridísima compañera!

La esperanza y la fe seguían inspirándole sus mejores sueños.



## Herманas gemelas de la Caridad

Tiempos duros fueron los que tocaron en suerte a Doña María Antonia Beláustegui de Cazón para presidir la Sociedad de Beneficencia. Se imponía una tregua a sus tareas, y ella la reclamó de la asamblea que al cerrarse aquel fatídico invierno del 17 tuvo que afrontar la elección del nuevo consejo directivo. Un nombre estaba en todos los corazones para reemplazarla: el de la infatigable María Josefa del Pino, que en otros períodos había sobrellevado ya con su entereza las pesadas funciones de presidenta. Fué, pues, electa y puesta en posesión de su cargo el 30 de julio.

María Josefa del Pino, hija de José María del Pino y de Doña María Mercedes Saraza, era por su padre nieta del Virrey del Pino, y por parte de madre, hermana de los generales Mariano y Eugenio Necochea. Espíritu de selección, alma sensible al dolor de los humildes, ha dejado su nombre indestructiblemente unido a dos hechos notables en la historia de la filantropía porteña: la introducción de las hermanas de caridad en los hospitales y la fundación del Asilo del Pino.

Un suceso inesperado, que al llenarla de pena despertó en su corazón tristes presagios, vino a amargar los primeros días de su actuación en el cargo: el falle-

cimiento de su amiga íntima doña María de las Carreras, la virtuosa matrona que como ella, había sido presidenta de la Sociedad en tres períodos, que había descollado por su celo y que no tuvo en su vida sino dos cultos: el de la religión y el de la caridad. María de las Carreras entregaba su alma a Dios el mismo día en que María Josefa del Pino asumía por tercera vez la dirección de los destinos de la Sociedad de Beneficencia, y estaba escrito que las almas de estas dos gemelas de la caridad no tardarían en confundirse en las regiones de lo eterno. María Josefa del Pino moría el 12 de enero de 1872, a los 64 años de edad (había nacido en 1808) rodeada del cariño de los humildes y los poderosos.

**Ismael Bucich Escobar.**



**Historiador y periodista argentino.**

Obras principales: *Visiones de la gran aldea*; Buenos Aires ciudad.



## Ventana mágica

Ventana que abres los ojos  
sobre una decoración  
donde la infancia era un cuento  
que oímos contar sin voz.  
Miro la gris lejanía  
desde tu iris de color;  
¡cuántas figuras cambiantes  
dibuja en la sombra el sol!  
Voy encontrando los seres  
que guardé en el corazón  
sacados de un viejo libro  
que mi cariño salvó:  
El buen ángel de la guarda,  
la Virgen y el Niño Dios,  
Jesús y los Reyes Magos,  
los pasos de la Pasión.  
En breve ronda estrechando  
los brazos y la canción  
los que se hicieron amigos  
por cariño o por temor:  
Caperucita y el lobo,  
la bruja sin corazón,  
Pulgarcito, Cenicienta,  
Blanca Nieve y Rosa-flor!  
Ventana que abres los ojos

sobre una decoración,  
donde la nieve es de harina,  
las montañas de cartón,  
los arroyuelos de espejos,  
los rebaños de algodón,  
y de madera pintada  
el lobo, el perro, el pastor!  
Te abrí sobre la distancia  
que la ilusión acercó,  
pero un soplo de tragedia  
tu iris mágico cegó.

**Mary Rega Molina.**



**Poetisa argentina contemporánea.**

Obras principales: *Retablo*; *Anunciación*.

# Poemas en Prosa

## MATERNAL

En el regazo mío tú duermes y yo te contemplo con el alma temblando, asomada a los ojos llenos de embeleso.

Me pareces tan hermoso, que un repentino temor me asalta y te oprimo más sobre mi corazón.

Tu carita rosada, de mejillas más dulces que la flor de durazno, tu boquita golosa que es un poema vivo y fragante de besos, tus párpados de sedosas pestañas que irradian la serenidad inefable de tu sueño, te asemejan tanto a un ángel, que he tenido miedo. . .

Pero tú eres mi ángel de la tierra y tú no tienes alas para volar y tus piecitos de rosa no saben caminar siquiera. ¡Pero eres tan hermoso!

Por eso sentí miedo y te estreché más contra mi corazón mientras dormías en mi regazo.



## Hasta el Cielo

El amor que nos une es tan tierno, tan encantado de amar que está a flor de tus labios hecho llamado, hecho sonrisa y llanto por tu madrecita. Y está a flor de mis labios hecho vibración perenne que se traduce en besos incontables.

Mi corazón y el tuyo son como dos florecillas gemelas que viven el mismo calor de la luz y se juntan temblorosas en el común abrigo si arrecia el viento.

Tus "manitos" tibias buscan siempre las mías y los piecitos quieren huir del suelo para ser dulce carga de mis brazos.

Y así unidos, el inefable cántico susurra en tus labios y en los míos entre juegos de besos.

—¿Hasta dónde la quieres a tu madrecita?, te interrogo anhelante, cual si nunca tu boca me lo hubiera dicho.

Y elevando tus ojos purísimos al remoto azul, con una concepción inocente de inmensidad, me afirmas en ese idioma tuyo, que yo he aprendido tanto.

—“¡Hasta el cielo!... Y tu corazoncito late en un infinito amor que es todo mío y que recojo avara.

Marta Taín de Traba.

Escritora argentina contemporánea.

Obras principales: *Poemas en prosa*.

## Virginia

No olvidaba Virginia la tarea de amasar y cocer tortas para las pobres familias de blancos nacidos en la isla, quienes no habían probado antes el pan de trigo europeo: las infelices, sin auxilio alguno por parte de la gente de color, hallábanse reducidos a alimentarse de yuca en medio de los bosques, careciendo para soportar su miseria, ya de la estupidez compañera del esclavo, ya del ánimo que la educación infunde. No podía la joven hacerles otros obsequios; pero el buen agrado con que llevaba a ejecución su obra, aumentaba no poco su valor natural. Virginia les daba ánimos; servíales refrescos cuyo mérito realzaba con circunstancias que, en su sentir acrecentaban en bondad: tal licor era obra de Margarita; estotro de su madre; el fruto aquél habíalo cortado con su hermano, subiéndose con grave riesgo a la cima de un árbol. Virginia tenía singular empeño en que fueran partícipes de la alegría de su familia, tanto que solía decir: "La dicha propia sólo se alcanza labrando la de los demás."

**Bernardino de Saint-Pierre.**

**Escritor francés (1737-1814).**

Obras principales: *Pablo y Virginia*; *Estudios de la naturaleza*.

## Lavanderas

Buenos Aires 70 años atrás.

Las negras o *morenas* se ocupaban del lavado de ropa. Ver en aquellos tiempos una mujer blanca entre las lavanderas, era ver un lunar blanco, como es hoy un lunar negro ver una negra entre tanta mujer blanca de todas las nacionalidades del mundo que cubren el inmenso espacio a orillas del río, desde la Recoleta y aún más allá, hasta cerca del Riachuelo.

Eran excesivamente fuertes en el trabajo, y lo mismo pasaban todo el día expuestas a un sol abrasador en nuestros veranos de intenso calor, como soportaban el frío en los más crueles inviernos. Allí en el *verde*, en invierno y en verano hacían fuego, tomaban mate, y provistas cada una de un pito o cachimbo, desafiaban los rigores de las estaciones.

Por entonces usaban una especie de *garrote* con que apaleaban las ropas, sin duda con la mira de no resregar tanto; puede este medio haber sido muy útil para economizar trabajo, pero era eminentemente destructor, pues rompían la tela y hacían saltar los botones.

Allí cantaban alegremente cada una a uso de su nación y solían juntarse ocho o diez, formando círculo y hacían las grotescas figuras de sus bailes, especie de entreacto en sus penosas tareas.

Sin embargo, parecían felices; jamás estaban calladas, y después de algunos dichos, que sin duda, para ellas serían muy chistosos, resonaba una estrepitosa carcajada. La carcajada de la lavandera era característica.

Tanto es cierto que la escena no debe haber carecido de atractivo, que algunas familias iban una que otra tarde en verano, o una que otra mañana en invierno a sentarse sobre el verde, a tomar mate y a gozar de los chistes y salidas de las lavanderas.

José Antonio Wilde.



Escritor argentino.

Obras principales: *Buenos Aires setenta años atrás*, publicado en 1881.

Sin embargo, parecían felices; jamás estaban calladas, y después de algunos dichos, que sin duda, para ellas serían muy chistosos, resonaba una estrepitosa carcajada. La carcajada de la lavandera era característica.

Tanto es cierto que la escena no debe haber carecido de atractivo, que algunas familias iban una que otra tarde en verano, o una que otra mañana en invierno a sentarse sobre el verde, a tomar mate y a gozar de los chistes y salidas de las lavanderas.

**José Antonio Wilde.**



**Escritor argentino.**

Obras principales: *Buenos Aires setenta años atrás*, publicado en 1881.

## Seguramente...

Nunca, jamás, he estado tan contenta,  
Ni en mis momentos de mayor dulzura.  
No sabía lo que era la ventura.

Y a mí misma me estoy pidiendo cuenta:  
“Oh, bella vida mía, clara y pura:  
¿Qué se hizo tu pretérita amargura?”

Y todavía nada me ha ocurrido  
Yo soy feliz por lo que nunca ha sido...”  
Respuesta: “Si aún nada te ha ocurrido,

Y eres feliz por lo que nunca ha sido,  
Feliz, después de haber sufrido tanto,  
Será que te ha purificado el llanto”.

**Rosa García Costa.**



**Poetisa argentina contemporánea.**  
Obras principales: *La ronda de las horas*; *Esencia*.



## De las memorias del General Paz

“Mi madre desmejoraba todos los días en su salud; no era sino arrastrándose que podía llegar hasta el Cabildo. En los primeros días de febrero, estuvo por última vez; después de un rato se sintió incomodada y se retiró. Ya no la volví a ver más.

El día 10 de este mismo mes, a las cuatro de la tarde falleció, después de haberse dispuesto cristianamente, y de haber hecho su testamento.”

.....

¿Para qué detenerme en expresar el amargo dolor que nos causó esta nueva pérdida? Cualquiera sabe lo que importa una madre por anciana que sea; la nuestra se hallaba en este estado, pero era siempre la cabeza de la familia; era un nudo que ligaba a todos los miembros de ella; faltándonos me parecía que quedábamos no sólo en orfandad sino también en acefalía. Por otra parte la habíamos visto morir abismada de pesares e inquietudes por sus hijos, sobre quienes pesaban los más grandes peligros: cerró los ojos sin saber su final destino. En cuanto a nosotros, cualquiera se hará cargo que en unos corazones ulcerados por la desgracia, esta última los hacía sangrar, causándonos un inexplicable dolor. Si en circunstancias comunes y ordinarias de la vida, la pérdida de una

madre es una desgracia irreparable, ¿qué sería para nosotros batidos de tantos modos por el infortunio y con nuestras fuerzas agotadas por tan prolongados sufrimientos?

Sólo la Providencia ha podido conservarme, y a ella, y después de ella a mi querida Margarita (1), le debo haber sobrevivido.

**General José María Paz.**



**Militar e historiador argentino (1791-1854).**

Su principal obra son las *Memorias póstumas*.

(1) Su esposa.

# Mireya

Canto a una niña de Provenza. En los amores de su juventud, a través de la Crau, hacia la mar por entre los trigos, yo, humilde discípulo del grande Homero, quiero seguirla... Como fuese una zagala de los campos, su nombre, lejos de Crau, muy poco se ha extendido.

Aunque en su frente no resplandecía sino la juventud, aunque no tenía diadema de oro ni manto de Damasco, quiero que sea glorificada como reina y que nuestra lengua despreciada la enaltezca y la acaricie, pues canto para vosotros, pastores y cortijeros.

.....

Mireya estaba en los quince años. Cuestas azules de Fuente Vieja, colinas de Baus, llanuras de Crau, vosotros no habéis visto jamás otra niña tan linda. Era un capullo que el sol alegre había desabotonado. Su rostro candoroso y fresco tenía un hoyuelo en cada mejilla, y su mirada era un rocío que disipaba toda pesadumbre, más pura y suave que la luz de las estrellas...

Federico Mistral.



Poeta provenzal que hizo famoso su nombre con el poema:

*Mireya*. (1830-1914).

## La última carta de Manuelita

Manuela de Rosas de Terrero murió en Londres el diez y siete de septiembre de 1898, a la edad de 81 años. La dulce tranquilidad de su vejez se revela en la siguiente carta que ella escribió, a los ochenta años de edad, a su cuñada doña Mercedes Fuentes de Rosas, viuda de su hermano Juan:

Royal Hotel (Worting), Agosto 24 de 1897. Mi querida hermana Mechita:

Empezaré saludándote a la inglesa en este 81 aniversario de tu natalicio: Really hermana querida, este deseo es tan sincero como más no puede ser y como Miss Short me dice lo fuerte y activa que te conservas, espero que cumplas rodeada en este día de todos los tuyos que tanto te aman y a quienes envidio el placer que deben sentir al festejarte con ellos.

Aquí estamos en nuestro cambio de verano. En un lugar quieto, pero agradable gozando de la amena brisa que a mí me encanta particularmente después de haber pasado un verano terriblemente caluroso.

Mañana tendremos a Manuel y a su Jonie por unos cuantos días lo que será un gran placer para mí, pues la compañía de mis hijos es siempre ansiada para esta madre que tanto les ama. Rodrigo, Ena y "baby" están en la casa del Támesis. A ellos les gusta más estar en los bordes de ese río que en los del mar. Gracias a Dios, viejos y mozos todos estamos buenos, los dos primeros llevando los 80 admirablemente fuertes. Los

años, Mechita, nos caen rápidamente y para mí es una gran fatalidad verlos y sentirlos pasar sin tener ni esperanza de abrazarte, de besarte antes de presentarnos a su lado, es un poco severo, pero digamos lo que Santa Teresa "que su divina Voluntad sea cumplida.

A Juan Manuel, Malvina María, y toda era querida familia mil cariños incluidos los chiquilines nietos y biznietos. Por supuesto un saludo particular a Juan-cito y su Señorina sin que olvide a la buena Miss Short y con besos y cariños sin fin. Soy tu afectuosa hermana.

*Manuela.*

No me olvides para con mi nunca olvidada Dolores Fuentes. Dile a Juan que mi hijo Manuel le escribirá sobre lo que en nombre del Juez de primera instancia, Dr. García, ordenó el cónsul general aquí Dr. García Uriburu comunicara.

**Carlos Ibarguren.**



# Romances de la niña negra

## I

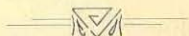
Toda vestida de blanco,  
almidonada y compuesta,  
en la puerta de su casa  
estaba la niña negra.  
Un erguido moño blanco  
decoraba su cabeza;  
collares de cuentas rojas  
al cuello le daban vueltas.  
Las otras niñas del barrio  
jugaban en la vereda;  
las otras niñas del barrio  
nunca jugaban con ella.  
Toda vestida de blanco,  
almidonada y compuesta,  
en un silencio sin lágrimas  
lloraba la niña negra.

## II

Toda vestida de blanco,  
almidonada y compuesta,  
en un féretro de pino  
reposa la niña negra.  
A la presencia de Dios  
un ángel blanco la lleva,  
la niña negra no sabe  
si ha de estar triste o contenta.

Dios la mira dulcemente,  
le acaricia la cabeza,  
y un lindo par de alas blancas  
en sus espaldas sujeta.  
Los dientes de mazamorra  
brillan a la niña negra.  
Dios llama a todos los ángeles,  
y dice: — ¡Jugad con ella!

Luis Cané.



Poeta argentino contemporáneo.

Obras principales: *Mal estudiante*; *Romancero del río de la Plata*.

## María Lucero

Sucedió que un día, yendo la hija de Tonón, como tantas veces, a fuer de Cenicienta de la casa, con un gran cesto de ropa a lavar al río, tuvo un tropiezo singular.

Iba María Lucero, muy de mañana, como al punto de quebrar el sol, hacia un remanso donde el Cinca, al rafe de la casona, tiende y serena las aguas como para dar espejo a los doseles que hacen allí los fresnos, hayas y abedules.

Iba la moza semejante por lo gentil, por lo garbosa y alegre, a la Nausica de Homero, según se la describe en la Odisea. No con el lujo de tan solícitas criadas, elegantes ropas y finísimo atuendo, ni en carro de lustrosas mulas, como doncella de rey, mimada de los dioses, hija feliz de padre ilustre y complaciente, sino sola y a pie, con el argadillo al cuadril y con humildes vestidos, como hija de padre avaro, sórdido y plebeyo, que tiene a su rica prenda, la corona real de sus tesoros, en trazas y oficios de Maritornes, a guisa de lavandera, de cocinera y de fregona, al tanto y sin jornal de los más rudos menesteres de la casa.

No traía, pues, la infeliz más compañía ni apoyo que su gentil persona y sus robustos remos, ni otra merienda que las sobras del triste chentar de la víspera, ni mejores óleos que unos canteros de jabón, verde lagarto, para lavar, y a fuerza de puños, lienzos morenos de cama y ropas interiores de retor.



Pero aún así, como suele andar, con su pobre saya obscura, corta y de anchos vuelos, sus zapatos burdos, las groseras medias, el jubón al talle y un pañolico de colores; con su peinado de rosca, su rizo y caudaloso pelo, negrísimo y azul, en aladares sobre las sienes, trenzado y recogido en la cerviz en forma de espiral y con lindas sortillas en la nuca, más parece una hidalga pobre de las antiguas de gotera que villana rica o moza de cántaro o de cuévano.

Y aun se podría imaginar que el sol, a punto de salir allá por las cumbres de la Fueba, amanecía en el semblante, dorado y con arboles, de María Lucero; en la expresión donairoso, franca y abierta de su rostro, en su sonrisa de luz, en sus ojos grandes y rasgados, negros y azules también, como de noche con estrellas.

Ricardo León.



Escritor español contemporáneo.

Obras principales: *El amor de los amores*; *Alcalá de los zegríes*;  
*Alivio de caminantes*.

## A una mariposa

Hija del aire, nivea mariposa,  
Que de luz y perfumes te embriagas  
Y del jazmín al amaranto vagas,  
Como del lirio a la encendida rosa;

Tú que te meces, cándida y dichosa,  
Sobre mil flores que volando halagas,  
Y una caricia por tributo pagas  
Desde la más humilde a la orgullosa;

Sigue, sigue feliz tu raudo vuelo,  
Placer fugaz, no eterno solicita,  
Que la dicha sin fin sólo es del cielo:

Fijar tu giro vagoroso evita,  
Que la más bella flor que adorna el suelo  
Brilla un momento y dóblase marchita.

Gertrudis G. de Avellaneda.

Poetisa y dramaturga cubana. (1814-1873).

Obras principales: *El príncipe de Viana*; *Guatimozín*.

# Doña Aurelia Vélez Sarsfield

## UNA AMIGA DE SARMIENTO

“Doña Aurelia Vélez Sársfield era una mujer de fuerte inteligencia. Poseía una cultura completa, conocía la política, los problemas americanos y compartía en la tertulia paterna las discusiones de que participaban los estadistas y los publicistas, entre los cuales nunca faltaba, después de la caída de Rozas, don Domingo Faustino Sarmiento. A menudo colaboraba en “El Nacional”, en cuyas columnas publicó artículos y correspondencias de viaje que denotaban un don agudo de observación y una finura espiritual que se advertía invariablemente en sus conversaciones. Vivía retraída. Había conocido el sufrimiento, que afrontó con serena dignidad, y su existencia, al lado de su padre, se desenvolvió en una atmósfera de nobles actividades. Consagrada así a una vida de quietud y de cultivado recogimiento, practicó silenciosamente el bien, se dedicó con sencillez al ejercicio de la caridad, sin ostentación, substrayéndose continuamente a la exhibición de los sentimientos de conmovida piedad que infundía a su obra bienhechora e ignorada, que sólo no desconocían sus allegados más cercanos.”

“Aurelia Vélez falleció en Buenos Aires, el 6 de diciembre de 1924, a los 88 años de edad. Nacida en la época aciaga de la tiranía, su vida abarcó todo el período de la montonera gaucha; presenció el progreso cosmopolita y guardó como reliquia un trozo del pri-

mer cable submarino, (1) fué en su hogar patricio una noble dama amorosa; repartió su vida acongojada entre el cariño del padre augusto y el de la hermana enferma; dilató su existencia más allá del tiempo, así vió pasar a su vera, a los seres queridos por la ruta del destino; presenció más aún: vió partir al gigante envuelto en la aureola de la inmortalidad. Rindió culto a sus manes familiares en el hogar doméstico. Adornó su casa de la calle Libertad el busto en mármol de su progenitor cuyo monumento legó a la Facultad de Derecho y que hoy decora el "hall" central del gótico edificio; cedió a la Universidad de Córdoba, patria de Vélez, la biblioteca del padre y los manuscritos del Código Civil argentino. Murió serenamente; fué su postrer deseo que su "entierro y todo lo concerniente al mismo", fuese "lo más sencillo posible y lo más silencioso también". Murió conservando el apellido de su linaje, el venerado nombre de Aurelia Vélez Sársfield."



(1) pedazo de cable lleva una inscripción con esta leyenda: "Gral. Urquiza, Argentine Confederation, Agosto 5 de 1858". — Debe referirse al cable subfluvial tirado entre Paraná y Santa Fe.

# Escenas de Buenos Aires

## EL GAUCHO

Cuando el viento de la vida me hubo devuelto, después de larga peregrinación al suelo de la patria, ansiosa de contemplarla, tendía la mirada en torno al encantado panorama, buscando cuanto la mente había guardado vivo y palpitante en el recuerdo. Y allí estaba todo: el prado, el bosque, los altos gramadales, el ombú, el cielo azul, las grandes lontananzas. Todo menos el ser que los animaba: ¡El gaucha! ¿Qué ha sido de ese bello tipo argentino? Su pintoresco ropaje, el arábigo chiripá llévanlo, sucio, y profanado, hombres de país extranjero.

Busqué en la arena de los senderos la huella de su elegantísimo coturno arrancado al jarrete de los potros, y solo hallé zuecos y alpargatas. La figura que completaba el paisaje: el gaucha, ha desaparecido de los campos de Buenos Aires.

Por dicha vive inmortal en las páginas de Hidalgo, Ascasubi, Hernández, Del Campo.

**Juana Manuela Gorriti.**

**Escritora argentina (1819-1874).**

Obras principales: *Sueños y realidades; Peregrinación de un alma triste.*

## Cómo es Margot

Una comedia del día  
Sin llanto y sin regocijos;  
Personajes: yo y mis hijos;  
Teatro: la juguetería.

Tengo, cual es de rigor,  
Una niña en cada lado  
Y el varón está sentado  
Encima del mostrador.

Hay en frente dos hileras  
De "bebés" con labios rojos,  
Blancas frentes, negros ojos  
Y doradas cabelleras.

Locomotoras sin par,  
Coches de cuerda, andadores,  
Barcos, peces de colores,  
Ballenas; en fin: ¡la mar!

— Quiero — la mayor me grita —  
Aquel niño en esa cuna  
Y aquel armario de luna,  
Y esa alfombra y la casita.

— Y yo — dice Juan — no quiero  
Más que un fusil, un cañón,  
Una pistola, un bastón,  
Un sable, un cinto de cuero,

Una lanza, una bandera,  
Una coraza, una gola,  
Aquella caramañola,  
Mi quepís, mi cartuchera.

Y prosigue la mayor:  
—Pues yo quiero solamente  
Esa lámpara, esa fuente,  
Muebles para el comedor,

Dos cuadros, cuatro cortinas,  
Tres sartenes, un brasero,  
Dos candiles, un plumero  
Un gallo con sus gallinas,

Un ratón de cuerda, un gato,  
Un... — ¡Basta! ¿Y tú, Margarita?  
Callóse la pobrecita,  
Miró todo largo rato,

Y con palabras sinceras  
Y natural regocijo,  
Alzó su rostro y me dijo:  
—Yo, papá, lo que tú quieras.

—No. Di tu antojo, alma mía.

Y agregó alzando las manos:

—¡Ya pidieron mis hermanos  
Toda la juguetería!

—¿Y no quieres nada?

—¡¡No!!

—Algo pide.

—¿Y si estás pobre?

Lo que dejen, lo que sobre,

Eso me lo llevo yo.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!  
La dije, y besé su frente.  
Y no exagero, realmente  
Es así mi Margarita.

Bondadosa y resignada,  
Ninguna ambición concibe;  
Si algo le doy, lo recibe;  
Y sino, no pide nada.

Juan de Dios Peza.



Poeta mejicano (1852-1911).

Obras principales *Fusiles y muñecas*; *Cantos del hogar*.



## La Viuda

—Mamá — dije mientras vestía yo a mi muñeca —, Paz, nuestra vecina, no tiene cara de viuda.

—¿Por qué lo dices? — preguntó mi madre.

—Porque las viudas son viejas — le respondí con toda la sencillez de mis siete años —, y Paz se parece a la Virgen que tienes arriba de tu mesa; es muy bonita...

Mi madre sonrió dulcemente y salió del comedor. Yo, entonces, poniendo la muñeca a mi lado, me extendí en el canapé pensando en Paz. ¡Qué bonita era! Sólo porque tenía los ojos tan tristes, no se parecía al Hada Azul que figuraba en el cuento del Pájaro encantado. Esa Hada llevaba eternamente la sonrisa en la boca, y Paz, no: siempre estaba callada y seria, y a veces, hasta parecía que iba a llorar. Pero tenía la misma cabellera dorada del hada, y la misma luz en la frente... ¡Qué bonita!

Un ruido estrepitoso tiró al suelo el castillo de mis pensamientos. Puse a un lado la muñeca, salté del canapé y corrí hacia el jardín para ver qué ocurría. Mi hermano Luis y sus amigos, con kepís de papel y sables de hoja de lata, acababan de entrar de la calle en persecución del gato de la tía Rita, un gato negro, que era mi favorito, y al que guardaba yo diariamente la parte mejor de mis golosinas.

Como un valiente general que se pone al frente de las balas, abrí los brazos y detuve con un grito

a toda esa multitud ebria de combate. Entre tanto, el gato ganaba terreno y entraba a ocultarse debajo del canapé.

—¡Nadie lo toque! ¡Nadie lo toque! — grité. Es mi favorito, y lo defenderé con la vida. . .

Aquella multitud leyó seguramente en mis ojos la verdad y resolución de mis palabras, porque se alejó medrosa, aunque sonriendo con cierta sorna (quizá para ocultar su derrota humillante).

Yo, entonces, corrí hacia el canapé, y dirigiendo al gato mis más dulces palabras para prestarle confianza y ánimo, me incliné, metí las manos entre los flancos de la pasamanería, palpé en el fondo oscuro, y saqué arrastrando aquel fardo de seda negra que era el gato de la tía Rita.

—Ven acá, Brujito mío — le dije cuando ya estuvo a la vista, asustado y tembloroso. Ven a comer tus pasteles y tu pan con mantequilla; hoy vas a regalarte como un rey, mientras esos malvados van a matar a otros bichos menos lindos que tú. . . Ven acá, Brujito de seda, ven acá. . .

Lo llevé a un rincón de la cocina, le di pan, leche y pasteles, y ya que había saboreado despacio todo aquello, lo levanté en mis brazos y me fuí con mi pesado tesoro a la casa de Paz, nuestra vecina.

Allí estaba ella, como siempre, delante de su mesa de costura, hilvanando, cortando, cosiendo y desco-siendo. . .

—¿Nunca te cansas, Paz? — le pregunté mientras me sentaba en la orilla del tapete y depositaba sobre el suelo mi querida carga.

—A veces no, a veces sí — me respondió, pensativa.

—Yo quisiera, cuando fuese persona mayor, ser tan sería como tú — le dije —. Querría vivir en una casa

así, tener una mesita como la tuya, y estar cose y cose, como tú. . .

Paz levantó de la tela sus tristes ojos, y abarcándome en una larga mirada, me dijo:

—No, hijita mía. . . no lo deseas. . .

Después, ensartó la aguja en una hebra de hilo rojo, marcó fuertemente con el lápiz una línea sobre la tela blanca, y empezó a dar puntadas, siguiendo aquella línea.

El gato, con sus grandes ojos color de uva miraba atentamente subir y bajar la mano de Paz.

—Mira qué gato tan juicioso — dije a la vecina —. Parece que quiere aprender a coser.

—¡Florita! — me gritó mi madre desde la puerta de casa —. Ven pronto, que aquí está tu tía Isaura, y quiere verte.

—Vamos Brujito — dije, levantándome del suelo y cargando al gato. — Ya volveremos a conversar con Paz. Dile adiós a la señora. . .

Y moviendo la manecita suave del gato en señal de despedida, salí a la puerta, crucé la calle y entré en nuestra casa.

Mi madre y la tía Isaura desenvolvían paquetes: eran panecillos y dulces, que la tía nos traía.

—Este es para Florita; tiene muñequillos de coco y almendra; y éste decía mi tía endulzando la voz —, es para la pobrecita de Paz. . .

¡La pobrecita de Paz!. . . ¿Por qué la llamarían pobrecita, siendo tan bonita como era?. . . Quizá por ser ya viuda. . .

**María Enriqueta.**

**Escritora y poetisa mejicana contemporánea.**

Obras principales: *Enigma y símbolo*; *Lo irremediable*; *Album Sentimental*.



## Santa Teresa de Jesús

Teresa escribía como hablaba. El encanto de su estilo consiste precisamente en que no es tal estilo, en el sentido literario de la palabra, expresándose más bien como un gran orador improvisador, que como un escritor. Irregular, descuidada, con frecuencia inexacta, apartándose del asunto principal, por lo cual pide perdón en seguida, y, a pesar de todo, tan llena de es-

pontaneidad y de energía, que conmueve poderosamente a cuantos la lean, abriéndole las puertas de su alma. Precisamente esas digresiones, que serían en otro autor pesadas, irritantes, en ella constituyen un encanto. Es como si estuviésemos escuchando a alguna persona cuyo discurso interrumpe a cada palabra una inspiración temporánea. Jamás intenta ser lo que no es, ni aspira a una profundidad que no podría alcanzar. Revela sus diferentes estados de ánimo con una espontaneidad infantil. A veces didáctica y propensa a hacer reflexiones morales como verdadera castellana; a veces vaga y visionaria; elevándose, en ocasiones, en aras de un lirismo nunca igualado o de una elocuencia apasionada, creería uno, al leerla, sentir el timbre de su voz en los oídos. No hay página en sus obras que no lleve el sello de su interesante personalidad, toda humorismo, gracia y delicadeza. Nadie escribió jamás el castellano con más fuerza y energía. En aquella época, el idioma nacional estaba en un período de transición. Ella fué la última que empleara las formas robustas y enérgicas del lenguaje antiguo combinadas con nuevas formas de expresión, lo que da a sus escritos un interés literario especial. Muchas de las frases empleadas por ella con más frecuencia, eran ya anticuadas o del uso exclusivo de la clase baja. Mas, si queremos familiarizarnos con la manera de hablar de los caballeros de antaño, no tenemos más que leer los escritos de Teresa, quien, aparte de otros méritos, tiene el de haber hecho imperecedoras ciertas formas dialectales, con las que se

familiarizó en su niñez, no olvidándolas nunca. Ningún aficionado a la lengua española podrá jactarse de saberla a fondo mientras no haya leído a la Santa de Avila, cuyos escritos pueden contarse sin duda alguna entre las obras clásicas de la literatura española.

**Gabriela Cunninghame Graham.**



**Escritora chilena.**

Obras principales: *Vida de Santa Teresa.*

# Las beldades de mi tiempo

¡Oh bellos y risueños tiempos en que sin ceremonia se mascaba maní en muchos de los palcos donde acudían aristocráticas damas, o se pasaba el *mate al círculo* que se formaba al pie de las higueras de los grandes patios de nuestras casas del Buenos Aires viejo, donde en política primaba el nombre de don Justo; en literatura sonaban siempre autores como Dumas, Sue, Walter Scott, Fernán Caballero, Eguilaz, Moratín, Vega, Bretón y Rodríguez Rubí; en que por la tarde se paseaba en cabalgata, en que había guapos que andaban por esas calles de Dios con un piano auestas, entonando alegres serenatas y en que se oía el canto monótono de los guardias nocturnos del orden, que envueltos en sus capotes, agitando de arriba abajo sus linternas y armados de lanza, cantaban *¡las once han dado y sereno!* Aquí sí que podríamos exclamar como Anastasio el Pollo:

“Ese tiempo ya pasó”.

Y pasó también la porteña y de ella sólo nos queda como recuerdo las telas de la época que la representan arrodillada en el templo, de mantilla gentilmente prendida a su cabello, teniendo a la izquierda al negro, al ayo, que le llevaba la alfombra y admirando al espectador esos ojos grandes y brillantes, de espesas pestañas y coronados por oscurísimas cejas, ojos que eran a veces unos abismos o que brillaban con la sublime unción del ruego, cuando se replegaba el alma sobre sí misma y en vuelo purísimo se dirigía al Creador.

**Santiago Calzadilla.**

**Escritor argentino.**

Obras principales: *Las beldades de mi tiempo.*

## El buen rey

Cuando todavía era pequeña, su abuela se ocupaba en contarle cuentos. Una noche estaban ambas sentadas ante la chimenea; habían acabado con las historias. Pero la mano de la pequeña seguía posada aún sobre las rodillas de la anciana y acariciaba la seda de su vestido, ese tejido tan curioso que tenía la propiedad de piar al crujir, como un pajarito. Y ese ligero razonamiento era un ruego, pues ella pertenecía a esos niños que no pedían con palabras.

Entonces la anciana empezó a contarle, muy bajito, la historia de un niño pequeño que había nacido en Judea para ser un gran rey. Los ángeles llenaron la tierra de cantos de alabanza, hombres sabios llegaron del Oriente, guiados por una estrella del cielo, y le ofrecieron mirra e incienso, y hombres, mujeres, ancianos, profetizaron su gloria. Este niño creció hermoso y era infinitamente más sabio y bueno que los demás niños; cuando sólo tenía doce años de edad, su sabiduría era más grande que la de los sumos sacerdotes y doctores de la ley.

Y la anciana le narraba la hermosura que había visto el mundo; la vida de aquel niño mientras anduvo entre los hombres malos que no querían reconocerle como su rey. Le contó cómo el niño llegó a ser un hombre, y como los milagros le seguían rodeando. Todo lo que



existe se inclinaba a su voluntad y le servía, y lo amaba, menos los hombres. Los peces se dejaban pescar en sus redes, el pan llenaba sus cestas, el agua se transformaba en vino cuando él quería.

Pero los hombres no pusieron en su trono al gran rey; no le pusieron una corona de oro. No se hallaba rodeado de cortesanos serviciales. Los hombres le dejaban vivir entre ellos, lo mismo que a un mendigo.

A pesar de todo, el gran rey era muy bueno con ellos. Curaba a los enfermos, daba vista a los ciegos y resucitaba los muertos.

—Mas los hombres — decía la anciana — no querían al buen rey como señor. Enviaron guerreros contra él, le tomaron preso, le adornaron burlonamente con corona y cetro, le pusieron una larga túnica y le hicieron caminar, con una pesada cruz auestas, hacia el patíbulo. Oh, hija mía; el buen rey amaba las altas montañas. Con frecuencia subía a ellas por la noche para hablar con los moradores del cielo. Durante el día le agradaba sentarse en las faldas de los montes y hablar con las gentes que le escuchaban. Y, por fin, le condujeron a la cumbre de un monte para crucificarlo. Le atravesaron los pies y las manos con clavos, y el buen rey se vió colgado en una cruz, como un ladrón o un asesino.

Y el pueblo se burlaba de él. Sólo su madre y sus amigos lloraban, porque lo veían morir antes de haber llagado a ser rey.

¡Oh, cómo las cosas inanimadas lloraron su muerte! El sol perdió su brillo, la tierra tembló, el cortinón del templo se rasgó por la mitad y las tumbas se abrieron para que los muertos salieran y contasen sus penas.

La pequeña, con la cabecita apoyada en el regazo de la abuela, sollozaba como si fuera a partírsele el corazón.

—No llores, hija mía. El buen rey se levantó de su sepulcro y se fué a los cielos con su padre.

—Abuelita — suspiró la pequeña —. ¿Entonces el buen rey no consiguió su reino?

—Está sentado en el cielo, a la diestra de Dios Padre.

Pero esta contestación no la consoló, siguió llorando tan desconsolada y desesperadamente, como sólo puede hacerlo un niño.

—¿Por qué fueron tan malos con él? ¿Por qué fueron tan crueles con él?

La anciana casi se asustó de aquella explosión de dolor.

—Abuelita, abuelita; dime que te has equivocado. dime que no termina así, dime que las gentes no fueron tan malas con el buen rey, dime que consiguió su reino aquí en la tierra.

**Selma Lagerlof.**



**Escritora sueca contemporánea.**

Obras principales: *La leyenda de Gosta Berling.*

## Pepita Jiménez

Hay en ella un sosiego, una paz exterior, que puede provenir, de frialdad de espíritu y de corazón, de estar muy sobre sí y de calcularlo todo, sintiendo poco o nada, y pudiera provenir también de otras prendas que hubiere en su alma; de la tranquilidad de su conciencia, de la pureza de sus aspiraciones y del pensamiento de cumplir en esta vida con los deberes que la sociedad impone, fijando la mente, como término, en esperanzas más altas. Ello es lo cierto que, o bien porque en esta mujer todo es cálculo, sin elevarse su mente a superiores esferas, o bien porque enlaza la prosa del vivir y la poesía de sus ensueños en una perfecta armonía, no hay en ella nada que desentone del cuadro general en que está colocada, y, sin embargo, posee una distinción natural que se levanta y separa de cuanto la rodea. No afecta vestir traje aldeano ni se viste tampoco según la moda de las ciudades; mezcla ambos estilos en su vestir, de modo que parece una señora, pero una señora de lugar. Disimula mucho, a lo que yo presumo, el cuidado que tiene de su persona; no se advierte en ella ni cosméticos ni afeites; pero la blancura de sus manos, las uñas tan bien cuidadas y acicaladas, y todo el aseo y pulcritud con que está vestida, denota que cuida de estas cosas más de lo que pudiera creerse en una persona que vive en un pueblo y que

además dicen que desdeña las vanidades del mundo y sólo piensa en las cosas del cielo.

Tiene la casa limpiísima y todo en un orden perfecto. Los muebles no son artísticos ni elegantes pero tampoco se advierte en ellos nada de pretencioso y de mal gusto. Para poetizar su estancia tanto en el patio como en las salas y galerías, hay multitudes de flores y plantas. No hay, en verdad ninguna planta rara ni ninguna flor exótica; pero sus plantas y sus flores de lo más común que hay por aquí están cuidadas con extraordinario mimo.

Varios canarios en jaulas doradas animan con sus trinos toda la casa. Se conoce que el dueño de ella necesita seres vivos en quién poner algún cariño; y, a más de algunas criadas, que se diría que ha elegido con empeño, pues no puede ser mera casualidad el que sean todas bonitas, tiene, como las viejas solteras, varios animales que le hacen compañía; un loro, una perrita de lana y dos o tres gatos, tan mansos y sociales que se le ponen a uno encima.

Juan Valera.



Escritor, historiador, crítico y diplomático español (1824-1905).  
Obras principales: *Pepita Jiménez*; *Doña Luz*; *El pájaro azul*.

## Un teniente coronel femenino

La guerra de las republiquetas en el Alto Perú se había emprendido heroica y desesperadamente. Los naturales del país, cansados de sufrir el pesado yugo de sus opresores, y entusiasmados por la libertad y la venganza, se hallaban sublevados en masa contra los españoles.

Padilla, Camargo, Muñecas y Lanza, importantes y prestigiosos caudillos, fueron el alma de ese movimiento, que hará eternos y venerados sus nombres en la guerra de la independencia.

El primero operaba en su republiqueta, cuyos indígenas lo seguían poseídos del más grande fanatismo patriótico.

Acompañábalo en todas sus expediciones y combates su señora, doña Juana Azurduy, mujer de un valor extraordinario y de un temple de alma varonil unidos a un patriotismo y decisión asombrosos.

Esta heroína, nacida en Chuquisaca en 1781, educada en un convento, casada con Padilla a los veinticuatro años, de gallarda presencia, rostro hermoso, y tan valiente como virtuosa, contaba en aquella época veinticinco años de edad. En los combates vestía una túnica

escarlata con franjas y alamares de oro, y un ligero birrete con adornos de plata y plumas blancas y celestes.

Después de numerosos combates y escaramuzas, el bravo Padilla fué batido por el coronel Aguilera en el combate de Villar, el 14 de septiembre de 1816 a las tres de la tarde, y después de un pistoletazo, el jefe realista le cortó por su mano la cabeza.

Los restos de las fuerzas de Padilla se retiraron a Pomabamba, sobre la frontera del Chaco, y en el punto denominado de Segura se reunió una junta de guerra, a la que asistió doña Juana en calidad de teniente coronel de los ejércitos de la patria con que el gobierno de las Provincias Unidas la había condecorado por sus hazañas, y vestida de luto por la pérdida de su ilustre esposo, votó a la par de los demás capitanes, resolviéndose confiar el mando de la insurrección al comandante don Jacinto Cueto.

En la "Gaceta de Buenos Aires", del 11 de Agosto de 1816, está el oficio de Belgrano, recordando los servicios militares de doña Juana, pero nunca se ha publicado la contestación del gobierno, la que le confía el grado de teniente coronel, y es como sigue: "Decreto. — Buenos Aires, agosto 13 de 1816. Acútese recibo y que se dé gracias a nombre de la patria, como igualmente a los demás que expresa, esperando el recibo de la relación que manifiesta para darlo en "La Gaceta", como se efectúa con este parte, expidiendo el despacho de teniente coronel de milicias partidarias de los decididos del Perú a favor de doña Juana Azurduy. Oficio. "El Exmo. señor Director del Estado se ha impuesto con satisfacción del oficio de V. S. y parte que acompaña, pasado por el comandante don Manuel Padilla, relativo al feliz suceso que lograron las armas de su mando

contra el enemigo opresor del Perú, arrancando de su poder la bandera que remite como trofeo debido al varonil esfuerzo y bizarría de la amazona doña Juana Azurduy. El Gobierno en justa recompensa de los heroicos sacrificios con que esta virtuosa americana se presta a las rudas fatigas de la guerra en obsequio de la libertad de la patria, ha tenido a bien condecorarla con el despacho de teniente coronel que acompaño para que pasándolo a manos del interesado le significue la gratitud y consideración que han merecido al gobierno sus servicios, igualmente que a los demás compatriotas que la acompañan”.

Buenos Aires Agosto 13 de 1816.

Antonio Berrutti — (al señor general del ejército del Perú”. — Tan noble heroína tuvo tiempo de ver a su patria constituída en nación independiente, pues acabó sus días en Chuquisaca gozando de una pensión concedida por el Congreso boliviano.

Juan M. Espora.



## “De el libro de mi vida”

¿Puede un niño creerse igual a los demás niños?

Una certidumbre negativa nos es aportada más tarde, cuando advertimos hasta qué punto, desde la más tierna edad, fuimos diferentes de nuestros pueriles compañeros. Vuelvo a ver la veranda del chalet de Amphion que se estremecía por la tarde, con los gritos elegíacos de las golondrinas, cuyo vuelo en sombríos y rápidos cuchillazos, apuñalaba un azur espolvoreado de rosa, llameante y luego velado, sobre el cual se destacaba la danza silenciosa, en ángulos agudos, de los murciélagos. Veranda semicerrada, fresca y lloviznosa como una barca estática, de noche sobre el agua. Allí, en el instante que precedía a la cena, sobre canapés cubierto de almohadones de lana áspera, me sentaba entre mi hermano y mi hermana y me creía, inocentemente, en un todo semejante a ellos, por un tierno sentimiento de colectividad, propio de la humilde y cándida infancia. Los imaginaba oprimidos como yo, sin adivinar que estaba a la vez más separada y más cercana de todos los humanos y que la inmensa poesía del mundo me había escogido y pensaba: “Entraré en la garganta de esa niñita”. La niñita que yo fui y que, parecida en eso a todos los seres soy, pues nada es más verdadero que el magnífico verso de Víctor Hugo, dirigido por un adulto a un anciano.

“La belleza de la infancia es no terminar”.

.....



La piedad fué desde la aurora de mi vida, mi sentimiento dominante: la potencia de dolor iba en mí hasta lo intolerable. Era suficiente que nuestra gobernante dijera, a la hora de la merienda, mientras se me presentaba un frasco de crema de vainilla — y nada me parecía más delicioso — que los niños pobres estaban privados de ella, para que reposase sobre mi plato la cucharilla que acaba de encantarme por el don de un sabor delicioso.

He ofrecido así a la visión vaga, inmensa, de la infancia sin felicidad, el homenaje y la inútil privación de mi postre. ¡Aromas del sacrificio de Abel ascendiendo hacia un espacio donde nada podía acogerlo! Hubo también el encanto del baño tibio, de ese restringido pero envolvente paraíso líquido del que me hacía un reproche. El baño feliz, aún hoy despierta en mi conciencia, oscuramente o con vigilancia, el indecible pesar de un universo construido sin equidad. Debo al corazón de mi madre, aunque mi padre era generoso y bueno, pero quería que se sometieran a él, el no sentirme separada de ninguna criatura, el interesarme por la necesidad de todas, el confundir su vida con la mía.

La taza de té que mi madre ofrecía al afinador del piano, antes de servirse ella misma, en tanto que, señoritas, asistíamos a los preparativos de una fiesta musical prometida para la noche, me ha enseñado la fraternal amistad hacia cada humano.

Ese sentimiento poderoso, llevado por la lógica, diosa insocial, me vuelve inapta para juzgar aquello que se llama la justicia en su sentido severo, es decir en ese triste y quizás necesario olvido del destino que hace nacer a los mortales bajo el signo de la rosa o bajo el de la ortiga.

**Condesa de Noailles.**

**Poetisa francesa (1876-1932).**

Obras principales: *El honor de sufrir*; *El libro de mi vida*.

## Eva

¡Oh, golpe para mi ánimo afligido,  
Gritaba Eva, más cruel que el de la muerte!  
¡Con que ya no hay recurso, he de perderte,  
Oh deliciosa tierra! Edén querido,  
Felices campos en que yo he nacido,  
Envidiados del cielo, ¿he de dejaros?  
¡Ay, triste! En medio de mis dolorosas  
Penas me lisonjeaba de habitaros,  
De haceros dividir mis lastimosas  
Quejas y mis lamentos,  
Y ahora, mi corazón desconsolado  
Llevará sólo los remordimientos.  
La memoria de haberos profanado!  
¡Oh, vosotras, objetos preferidos  
Por mi cariño, flores hechiceras  
Adiós, no me veréis ya a las primeras  
Muestras del día, vuestros escogidos  
Cálices presentar a los lucidos  
Rayos de un sol benigno; tiernamente  
Cultivar vuestra infancia; con frecuente  
Riego animar vuestros desfallecidos  
Retoños, ni sembrar ya nunca vuestra  
Semilla, para daros nueva vida

En una prole bella y numerosa!  
¿Quién desde aquí adelante sabrá, diestra,  
Dar el terreno a cada tribu vuestra  
Propio para criarla más hermosa?  
¿Quién nombres os dará, correspondientes  
A vuestras cualidades diferentes?  
¿Quién os tendrá el amor que yo os tenía?  
Cada mañana, con afán corría  
A cuidaros: la tarde me encontraba  
Con vosotras: la noche me privaba  
Sola de vuestra dulce compañía:  
Con las aguas de Edén, de refrescaros  
Cuidaba: sólo puedo ya regaros  
Con lágrimas amargas de mis ojos.

Milton.



Poeta inglés (1608-1674).

Obras principales: *El paraíso perdido*; *Historia de Inglaterra*.



## Concepción Arenal

Nació esta escritora española en el Ferrol el día 30 de enero de 1820; huérfana a los ocho años de edad, vivió en la Liébana (valle de Potes) en unión de dos hermanas menores al lado de sus abuelos, hasta los catorce, en que pasó a Madrid, y desde muy niña reveló condiciones excepcionales para el estudio de las ciencias sociológicas y para el cultivo de la literatura.

Contrajo matrimonio a los veintisiete años, y a los ocho de vida conyugal enviudó, trasladándose entonces nuevamente al valle de Potes con sus dos hijos, hasta que la necesidad de dar educación a éstos sacóla otra vez de su apacible retiro y de nuevo llevóla a la corte.

Los trabajos de esta eminentísima mujer son muy variados; hay entre ellos muchas poesías, estudios político religiosos, dramas, novelas, ensayos, etc.

Sus especiales aptitudes, que daban gran energía a su espíritu, le permitieron dedicarse por algún tiempo al periodismo político y la impulsaron a ello; contando poco más de treinta y tres años, desde 1853 a 1855 escribió muchos artículos de fondo para el periódico "La Iberia". En el año 1860 presentó a la Academia de Ciencias Morales y Políticas la memoria titulada: "La beneficencia, la filantropía y la caridad", trabajo en que Concepción Arenal se reveló como pensadora profunda y como mujer de gran corazón y poderosa inteligencia. La Academia premió esta memoria.

Entre las varias obras penitenciarias a que también consagró su atención merecen citarse las *Cartas a los delincuentes*, *Las colonias penales* y *La pena de deportación*; esta última fué también premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

El ilustre criminalista Roeder coloca los estudios penitenciarios de nuestra compatriota entre los mejores libros de su clase publicados en Europa.

De las obras en verso de esta extraordinaria polígrafa se publicaron: una colección de fábulas; varias poesías sueltas, y *La esclavitud, oda laureada por la Sociedad abolicionista*.

Dotada de puros y nobles sentimientos, inspirada constantemente en el amor a sus semejantes, concedora de las llagas sociales y de las desgracias a que procuró siempre poner remedio, fué en concepto de propios y extraños, una de las inteligencias más claras y uno de los corazones más caritativos que han existido.

No fué, no, una mujer literata, ni una simple poetisa, ni un pseudo filósofo, sino una señora bondadosa y caritativa que padece con el padecimiento ajeno y busca para él los remedios que su privilegiado entendimiento le sugiere y que su buen corazón le inspira.

**Flora Ossete.**

¡Escritora española contemporánea.

Obras principales: *La mujer y el trabajo*.

## Simplificación de la vida

La vida moderna con sus exigencias ha complicado el gusto, alejándonos de lo natural.

Raras son las personas que no prefieren habitar en el centro de la ciudad. Alegan que así gozan de muchas comodidades; por ejemplo: medios de transporte cercanos, calefacción, fácil acceso a cinematógrafos y teatros. La vida en un lujoso departamento, sobre el corazón de la ciudad, es la que casi todos ambicionan.

Basta oprimir una llave eléctrica para lograr agua templada o atmósfera cálida.

Y casi nadie echa de menos la presencia de los árboles, el reinado del silencio, el aire puro, la visión libre. Es que el hombre deseando simplificar su vida, no ha hecho más que complicarla.

¡Qué distinta fué la Buenos Aires de 1800 con sus costumbres patriarcales, su vida simple y saludable!

Desde luego, el progreso, debe enorgullecernos y es necesario conquistarlo para la patria, de una manera cada vez más definitiva.

Pero busquemos un justo equilibrio entre la civilización y la vida que a todos nos conviene.

Simplifiquemos nuestros gustos, acostumbrémonos a renunciar a lo superfluo, y si es posible hagamos de manera que cada bienestar sea el resultado de un pequeño esfuerzo. ¿Crees tú que era menos hermoso para

nuestros abuelos, ver arder en las chimeneas, las ramas que ellos mismos cortaban?

Nuestras damas antiguas cosían sus trajes primorosos y hasta confeccionaban sus zapatitos.

¡Y qué elegantes y bellas lucen en los esmaltes y en los óleos que tú admiras!

Eran mujeres fuertes: presidían las labores de su casa, educaban sus hijos para que crearan una patria.

Su vida simple, en ciertos aspectos, era mucho más fecunda que esta vida de hoy, aparentemente múltiple.



## La Musa de los Andes

Doña Javiera Carrera era una mujer de temple heroico, de un carácter inflexible, de pasiones implacables, sabía querer y odiar, cubriendo su natural vehemencia con las formas exquisitas y halagüeñas de una reina florentina de la edad media. Su belleza era proverbial. El general Las Heras, que la había conocido en Chile, solía decirme que jamás había visto él figura más bella en forma de mujer. Su belleza era proverbial en ambos lados de los Andes. Estructura de una rara esbeltez, fundida, digámoslo así, en el molde de una Ariadna, perfil griego; ojos hermosos, con un cierto velo de disimulo, pero elocuentes por la tranquilidad poderosa de su mirada. Entregada con alma y vida a los intereses políticos de su hermano, el famoso José Miguel, bullían en su seno las mismas pasiones, los mismos enojos. Y poco diría yo con eso si no agregase que sabía trabajar con destreza sin igual en el manejo de los hilos de una conjuración complicada y extensa. Por sus talentos, por su arrojo y su soberbia, era doña Javiera todo un hombre político. Y a no haber sido por su extremada belleza y por sus hábitos tan galanos como refinados, poco habría quedado en ella de lo que es común en el carácter de la mujer. Inflamada con la mala suerte de su familia, y herida en lo más altivo de su alma al ver desalojados a los suyos del regío y predominante influjo que les correspondía en los destinos de Chile, según la creencia connaturalizada en la familia, había reunido en derredor suyo a toda la emigración chilena y forjado estrechos vínculos con los argentinos descontentos que buscaban ocasión de asaltar el poder.

**Vicente Fidel López.**

**Escritor, historiador y maestro argentino (1815-1905).**

Obras principales: *Historia de la República Argentina; La gran semana de Mayo.*



## Blanca Nieve

Anda en los huertos, descalza y sin ropa,  
En la alborada temblando de frío,  
La princesita cogiendo rocío  
Entre sus manos en forma de copa.

Viste una tela que vale un tesoro  
Y en el fulgente sopor de la siesta  
Va a perseguir por la verde floresta  
Las mariposas de luz y de oro.

Entre esculturas de mármol y plata,  
Todas las noches su albor se retrata  
En el blancor de la clara laguna.

Y, como rosas de niveos rosales,  
Va recogiendo brazadas de luna  
En la blancura de los delantales.

**Francisco Villaespesa.**



## Mi primer hogar

El primer sitio que puedo recordar distintamente, era una extensa y deliciosa pradera en la que había una pequeña laguna de aguas cristalinas, rodeada de árboles frondosos, y a cuya orilla crecían esbeltos juncos y azulados lirios. A un extremo de la pradera, y detrás de la cerca, se veía el campo labrado, y al otro, el portillo que conducía a la casa de nuestro amo, la cual daba frente a un camino inmediato. No lejos de la laguna había una arboleda de pinos, por cuyo centro cruzaba un arroyo entre pendientes y escarpadas orillas.

Durante mi tierna infancia, y mientras no podía aún comer yerba, mi madre no tenía otra obligación que amamantarme. Corría yo a su lado durante el día y por la noche me acurrucaba tan cerca de ella como podía, para dormir.

En los días calurosos nuestro sitio era las inmediaciones del agua, a la sombra de los árboles, y si hacía frío o llovía nos guarecíamos bajo un cobertizo que había cerca de la arboleda de pinos.

Tan luego como fui capaz de comer yerba, mi madre iba a trabajar durante el día y regresaba por la noche.

Había en la pradera otros seis potros, todos mayores que yo, casi tan grandes como caballos. Yo corría con

ellos, lo cual constituía mi mayor delicia; galopábamos todos juntos por la llanura, sucediendo a veces que el juego solía traspasar los límites de lo razonable, pues mis compañeros, con frecuencia mordían y daban coces a la par que galopaban.

Cierto día que nos hallábamos en uno de estos ejercicios, y que las coces menudeaban más que de costumbre, mi madre me llamó a su lado con un relincho, y me dijo:

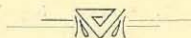
—Quiero que prestes atención a lo que te voy a decir: esos potros con quienes te reúnes son unos buenos potros, pero, como destinados al tiro de carros, carecen de buenos modales. Tu nacimiento y educación son diferentes; el nombre de tu padre es conocido en todas partes; tu abuelo ganó la copa de oro dos años en las carreras de los Campos Eliseos; tu abuela tenía el carácter más dulce que caballo alguno puede tener; en cuanto a mí, creo que nunca me has visto morder ni tirar coces. Espero de ti que harás honor a tu raza, siendo manso y bueno y no aprendiendo feas maneras; cumple siempre tus obligaciones con buena voluntad, levanta bien los pies cuando trotes, y no muerdas ni cocees, ni aún jugando.

Nunca he olvidado el consejo de mi madre, que yo sabía era muy buena e inteligente, y que gozaba por lo mismo de gran cariño por parte de nuestro amo. Su nombre era Duquesa, pero aquél solía casi siempre llamarle Chiquita.

Nuestro amo era un excelente y bondadoso hombre. Nos daba buen alimento, buen alojamiento, y nos hablaba con el mismo cariño que a sus pequeños hijos. Todos lo queríamos por lo tanto, y mi madre parti-

cularmente. Cuando ella lo veía cruzar la puerta del mercado, relinchando de placer corría a su encuentro; él la acariciaba y le decía: "Bueno, Chiquita, ¿cómo está tu pequeño negrito?" Mi pelo era negro, y por eso él me llamaba así. Solía darme entonces un pedazo de pan, que me gustaba mucho, y a mi madre una zanahoria. Todos los caballos se le acercaban, pero yo creo que nosotros éramos sus predilectos. Mi madre era la que lo conducía al pueblo en un ligero tílbury todos los días de mercado.

**Ana Sewell.**



**Escritora norteamericana** que logró gran popularidad con la publicación de su único libro: *Azabaché* (historia de un caballo.)

## La mujer y el trabajo

Plutarco escribe que en Roma a todas las mujeres, por mayores que fuesen, cuando se casaban y cuando la llevaba el marido a su casa, a la primera entrada della, y como en el umbral, les tenía como por ceremonia necesaria puesta una rueca, para que lo primero que viesen al entrar en su casa les fuese aviso de aquello en que se habían de emplear en ella siempre. Pero qué ¿es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos y poner delante de los ojos lo que de muy apartado cuasi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro de España y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos de esta virtud, como de la reina católica Doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee.

Y si las que se tienen ahora por tales y se llaman duquesas y reinas no se persuaden bien por razón, hagan experiencia de ello por algún breve tiempo y tomen la rueca y armen los dedos con aguja y dedal, cercadas de sus damas, y, en medio de ellas, hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y húrtese al vicioso sueño para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que, animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí procurando de aventajarse en el de hacendosas; y cuando por el aderezo o provisión de sus personas y casa no les fuera necesario aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande ni tan real adonde semejantes obras no traigan honra y provecho); pero, cuando no para sí, háganlo para remedio y abrigo de cien pobrezas y de mil necesidades ajenas.

**Fray Luis de León.**

Escritor místico y poeta español (1537-1591).

Obras principales: *La perfecta casada*; *Poesías*.

## Bajo las Glicinas

Venid piecitos ágiles de niños,  
Leves como alas, capullos de vida;  
Yo tengo una alfombra de pétalos tibios  
Que nevó la tarde bajo las glicinas.

Embriaguez de ensueño, delicia de aroma,  
¡No hubiera soñado tanta fantasía!,  
que mezclan sus flores cortina y alfombra  
en una pintura de trémulos lilas.

Dulzura infinita que dobla el racimo,  
mariposas ebrias, fiesta de poesía,  
levedad de alas, levedad de lirios  
y el suelo nevado de una nieve tibia.

Venid piecitos ágiles y claros  
sobre este alfombrado que a jugar convida.

Unid vuestras manos  
Coco, Perla y Gely, bajo las glicinas.

Que mientras suspendan sus alas ligeras  
en vuestros cabellos las flores caídas  
levedad de alburas, levedad de sedas  
tejerá la tarde bajo las glicinas.

**Malvina Rosa Quiroga.**

**Poetisa argentina contemporánea.**

Obras principales: *Silenciosamente*; *Mis rosas pálidas*.

## La hermana

La presencia de mi hermana daba vida a este retiro. Yo escuchaba el ruido de sus pasos en mi soledad. Cuando venía, por la mañana, a rogar a Dios bajo estos árboles, la puerta de la torre se abría suavemente y la voz de mi hermana, se mezclaba con la mía. Por la tarde, cuando regaba mi jardín, ella se paseaba, a veces, a la puesta del sol, aquí, en el mismo sitio en que yo os hablo, y yo miraba su sombra pasando y repasando sobre mis flores.

Hasta cuando no la veía, encontraba por todos lados las huellas de su presencia. Ahora ya no me sucede hallar en mi camino una flor deshojada o alguna ramita de arbusto que dejaba caer al pasar. ¡Estoy solo! Ya no hay movimiento ni vida a mi alrededor, y el sendero que conducía a su bosquecillo favorito desaparece ya bajo la hierba. Sin parecer ocuparse en mí, atendía sin cesar a lo que podía gustarme. Cuando entraba en mi cuarto me veía sorprendido a veces de encontrar jarrones de flores nuevas o alguna hermosa fruta cuidada por ella misma.

**Javier de Maistre.**

**Escritor francés (1764-1852).**

Obras principales: *Viaje alrededor de mi cuarto*; *El prisionero del Cáucaso*.

## Las manos de mi padre

No sé si a los niños les parecen muy grandes las manos de los hombres; mas para mí, de chiquilla, las manos de mi padre eran casi gigantescas.

—¡Por allí! — decía su dedo, señalando el sitio mejor entre las piedras o los matojos que borraban el camino en alguna calle de Coatepec. — ¡Por allí!...

Entonces yo, con los ojos cerrados, sabiendo que el dedo de mi padre no se equivocaba jamás, seguía estrictamente la línea indicada, sin tropiezo alguno, segura de salir de entre las matas y los espinos con los encajes de mi vestidillo enteros y las mejillas sin arañes.

Hoy, al viajar por Holanda y ver a cada paso los molinos de viento señalando con sus aspas el lejano horizonte, me viene a la memoria, claramente, aquel dedo indicador de mi padre, que, al igual de un símbolo, parecía señalar en todo instante los caminos y rumbos del cielo.

—¡Quiero ver el río desde aquí! — gritaba con insistencia mi vocecilla de niña ansiosa, mientras cruzábamos alguno de los puentes que adornan a la bella Coatepec.

Entonces, las manos de mi padre, firmes, seguras, me levantaban en el aire, me apoyaban en el ancho pretil de cal y canto, y sobre él me sostenían con ternura, mientras mis ojos curiosos veían allá abajo, como a través de una red de encantamiento, el oleaje brillan-



te de las aguas, los islotillos de piedras o lama, donde picoteaban los tordos, algún remanso a la orilla, punteado por pececillos plateados, y sobre la corriente del río, que parecía volar, alguna rama en flor, un tronco negro, que por lo inerme y tendido se me figuraba un muerto, y más adelante, un remolino voraz, que engullía con ímpetu la espuma, la rama en flor, el tronco y cuanto llevaba el río...

Instintivamente, sintiéndome ya tragada por aquel remolino, me replegaba hacia mi padre; pero sus manos estaban allí para defenderme de todos los peligros. Me bajaban del pretil, me ponían en el suelo, y sin soltar mis diminutos dedos, me conducían por campos y carreteras, hasta arribar a nuestra casa y depositarme en los brazos de mi madre.

Jamás aquellas manos dibujaron en el aire una amenaza o cayeron sobre mi cuerpo para dejar en él un golpe. Mi padre nos dominaba con los ojos. Ellos sabían castigar, imponer, corregir, estimular. Y sus manos eran para bendecirnos, para sostenernos, para acariciarnos.

Fué su dedo el que me hizo entrar por los ojos las letras del alfabeto.

Sus dedos fueron los que de pequeña yo — y de grande también, — desataron para mí muchos nudos, unos, hechos en las cintas y bramantes del juego; otros, tramados en los hilos de la Vida.

— ¡Tengo sueño! — gritaba algunas veces mi impertinencia de chiquilla, olvidándome de la hora, del método y hasta de la cena.

Entonces las manos de mi padre, hábiles como pocas, se enlazaban para hacerme ver en la pared del comedor la silueta del conejo que mueve las orejas, el clásico ratoncillo, el ganso, el picoverde, la vieja devota que cubre su cabeza con el manto, el vejete irasci-

ble que muestra la lengua, el gato que se lava la cara ante el público, una colección de animalejos simpáticos que espabilaban mi sueño por completo, poniéndome en condiciones de pasar en pie la velada entera si así lo exigían las circunstancias.

Fueron sus manos de titán las que detuvieron aquella carreta desbocada que, en una hermosa tarde, paseando con mi madre y con mi hermano por tierras coatepecanas, estuvo a punto de matarnos a todos. El cuerpo arrogante de mi padre se interpuso, de un salto, entre el peligro y nosotros, y sus férreas manos, tomando el freno a las broncas mulas, pudieron volverles la razón, librándonos de su terrible encuentro...

¡Cómo besamos después aquellas manos salvadoras y abnegadas!

Su influjo es continuo. Cuantas veces arreglo mi mesa y mis papeles, bendigo esas manos. Ellas me enseñaron a poner el orden en las cosas y en la vida.

Fueron sus dedos los primeros que me revelaron la maravilla de las siete notas... Con las que he medido lo mejor de mi existencia.

Y fué su mano la que, mañana a mañana, hacía la señal de la cruz sobre mi frente.

En los días hermosos, después de la comida en el jardín, la mano de mi padre rasgueaba dulcemente la guitarra, bajo los naranjos floridos... ¡Oh, delicioso recuerdo de mi infancia!..

¡Cuántas mariposas y luciérnagas cogieron esas manos para mí! ¡Cuántas veces enjugaron mis lágrimas! ¡Cómo divertieron mis ojos de niña con la gracia de su prestidigitación!

¡Lo que la mano de mi padre escribió cuando estuve lejos, para confortar mi espíritu y darle el consejo oportuno!... Mano fuerte, que servía de sostén y que sabía salvar... Mano enérgica, que sabía intervenir para vencer.

**María Enriqueta.**

# Magdalena Güemes

## LA MUSA DE LAS BREÑAS

Se llamaba Magdalena Güemes, y era familiarmente llamada, por sus parientes y amigos, la Macacha.

Sobreviven aún, en los valles apacibles y lejanos de Salta, venerables ancianos que se acuerdan vagamente de los renegridos cabellos y las ardientes pupilas de la hermana — y la musa — del héroe, de aquel Martín Güemes, irguiéndose, grandioso y bizarro, entre las breñas natales, conteniendo con sus gauchos infernales, la invasión española en la frontera del norte.

Fué el de 1815 el año en que floreció la gloria de la Macacha Güemes, una de las célebres beldades salteñas de aquel tiempo. A la belleza física unía aquella distinguida patriota las seducciones de un exquisito tacto, escribe un historiador.

Durante la permanencia en Salta, el ejército español habíase propuesto, poniendo en juego los recursos de su peregrino ingenio, hacer pasar al servicio de la patria a todos los americanos que se encontraban en las tropas realistas.

Todo es bello y romántico en la existencia de esta mujer que fué una de las musas de la guerra de la Independencia.

No fué Magdalena Güemes una amazona como Juana Azurduy, aunque ambas habían nacido no lejos la una de la otra; el mismo ensueño ardiente animó sus vidas magníficas, y hasta llegó a unirlas en la gloria, en la esperanza y en el dolor.

La Macacha jamás empuñó una espada en sus manos blancas y frágiles; pero el abanico con que velaba sus ojos negros, en las tibias noches de Salta, cuando la luna bañaba las montañas, hacía más estragos en los corazones de los altivos húsares españoles, y sus larga pestañas ganaban más batallas por la causa americana, que las hondas de los pobres y heroicos indios de la intrépida Juana...

En las horas negras de la guerra del Norte, en aquel año doloroso de 1816, cuando las hordas vencidas de gauchos rotos se desbandaban, cuando "desde Méjico hasta el Cabo de Hornos imperaban las armas españolas", las figuras luminosas del héroe y su hermana legendaria erguíanse para rendir la humillación de Sipe-Sipe y para enjugar el llanto de Ayohuma.

En los vaivenes de la fortuna, en las alternativas de la epopeya, la figura de la bellísima salteña aparece constantemente; flota sobre los campamentos gauchos como el ángel tutelar de la esperanza y de la victoria. Es ella quien restaña las heridas y seca las lágrimas del héroe; es ella quien siente renacer su fe de mujer amorosa y fuerte en las horas melancólicas de la derrota, cuando el clarín de los virreyes resuena victorioso en las quebradas de Jujuy, en los valles de Salta; cuando su hermano exclama desesperado: "Mi pueblo es un esqueleto descarnado... Ya no sé qué hacer... No me queda más capital, ni más cuartel que el lomo de mi caballo..."

Más de una vez, sí, el fuego de aquellos ojos negros que veían el porvenir debió velarse con ardientes lágrimas. Pero en el alma de la Macacha Güemes ardía la misma llama que abrasaba el alma de Juana Azurduy.

**Héctor Pedro Blomberg.**

**Escritor y poeta argentino contemporáneo.**

Obras principales: *Bajo la cruz del sur*; *El pastor de estrellas*;  
*Mujeres de la historia americana.*

## Mi retrato

Este que ves, engaño colorido,  
que del arte ostentando los primores,  
con falsos silogismos de colores  
es cauteloso engaño del sentido;

éste, en quien la lisonja ha pretendido  
excusar de los años los horrores  
y venciendo del tiempo los rigores  
triunfa de la vejez y del olvido:

es un vano artificio del cuidado,  
es una flor al viento delicada,  
es un resguardo inútil para el hado,

es una necia diligencia errada,  
es un afán caduco, y bien mirado,  
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

**Sor Juana Inés de la Cruz.**



**Poetisa mejicana (1651-1691).**

Obras principales: *Poesías*.

## Cenicienta

Levemente, suavemente, te presiento,  
Como un vago pensamiento que se siente y no se ve.  
*Cenicienta*, ¿dónde has ido? En mis manos  
Sólo queda — oro y seda —  
Un jirón de tu vestido  
Y la leve zapatilla de tu pie...  
¿Dónde fuiste, sombra... bruma...  
Flor de espuma?  
Y el silencio me responde:  
¡No sé donde para siempre ya se fué!

**Francisco Villaespesa.**



# La esposa.

(DOLOROSA)

Madre, hace ya doce años que ha muerto nuestra hija, y desde entonces, yo, afligido padre, y tú, mujer fuerte, Dios sabe que no hemos dejado pasar un día sin consagrarle nuestras oraciones y nuestro cariño. Nos hemos acostumbrado a ver vivir su sombra en nuestra soledad y a verla vagar siempre entre nosotros y hemos permanecido de rodillas llorando.

Hemos presentido en este agradable dolor, y vivimos inclinados hacia el querido nido de musgos, que con sus dos pájaros nos arrebató el huracán.

Madre, no hemos sucumbido a nuestra desgracia, no nos hemos dejado de tratar mutuamente con bondad y con ternura, ni hemos deseado que acabase con nuestra aflicción la cobardía que se llama olvido.

Desde aquel triste día, en que se veló para nosotros el cielo, el alba pura y todos los esplendores de la sombra naturaleza, con los tres hijos que nos quedan, y que nos ha dejado Dios para que nos inspiren valor suficiente para resistir la vida, hemos procurado mitigar en diversos seres los reveses, las adversidades y las desgracias, sin titubear, afrontando peligros, concediendo a las aflicciones del corazón, a la ausencia, a los ataúdes, a toda clase de sufrimientos, a nuestra hija, a los parientes que nos han abandonado para volar a un mundo mejor, nuestras lágrimas y nuestras sonrisas.

Marine-Terrace, agosto de 1855.

Victor Hugo.

## Retrato moral de Manuelita

Manuelita era la antítesis de su madre. Dotada de una inteligencia y de una voluntad superiores, ella dominaba los ímpetus heredados, logrando mantener el equilibrio que serena el espíritu y lo eleva a la ecuanimidad. La pasión que podía bullir adentro no escapaba afuera, y era enfiada por la reflexión o sofocada por el sentimiento del deber. Su alma, muy abierta para recibir del exterior y comprender todas las impresiones ajenas, se cerraba para no dar salida, sino en la medida conveniente, a las propias. No era tan calculadora como su padre ni tan impulsiva como su madre, y entre la premeditación implacable de aquél y las ciegas arremetidas de ésta, Manuelita se había quedado tan lejana del uno como de la otra; era prudente más por deliberación que por temperamento. Su sensibilidad fina capaz de percibir los matices, la inclinaba a la ternura, pero no la llevaba a ningún arrebato, porque su imaginación refrenada por la inteligencia estaba siempre dentro de la realidad y le hacía ver las cosas sin deformaciones. En los tiempos de la exaltación romántica, ella recibió el calor de la onda sin la llama de la fiebre. Su realismo comprensivo le impidió, también, la efusión mística: piadosa y creyente, pidió y obtuvo de la religión el consuelo en la desgracia y la resignación



ante la voluntad divina. Su vida interior, encerrada en lo recóndito, como en una cisterna, no alteraba sus pasos, que siguieron rectamente el rumbo que definió su existencia: el cumplimiento del deber filial. Hubo siempre en la actitud propia de Manuelita un aire de nobleza y un gesto de dignidad. Sacrificó toda su juventud a las exigencias paternas y soportó, por respeto a su adorado padre, hechos que debían infligirle verdaderas torturas morales. Su bondad tuvo que ser durante la tiranía, más pasiva que activa, así como su sonrisa fué en aquel tiempo más amable que cordial. Tal era "la niña".

**Carlos Ibarguren.**



## Cuadro de hogar

Dolores, sentada en una silla baja, remendaba una camisa de su marido. Sus dos niñas, Pepa y Paca, jugaban cerca de la madre. Eran dos lindas criaturas de seis y ocho años de edad. El niño de pecho encanastado en su andador, era el objeto de la diversión de otro chico de cinco años, hermano suyo, que se entretenía en enseñarle gracias que son muy a propósito, para desarrollar la inteligencia, tan precoz en aquel país. Este muchacho era muy bonito, pero demasiado pequeño; con lo que Momo le hacía rabiarse frecuentemente llamándolo Francisco de Anís, en lugar de Francisco de Asís que era su verdadero nombre. Vestía un diminuto pantalón de tosco paño con chaqueta de lo mismo, cuyas reducidas dimensiones permitían a la camisa formar en torno de su cintura un pomposo chaleco, como que los pantalones estaban mal sostenidos por unos tirantes de orillo.

—Haz una vieja, Manolillo — decía Anís.

Y el chiquillo hacía un gracioso mohín, cerrando a medias los ojos, frunciendo los labios y bajando la cabeza.

—Manolillo, mata un monito.

Y el chiquillo abría tantos ojos, arrugaba las cejas, cerraba los puños, y se ponía como una grana, a fuerza de hincharse en actitud belicosa.

Después Anís le tomaba las manos, y las volvía y revolvía cantando:

¡Qué lindas manitas  
Que tengo yo!  
¡Qué chicas! ¡Qué blancas!  
¡Qué monas que son!

La tía María hilaba y el hermano Gabriel estaba haciendo espuelas con hojas secas de palmito.

Un enorme y lanudo perro blanco, llamado Palomo, de la hermosa casta del perro pastor de Extremadura, dormía tendido cuan largo era, ocupando un gran espacio con sus membrudas patas y bien poblada cola, mientras Morrongo, corpulento gato amarillo, privado desde su juventud de orejas y de rabo, dormía en el suelo, sobre un pedazo de enagua de la tía María.

**Fernán Caballero.**



**Pseudónimo de la escritora española Cecilia Böhl de Fader (1797-1897).**

Obras principales: *La gaviota*; *Poesías*.

## La señora que hace dulces

Entonces la señora de Oleriz fué diciendo llena de gracia, toda la tarea; primero habló de la lumbre pasadita, rubia, con olor de tomillo, y oyéndola se veía el encendido hogar crepitando menudamente y el cielo enjabelgado del horno. Luego, parecía que tomaba la cucharita para verter el azahar y derretir las cuatro onzas de manteca y batir las yemas. ¡Fué poemática la selección que hizo del azúcar molidito como harina para dentro de la pasta y el azúcar cristalizado doradamente para sembrarlo encima; y sus dedos imitaron un pelizco sutil!

¡Válgame, y con cuánta ternura y beatitud contó de otros confites y melindres!

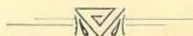
¡Sus dulces parecían criaturitas vivas, necesitadas de regazo y de amor de mujer primorosa, bella y triste!

Mostraba Victoria una gentil altivez y rebeldía contra la rutinaria obediencia a todo formulario. Los libros aconsejan se haga pasar a los limoncitos un refinado tormento para enternecerlos y desacibararlos; pues ella ni los pinchaba con agujones ni los rajaba con cuchillo. ¡No, Dios mío! ¡Si no era necesario!

Y Sigüenza veía acudir los limoncitos al amor de sus manos para que sólo la señora Oloriz los confitase.

Admira arrebatadamente Sigüenza algunas mujeres por letradas y artistas, pero más le rendía la hermosa señora con sus palabras y primores que si en su manos prelaticias hubiese resplandecido la pluma de fuego de la sabiduría. Porque cree Sigüenza que los dulces, además de su eficacia evocadora de muchas finezas espirituales, son indicio del carácter de una casa y aún de todo un pueblo.

**Gabriel Miró.**



**Escritor español.**

Obras principales: *Niño y grande; El abuelo del rey; Años y leguas.*

# Mariquita Thompson

## LA MADRINA DE LA LIBERTAD

Mariquita Thompson nació con el nombre de María Sánchez, y murió llamándose Madame Mendeville.

Fué su salón lo que la hizo inmortal: un salón de trece varas de largo por seis de ancho, en el cual bailaron sesenta parejas la noche que se supo la victoria de Ituzaingó.

Toda la historia nacional palpitó en aquel salón de leyenda, desde 1806 hasta el año siguiente de declarada la guerra del Paraguay.

Estaba situado en la calle Florida, entre Cangallo y Sarmiento, donde hasta hace veinte años funcionó una célebre casa de remates. En el patio florecía un naranjo que vivió cerca de cien años, como Mariquita Thompson.

“Ya en el año de la Reconquista se reunían allí las bellezas de su tiempo, rodeando al virrey de la Victoria (Liniers), Pueyrredón, Sarratea, Lezica, Escalada, Almagro, Alvear, San Martín, Rivadavia, Balcarce, Brown y el general Berresford, el invasor inglés, prisionero de Buenos Aires...”

Los muros de ese salón escucharon por primera vez los acordes del Himno Nacional, que ensayara allí su

propio autor, Parera. Allí se oyeron los versos inflamados de Varela,, las galanterías fogosas de Monteagudo, los sueños iluminados de Rivadavia, que, al fundar la Sociedad de Beneficencia, nombró secretaria a Mariquita Thompson.

Allí, durante cerca de sesenta años, se bailaron contradanzas, minués, gavotas, polkas, con zapatitos de raso negro y medias caladas.

Una de sus noches más ilustres fué la del 15 de Octubre de 1812.

Estaban allí, entre otras, Ramona Esquivel Aldao, Petrona Cordero, Rufina de Orma, Isabel Agrelo, Magdalena Castro, Angela Castelli de Igarzábal, Carmen Quintanilla de Alvear, las cuatro hermanas Escalada, Eugenia, Nieves, María y Remedios. Esa noche San Martín, comandante apenas, se comprometía con la menor, Remedios...

Pero nos estamos olvidando de Mariquita Thompson. Delgada, menuda, de baja estatura, no era bella. Unos ojos húmedos y profundos prestaban encanto singular a su semblante movable y pequeño. Mas si era escasa su hermosura, su inteligencia era luminosa. Sus cartas, notables piezas literarias, se encuentran en el archivo de la Sociedad de Beneficencia, y dan fe de sus altas dotes intelectuales. El general Guido, padre de Guido Spano, solía compararla con Madame Recamier, y Esteban Echeverría, el autor del "Dogma de Mayo", llamábala "la Corina del Plata" en sus románticas parábolas.

Fué Mariquita Thompson, o María Sánchez, una de las más ricas herederas de Buenos Aires. Uno de sus

bienes era la manzana donde se hallaba su salón, entre las calles Florida, San Martín, Cangallo y Sarmiento. La mitad de San Isidro era de su propiedad.

Fué ella quien bordó y entregó al almirante Brown la bandera que ondulara sobre los dos sitios de Montevideo; fué ella quien enjugó con su pañuelito de seda rosa, bajo el naranjo del patio colonial, las lágrimas del hijo de Napoleón, de aquel pobre conde Walewski, embajador de Francia, que vió nacer y morir en Buenos Aires a su primera hija, en 1847; fué ella quien bailó minués con el joven emperador del Brasil, durante un célebre viaje a la corte de Río de Janeiro; fué ella quien recitó las odas más famosas de Varela.

**Héctor Pedro Blomberg.**





## El sueño

Tres cabezas de oro y una  
donde ha nevado la luna.

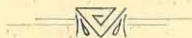
—Otro cuento más abuela

Que mañana no hay escuela.

—Pues señor, este era el caso...

(Las tres cabezas humanas  
cayeron como manzanas  
maduras, en el regazo.)

**Rafael Alberto Arrieta.**



# La Literatura Argentina

## LAS MUJERES LITERATAS

En el período de transición que va de la independencia a la organización nacional, encuentro mujeres, que sin desinteresarse de la acción civil — o acaso por eso mismo — comienzan a interesarse por las letras. Era llegada la época del romanticismo, y los jóvenes poetas de la emigración liberal hallaron almas gemelas a su paso.

Aquella Fortunata García que robó en Tucumán la cabeza de Marco Avellaneda, clavada en una pica, de la plaza del pueblo por los sicarios de Oribe, aquella Agustina Palacios que acompañó a Libarona su marido en su atroz destierro del Chaco, durante la tiranía de Ibarra en Santiago; aquella Delfina de Vedia que sustentó con su virtud inteligente el precario hogar del joven artillero Mitre en Montevideo, son el modelo real de la mujer que Mármol ha inmortalizado en su *Amalia*. La propia Manuelita Rosas, tan calumniada o alabada, fué un tipo extraordinario, y espera todavía la pluma del artista que habrá de inmortalizarla. Otras mujeres argentinas de esa época han sido recordadas por Pastor Obligado en sus *Tradiciones*, por Lucio Mansilla en sus *Memorias*, por Santiago Calzadilla en *Las beldades de mi tiempo*. *Las mujeres de la tiranía* es un libro argentino que todavía está por escribirse.

Pisamos ya, con los precedentes nombres, los umbrales de la época moderna, en la cual aparecen las mis-

mas escritoras que continuaron aquel claro abolengo. La primera figura argentina, confusa aún, que descubre la historia literaria posterior a la independencia, es Joaquina Izquierdo, dama ingeniosa a cuyo salón concurrían los poetas de Mayo. "Estaba dotada — dice de ella Juan María Gutiérrez — de la rara cualidad de leer el verso de una manera especial, dándole la fuerza, el sentimiento y el realce que sus propios autores no acertaban a darle."

"Los más distinguidos de entre nuestros poetas de aquella generación no sólo aspiraban a la amistad de la estimable porteña, sino a escuchar de sus labios sus propias concepciones, especie de crisol en el cual cobraban éstas nuevos y preciosos quilates.

En el artículo sobre "La literatura de Mayo: Joaquina Izquierdo, amiga de Rivadavia, colaboró en la Sociedad de Beneficencia.

En el salón de Joaquina Izquierdo confundíanse el amor a la patria y el amor a las letras. Ella recitó en uno de sus recibos cierta oda a la victoria de Maipú, compuesta expresamente para ella cuando se recibió en Buenos Aires la noticia de aquella victoria. Juan Ramón Rojas, que la frecuentaba, solía decir a la dueña de casa que sus pobres versos cobraban nueva vida al salir de sus labios. Joaquina Izquierdo fué también la musa de la "sociedad para el fomento del buen gusto en el teatro" organizada por Rojas y Varela, bajo el directorio de Pueyrredón. A partir de esa época algunas jóvenes argentinas abrazaron la profesión del teatro, entre ellas Trinidad Guevara, que llegó a ser famosa.

En su libro *Buenos Aires setenta años atrás*, José Antonio Wilde ha recordado a la Guevara y a otras de su profesión.

**Ricardo Rojas.**

**Escritor argentino contemporáneo.**

Obras principales: *La literatura argentina; El blasón de plata.*



## Roma

La plaza de San Pedro está rodeada de columnas que parecen ligeras de lejos y macizas de cerca.

El terreno, que va subiendo un poco en dirección a la iglesia, concurre así al efecto que ésta produce. En medio de la plaza hay un obelisco de ochenta pies de altura que parece elevarse apenas en comparación con la cúpula de San Pedro...

A cierta distancia, a ambos lados del obelisco, álzanse dos fuentes cuya agua surge perpetuamente y cae con abundancia formando cascada en el aire. Azul murmullo de las ondas que habitualmente escucha uno en el campo, produce en aquel recinto una sensación del todo nueva; pero ella está en armonía con la que engendra el aspecto de un templo majestuoso.

**Mme. Stael.**

**Ana Luisa Germana Necker**, baronesa de Stael.

Escritora francesa (1766 - 1817).

Obras principales: *De Alemania*; *Corina o Italia*.

# Güemes

## RECUERDOS DE LA INFANCIA

¡Horcones! hogar paterno, montón informe de ruinas, habitado sólo por los chacales y las culebras, ¿qué ha quedado de tu antiguo esplendor? Tus muros yacen desmoronados, los pilares de tus galerías se han hundido, cual si hubieran sido edificados sobre un abismo. Apenas si las raíces sinuosas de una higuera y el bronceado tronco de un naranjo señalan el sitio de tus vergeles. A la ruidosa turbulencia de tus fiestas han sucedido el silencio y la soledad. Tus avenidas están desiertas y la hierba del olvido crece sobre tus umbrales abandonados. Un día la fatalidad penetró en tu alegre recinto, arrebató a tus huéspedes desprevenidos, y los esparció a los cuatro vientos del cielo ¿Qué fué de ellos? Unos cayeron agobiados de cansancio, los otros marchan aún en las penosas sendas de la vida. Si un día los llamaras, algunos responderían con un gemido; por los más hablaría sólo el silencio de la tumba. Es fama que sus almas, bajo el blanco sudario de los fantasmas, vagan en la noche, renovando entre sus escombros el simulacro de su pesada existencia. ¡Ah! yo también sombra viviente entre esas vanas sombras; yo también voy allí con el recuerdo a reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores y extraer del delicioso oasis de la infancia, algunos rayos de luz, algunas flores para alumbrar y perfumar mi camino. ¡Ah! cuántas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refugiarme como en mi único asilo, en las sombras de mi

pasado, y evocar las sublimes acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos; asirme a la memoria de las virtudes de aquéllos, para perdonar a la providencia los crímenes de éstos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han escandalizado y entristecido mi juventud, y la lealtad, la fe, el heroísmo y la piedad con que los otros ungiéron mi infancia, para poder decir: ¡Dios es justo!... Mas ahora como entonces apartemos nuestra mirada de los malos, esa bilis necesaria quizás, en la eterna sabiduría al equilibrio de la humanidad moral; y adorando, aun en ellos, los designios de Dios, que ha enviado esa sombra para realzar más su divina luz, volvámonos hacia éste: a los buenos, y sigamos la huella de admiración y de amor que dejan en pos de sí, esa aureola, preludeo de la eterna beatitud.

Un día jugaba yo saltando entre las altas hierbas que crecían con salvaje desarrollo en torno de la casa. Tenía entonces sólo tres años, y, sin embargo, aquella escena está tan presente en mi recuerdo cual si hubiera pasado ayer. Era una mañana de primavera. Los bosques estaban verdes, los prados cubiertos de flores cuyo perfume arrastraba la brisa en ráfagas tibias y embriagantes; y sobre las ondas de verde fragancia cerníanse aéreas las melodiosas notas del canto de las aves. Innumerables mariposas de variados colores revolteaban entre la maleza fascinando mis ojos con los matices deslumbrantes de sus trémulas alas, y arras-trándome en pos de su vagoroso vuelo, muda, anhelante, extasiada, y, como siempre, entregada al solo placer de contemplar a esos deliciosos y frágiles seres. Jamás osé tocarlas; y cuando las veía tornarse en polvo negro entre la ávida mano de los niños, lloraba como después he llorado una decepción.

Así corría yo distraída, y alejándome insensiblemente, hasta que atrajo mi atención un rumor cercano de voces y pisadas de caballos. Alcéme sobre la punta de los pies y mirando hacia el camino real, vi dos jinetes que tomaban la senda de la casa y se acercaban galopando. El uno era un joven oficial de dieciocho años, vigorosamente abotonado en su uniforme verde galoneado en las costuras, y cubierta la cabeza con un capillo plegado a guisa de turbante, y rematada por una grande borla de oro. Era el otro un guerrero alto, esbelto y de admirable apostura. Una magnífica cabellera negra de largos bucles y una barba rizada y brillante encuadraban su hermoso rostro de perfil griego y de expresión dulce y benigna. Vestía un elegante dormán azul sobre un pantalón mameluco del mismo color, y una graciosa gorra de cuartel hacía ondular su flotante manga a lo largo de su hombro. A su lado, pendiente de largos tiros, una espada fina y corva semejante a un alfanje, brillaba a los rayos del sol como orgullosa de pertenecer a tan hermoso dueño. Montaba éste con gracia infinita un fogoso caballo negro como el ébano, cuyas largas crines acariciaba distraídamente, mientras, inclinado hacia su compañero, hablaba con él en una actitud admirable de abandono. Aún en la corta edad que yo tenía había visto a los hombres más hermosos de Buenos Aires, ese país de los hombres hermosos. Los había contemplado doblemente bellos, bajo el espléndido uniforme de aquella época, blanco, azul y oro; pero jamás, ni aún en mi fantástica imaginación de niña había soñado la brillante aparición que tenía ante los ojos, y que miraba embebida, hasta que el bizarro caballero que llegaba a galope, descubriendo de repente entre la hierba mi cabeza rubia como una espiga, casi bajo los pies de su caballo, lo detuvo con fuerte mano, alzándolo por la brida; y haciéndolo girar rápidamente sobre sí mismo, se des-

montó, y levantándome en sus brazos: ¡Mire usted, Fortunato — dijo — a su compañero, mire usted la linda flor que me he encontrado en la maleza. Esta es la rubia de mi compañero; ¡qué bellísima niña!

¡Ay! puedo decirlo ahora, que no resta ni un pálido fulgor de la aureola de belleza que coronó mi infancia y poetizó mi triste juventud.

Pero la “flor de la maleza” era huraña y salvaje como ella, y lloraba a gritos en los brazos del incógnito, mientras él, sonriendo con cariñosa mansedumbre, seguido de su corcel se dirigía a la casa.

Delante de la puerta se hallaba un grupo de hombres del campo y algunos soldados, que al verlo llegar se precipitaron a su encuentro gritando con delirante entusiasmo:

—¡Güemes!

—¡Güemes!

—¡Viva nuestro general!

Y lo rodearon, unos de rodillas, descalzándole las espuelas, otros besando sus manos, otros el puño de su espada. Mi madre, seguida de sus hijos, corrió a abrazarlo con la ternura de una hermana. Pero mi tía que había acudido a mi llanto, me recibió de los brazos del viajero, fijando en su bello rostro una extraña mirada, y murmurando con el acento solemne que ella daba a sus predicciones:

—La niña ha llorado como si la hubiera besado un muerto... ¡ay! ¡ay!

He hablado ya en estas memorias del carácter fantástico de mi tía, y de esa rara facultad de leer en el porvenir que con frecuencia se revelaba en ella. Pero ¡ah! sus profecías, como las de Casandra, no eran creídas hasta que tenían su fatal cumplimiento; y mi madre, y a ejemplo suyo Güemes mismo, rieron mucho de la lúgubre profetisa.



—Mi querida Juanita — le dijo él alegremente — ¿es posible que tan joven aún, me condene usted a morir? ¡Oh! déjeme usted al menos los días necesarios para libertar a nuestra patria.

¡Vea yo la aurora de su gloria, y entonces cúmplase en mí la voluntad de Dios! — dijo, alzando al cielo la dulce y serena mirada de un mártir.

**Juana Manuela Gorriti.**



## Rosarito Simón

Las gentes de mi pueblo dicen tu nombre hermoso  
Como si fuera un verso, dulce maestra mía,  
Como si abriera el cauce de un inefable gozo  
O encerrara su fórmula, toda sabiduría.

Y tú sonríes siempre con tu clara sonrisa  
Donde vuelcas las mieles de tu pecho cristiano;  
Siempre estás atareada y te marchas de prisa  
Porque está abierto el surco que ha de colmar tu mano.

Me ahondo en una cuenca de emoción rebotante  
Cuando pienso en los días en que tú me enseñabas,  
Cuando en la cifra clara y en la letra vibrante  
Como a una estrofa tuya, mi destino rimabas.

Para mí eras entonces torrente de alegría  
Porque no había visto tu entraña desgastada,  
El árbol destrozado que sombreaba tu vía,  
Ni la huella encendida que deja tu pisada.

Ahora que yo siembro como tú por la vida  
Y el ánfora divina de los libros escancio,  
Comprendo aquel misterio de tu sangre vertida  
Y el gesto de vencido de tu enorme cansancio.

**Berta Elena Vidal de Battini.**

**Poetisa y escritora argentina contemporánea.**

Obras principales: *Agua serrana*; *Mitos Sanluisenños*.

## Evitar el Ocio

Tenga valor la mujer, y plantará viña. Ame el trabajo, y acrecentará su casa. Ponga las manos en lo que es propio de su oficio, y no se desprecie dél y acrecentará sus riquezas. No se desciña, esto es, no se enmolezca ni haga la delicada, ni tenga por honra el ocio, ni por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos, y acostumbre a la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo y por menudo que sea, y entonces verá cuanto valen y adónde llegan sus obras.

Tres cosas pide Salomón, y cada una en su verso: que sea trabajadora lo primero, y lo segundo que vele, y lo tercero, que hile. No quiere que se regale, sino que trabaje.

**Fray Luis de León.**



## Cuatro retratos de mujeres

“He visto una mujer, americana, hija de una numerosa familia de hermanas, que hace algunos años emigró, desde el pobre lugar campesino en que vivía, a una de nuestras ciudades del Norte, para ganar el propio sustento. Pronto llegó a ser hábil costurera; pero encontrando este oficio demasiado sedentario para su salud y su bienestar, se lanzó valerosamente a trabajar para casas ajenas en labores de arreglo de casa, de cocina, de limpieza, etc.

Después de probar varios empleos, encontró uno completamente a su gusto. Y me ha dicho que no halla en su posición absolutamente nada degradante: el servicio doméstico que practica, no es, en modo alguno, incompatible con la dignidad personal, con el propio respeto, con el respeto de los demás. Ella hace beneficios, y en cambio los recibe. Tiene buena salud; su presencia es saludable y fortificante; tiene el carácter firme, se ha hecho comprender por los que la emplean, y conserva su independencia; ha podido ayudar a sus padres, y educar y ocupar a sus hermanas, y en su vida no faltan ocasiones para el adelanto espiritual, y para mucho amor y felicidad tranquila.

He visto a otra mujer que, por afición y por necesidad a un mismo tiempo, se ha dedicado a los negocios

prácticos: dirige una gran empresa mecánica; trabaja mucho materialmente, se consagra cada día más a una vida realmente laboriosa y dura; no se siente humillada por el contacto con un ambiente rudo; sabe ser firme y silenciosa a un mismo tiempo: sostiene su derecho con invariable serenidad y decoro, y trata a diario con absoluta competencia, con carpinteros, labradores, marineros y carreteros, maestros en su oficio. Y con todo esto no ha perdido el encanto de la naturaleza femenina, sino que lo conserva y sostiene plenamente a través de tan ásperas apariencias.

Conozco también a la mujer de un obrero mecánico, madre de dos niños, mujer de educación escasa, pero de agudo ingenio, con todas las gracias e intuiciones de su sexo, la cual presenta una personalidad femenina tan noble, que me complazco en registrarla aquí. Nunca ha sacrificado su propia independencia, pero siempre se ha conservado a fuerza de afabilidad: guisa, lava, cría a sus hijos, atiende a su casa, y llena todos esos deberes, de luz de sol, haciéndolos ilustres, Físicamente sana y bien constituida, amante del trabajo, práctica, sabe sin embargo, que hay intervalos — aunque sean pocos — que es preciso consagrar a la música, al descanso, a la hospitalidad. . . Haga lo que quiera, esté donde esté, va con ella ese encanto, ese indescriptible perfume de genuina feminidad, que pertenece de derecho a todo el sexo, y que es, o debiera ser, la invariable atmósfera y aureola común de todas las mujeres, jóvenes o viejas.

Mi madre querida me hablaba a menudo de una resplandeciente mujer, a quien ella había conocido en otro tiempo. Llamábanla todos *La Pacificadora*; tenía

cerca de ochenta años, temperamento risueño y feliz; había vivido siempre en una granja, y era muy amiga de sus vecinos, práctica y discreta. No había recibido educación, pero poseía dignidad natural... Causaba alegría sólo mirarla...

**Walt Whitman.**



**Poeta y escritor norteamericano (1819-1892).**

Obras principales: *Hojas de hierba.*

## La mujer perfecta

Mujer de valor, ¿quién la hallará? Raro y extremado es su precio. Confía en ella el corazón de su marido. Págóle con bien y no con mal, todos los días de su vida.

Buscó lana y lino, y obró con el saber de sus manos.

Fué como navío de mercader, que de lejos trae pan.

Madrugó y repartió a sus gañanes las raciones, la tarea a sus mozas.

Vínole al gusto una heredad, y compróla, y del fruto de sus manos plantó viña. Ciñóse de fortaleza y fortificó su brazo. Tomó gusto en el granjear; su candelá no se apagó de noche.

Puso sus manos en la tortera y sus dedos tomaron el huso. Sus palmas abrió para el afligido, y sus manos extendió para el menesteroso. No temerá de la nieve su familia, porque toda su gente está vestida de vestiduras dobles.

Levantáronse sus hijos y loáronla, y alabóla su marido. Muchas mujeres allegaron riquezas, más tú subsiste sobre todas.

Engaño es el buen donaire y fantasía la hermosura; la mujer que teme a Dios; ésa es digna de loor.

Dadle del fruto de sus manos y lóenla en las plazas sus obras.

**Salomón.**

**Poeta y rey de la antigüedad.**

Escribió: *El cantar de los cantares; Proverbios.*

## Linterna Mágica

Era un jardín inmóvil sobre el lienzo,  
Era una infancia atónita y dichosa,  
Era una iluminada mariposa,  
Era el pasado, en el que ahora pienso.

Era Noel con su sonrisa buena,  
Era la fe que florecía en paz,  
Los hermanitos y la Nochebuena,  
Lo que se fué y no vuelve nunca más.

¿Tanto he vivido, en sombras, y por vientos  
Combatida, — para mirar mi infancia,  
Como la lucecita de los cuentos,  
En el bosque nocturno, a la distancia?

Pero, por suerte, la linterna fué  
Generosa en visiones y matices;  
Para todos los cuentos encontré  
Mi glorioso final: "fueron felices."

Fué mi infancia ese libro iluminado,  
De tapas de oro, que una mano suave  
Custodia y guarda: todo mi pasado,  
Cabe en un símbolo de nido y de ave.

Mecida siempre en el calor de un sueño  
Me acostumbraron al amor sin tasa:  
La cajita de música, la plaza,  
El cuento azul, el beso y el ensueño.



Pero hubo en mí un destino prematuro,  
Que muchas veces levantó mi frente  
Hacia una estrella, al advertir lo oscuro;  
Y lloré sobre un libro, precozmente.

Y lamenté en la rama florecida,  
Lo inevitable del deshojamiento;  
Estuvo mi alma extrañamente influida  
Por la tristeza y el presentimiento.

Padecí la nostalgia inexplicable  
Del cielo hermoso y del otoño serio;  
Me conmovió, como el mayor misterio,  
Todo lo que termina y lo variable.

Y fuí la niña que contempla el cielo  
Mientras suena una música lejana,  
Y abre al ave la jaula y la ventana  
Para que cante en libertad su vuelo.

La que remonta el agua luminosa  
De los libros de viajes, y trasueña  
Ser esa castellana que se empeña  
En exhalar virtud como una rosa.

Y fuí la niña de improvisa seria,  
Ante otra niña de mirada triste,  
Que, en domingo, ni tul ni sedas viste,  
Envuelta sólo en frío y en miseria.

Siempre mi vida interna fué callada;  
Mi soledad fué mía: con las flores  
Vivía en una isla abandonada:  
Era un jardín inmóvil de colores. . .

Era un jardín inmóvil sobre el lienzo. . .  
Y la linterna mágica, la Luna,  
Dejó de iluminarlo, más ninguna  
De aquellas flores fué perdida, pienso.



## La vejez de Mariquita Sánchez

Posaba con preferencia en San Isidro, el pueblo de la costa donde viviera tantas horas de felicidad, y que le debía seis casas, catorce calles, una plaza, una escuela y terreno para la estación. Parecíale recobrar allí los paisajes más puros de su vida, la pacífica atmósfera de su intimidad, el consuelo inagotable que la naturaleza le brindara ya, como una revelación: "Sé por una cruel experiencia que en las pérdidas irreparables, sólo el tiempo tiene el poder de dar el ánimo y la calma. Me refugié en mi quinta, inmediatamente después de haber recibido uno de esos golpes terribles que casi matan y en mi desesperación, me dije: "Yo también voy a desaparecer para siempre del mundo".

La señora, viejecita y enlutada, seguía paseándose con un libro en las manos, bajo sus frutales rendidos de abundancia, habitando la soledad, como un santuario. A veces, la poca luz advertíale que estaba en la penumbra de los árboles, olorosa y musical. Buen ámbito para meditar en "El Origen de las Especies", regalo de Juan María Gutiérrez. ¡Ah, los claros del bosque, las ventanitas azules abiertas a la eternidad, qué parecidos a la esperanza de la incansable lectora! Bien sabía ella elegir y separar predilecciones literarias. Desencantada de las almas — "en fin, mi amigo, estoy aburrida, sin fe ni esperanza" — acudía a las lecturas que sus amigos juveniles sabían recetarle. Y a los ochenta y dos años, sobreponiéndose a su salud precaria y a la fatiga de su vida, sentábase a escribir su opinión sobre un estudio de Guizot a propósito de Mme. Recamier: "Era muy linda, aunque no de gran inteligencia, pero en el mundo en que vivió se aprendía aún más que en los libros".

“Pero yo le diré a usted un secreto: *era un ser incompleto* y no podía sentir las pasiones, no conocía los celos, la desesperación de una infamia o de una ingratitud.”

Así, hasta en sus últimas predilecciones, Mariquita Sánchez definía su propio destino de pasión, lo mismo que la vislumbre persiste en el horizonte después de hundido el sol.

Rodeándole el sillón venerable, donde lucía muy bien su figura delgada y gentil, puesta siempre con un aliño exquisito de encajes y camafeos, la nueva generación inclinábase ante la abuelita, con su reverencia más respetuosa: Guido, los Estrada <sup>(1)</sup>, Moreno, Obligado, Gutiérrez y los compañeros sobrevivientes del Salón Literario de 1836. . .

Dóciles al encanto de “la mano de nieve” creían besar la Patria en ella. Nada tan grato a la señora como las francas risas de los mozos que le recordaban el pasado: aquella era la misma campana juvenil a cuyo tañido sonoro, viera levantarse el Pueblo de Mayo, el pueblo siempre joven de su prístino amor.

Ahora, miraba ya las cosas como símbolos eternos, y la memoria de los mártires cobraba en su alma una altura ideal. La muerte, igual a la nieve de la cumbre, florecía junto al azul inmarcesible de la gloria.

Por eso la Patria inclinaba ya sus mejores frentes sobre las cenizas de Rivadavia en un entrañable desagravio: Vélez Sársfield, Mármol, Sarmiento, Mitre: “sufristeis la ingratitud de los hombres y de los pueblos, y acabasteis vuestra vida soló y olvidado del mundo. Pero la posteridad os ha juzgado ya”. <sup>(2)</sup>

---

(1) «Mantuvo siempre la juventud y el frescor de las ideas, gracias a su comercio con los libros, y a su aspiración, extraña a la ancianidad, de continuar desarrollando las fuerzas intelectuales, a pesar de los años y de la vida fatigada que soportaba». — **Santiago Estrada**.

(2) Dalmacio Vélez Sársfield.

Y un pedestal de sentimiento y gratitud anticipaba la estatua de los muertos ilustres: Fray Cayetano, Manuel Belgrano, Mariano Moreno. ¡Caídos con sed de reposo, en el lecho redentor de la muerte!

Al fin la historia de los pueblos parecíase en mucho a la de las almas. Y ella experimentaba la sensación de haber vivido la suya dentro de la herida de su patria, conllevando aquel infortunio como un Cirineo apasionado. Con cerrar los ojos, desfilaban por su memoria los nublados recuerdos: el idilio inolvidable, el cuadro de las invasiones, los días de la revolución, los gloriosos combates, la tiranía: toda su existencia en íntimo enlace con su pueblo.

Y mientras Mariquita Sánchez tornaba su esperanza hacia la juventud, ésta admirábala a su vez como una figura prócer constructora de lo indestructible, personificación ejemplar de un arquetipo...

Ya la materia iluminábase en ella, devorada por el alma sedienta, mientras la viejecita apercibíase al viaje sin retorno. Igual que todos los seres fuertes, consideraba su vida como un preciso equilibrio de goce y de prueba: desde el amor entrañable, solamente doce años florecido, hasta la soledad en el destierro y la pobreza...

Todo había sido justo y estaba muy bien. ¡Cuán incomprendibles para la anciana de hoy los ímpetus y rebeldías de ayer! “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” — era su rezo cotidiano y fervoroso, en espera del tránsito:

“Mi espíritu y mi cuerpo están muy abatidos.”

Entonces llegaban las voces nuevas de los jóvenes a confortar su alma triste: “Hoy están pensando en usted sus hijos y sus infinitos amigos en todas partes del mundo. De Chile, de Francia, de España, le mandan a usted con el pensamiento tiernos saludos y felicitaciones. (1)

---

(1) Juan María Gutiérrez.

## Canto al Sol Indio

La lumbre roja y fuerte que retuesta los pastos,  
Vuelve a alzar en los vientos aquel olor bravío  
De tu hoguera fragante donde ardieron maderas  
perfumadas y nuevas:  
¡Sol Indio!

Mientras tu oro caliente me ciñe mi diadema  
De americana, evoco la grandiosa presencia  
De tus días primeros en la joven América...

Tú fuiste la Hostia Roja,  
Ofrecida en las manos de una raza potente  
Sobre un templo de bosques y un gran altar de rocas  
Donde fué certidumbre la única fe a un dios fuerte!

¡Sol llameante, Sol Indio!  
En tu velo inflamado, un avatar antiguo  
Me vió cruzar los bosques de mi salvaje América,  
Con la ebriedad de azules, de verdes y ocre vivos,  
En la mirada abierta  
Sobre el paisaje inmenso de montañas y selvas!  
(¡Todavía mis ojos — hoy nocturnos — te llevan  
En un deslumbramiento de colores en fiesta!)

¡Sol Indio!  
Blasón que nos igualas en nuestras tierras nuevas,  
Corona de oro eterno que tan sólo has ceñido  
La frente de las cumbres y la gran cabellera  
Tempestuosa y rebelde de los vientos andinos!

¡Padre nuestro que estás en los cielos de América,  
Y eres savia en las frondas calcinadas y espesas,  
Y zumo generoso en las frutas maduras;  
Flor del Fuego y la Gracia divinamente abierta  
Sobre las tierras vírgenes igual que una promesa!  
Llamada en un trémulo ondular de banderas  
Sobre las avanzadas de un Futuro, más grande  
Que aquel innumerable palpitar de altas olas  
Que empujó hacia tus playas espléndidas las Naves  
Con la Estrella del Alba imantada en las proas!

Yo, llevo en mí tu sello que abrasa y que da fuerzas,  
¡Padre nuestro que estás en los cielos de América!



## La poesía de Yamato

La poesía de Yamato (1) — dice Tsurayuki en el prefacio de la bellísima colección japonesa “Kokinshiu” — la poesía de Yamato tiene en el corazón humano su propio asiento. Nació cuando fueron creados el cielo y la tierra. Porque todas las cosas vivas necesitan del canto para expresarse”.

¡Qué verdad en las palabras del celebradísimo poeta japonés! ¡Dulce Yamato, poesía hecha vida durante las fiestas del Mu-Bai realizadas a la sombra de los manzanos y de los ciruelos! ¡Dulce Yamato, toda poesía en la maravilla inverosímil de sus creencias milenarias, como en los jardincitos cultivados, sobre cuyos estanques se quiebra la imagen de graciosos pabellones. Pensamos en la frescura de sus viejas leyendas que son como versos transmitidos de padres a hijos y entibiados de labio en labio a través de los muchos siglos. Recordamos la tradición de aquella linda muchacha cuya vida era la vida de un árbol. Y la de aquella otra, blanquísima encarnación de la nieve. Y la de una que convertida en mariposa vino por el alma de su novio cuando él murió. Y tantas otras a cual más fresca y más bella. Porque en toda poesía japonesa ha de hallarse casi siempre junto a lo fabuloso y lo fantástico, lo natural y lo colorido.

¿Dónde lo leímos? Quizá en uno de los muchos libros nobles de que nos proveyó en la infancia la solitud paterna... Y ¡con cuánta dulzura recordamos y con qué exactitud, la leyenda de aquel poeta japonés

---

(1) El Japón.

que velando una noche junto a sus libros sabios, escuchó el lamento de una libélula próxima a ser devorada por una araña. El la salvó y poco tiempo después el insecto se transformaba en una bellísima niña sumamente delgada que le dió las gracias con un timbre de voz suavísimo, como el sonido de sus alitas de tul.

Pues, y ¿la leyenda de Urashima, el pescador? De niños la leímos en forma de cuento. Ahora conocemos su valor literario como obra clásica japonesa, recolectada en la colección de "*cosas antiguas*" (Hojiki).

Recordamos: "Llegué a la costa azul de Sumenoyé — un celaje de niebla — la envolvía en la plácida mañana — de alegre primavera."

Escrita en estrofas de cuatro renglones, antiquísimas y graciosas *tankas*, se desarrolla la leyenda en todo su aspecto de maravilla y fantasía.

Urashima el pescador, se casa con la Princesa del Mar y marcha con ella a habitar un palacio de coral y de perlas. Pero he ahí que un día tras de muchos otros venturosos, Urashima siente la nostalgia de su tierra. Entonces la princesa le entrega un cofrecillo cerrado, recomendándole que si desea volver a ella, no lo abra nunca. Y el pescador torna a las viejas playas de su aldea. Pero halla todo cambiado a tal punto que no encuentra: "Ni el jardín ni la cerca — Ni la ruina que ñana — de alegre primavera.

Y se pregunta asustado: "¿Qué maravilla es ésta? — Si tres años tan sólo ha sido el tiempo — de mi ausencia?" Entonces piensa que en el cofrecillo estará el secreto de lo Inexplicable, de lo Maravilloso... Y olvida su promesa y la recomendación... Abierto el cofre apenas sale de él una nubecilla ligera que va a desvanecerse en el cielo. ¿La ilusión que se va porque la verdad llega? ¡Quién sabe lo que quiso simbolizar el antiguo poeta anónimo! Pero lo cierto es que Urashima se forma viejísimo de pronto y muere sobre la playa.

Todo se desarrolla sin fatiga y con creciente interés, no obstante las dificultades con que tropezaron los pri-



meros poetas japoneses por falta de medios de expresión.

Pero, ¡cómo se aplicaron a escuchar las voces de todas las cosas vivas para aprender el canto de ellas!

Y aprendieron del “ruiseñor que canta entre los ciruelos en flor” y de “la rana que grita jubilosa al sentir el contacto fresco del agua...”

En el Manyoshu (Colección de las Mil Hojas) que comprende el llamado período de Nara, y se refiere a una época de ciento treinta años; se leen los deliciosos “Cantos de Primavera” de autores anónimos, por los que parece correr un aliento fresquísimo y puro de jardín al amanecer...

“Sobre el ciruelo florido — van cayendo copos blancos. — Quiero recoger algunos — y todos se me deshacen — como una flor en las manos.”

Y este otro en el que se anuncia la primavera:

“Aún a los montes — recubre la nieve. — Pero ya a los sauces — junto a los torrentes — los nuevos retoños — han tornado verdes.”

¡País de ensueño! ¡Y cómo en sus poesías se une lo espiritual al encanto de lo natural!

¡Pensamos con delicia en las antiguas novias japonesas a quienes el sentimiento revelaba el secreto de la poesía! Imaginamos sus canastillas de bodas, frágiles y graciosas, en cuyo interior — como una ofrenda al elegido — colocaban las colecciones de versos, que luego el esposo se hacía leer escuchando como quien escucha una música, cuyo ritmo está medido por el ritmo del corazón... Pensamos en la dulce Atsu que floreció en el siglo décimotercio y en Murasaki-Sikibu, dama de honor de una emperatriz que reinó en 946. Mujeres suaves que llevaron en sí el espíritu de la poesía, de la verdadera poesía femenina, simbolizable en una flor de agua o en la graciosa pintura de una laca dorada en que se representa un jardín...

¿Quién no puede imaginarlas en sus largos trajes de seda bordada, cuidadosas de su tocado, encantadoras

en su fragilidad de muñecas pálidas, impresionadas de poesía entre sus crisantemos, sobre sus almohadones brochados de oro? ¡Predestinadas en una lengua que se habla en un país casi legendario, predestinadas del Arte como Akafito y Hito- Maro, antiguos poetas que fueron también capitanes del Mikado!

Y ¿cómo callar los nombres de algunos espíritus de mujeres japonesas excepcionales que siguen cantando en nuestros días, en los países lejanos que Europa va conquistando para la moderna cultura?

¿Cómo no mencionar a Kita-Shira, de la familia Samurai de Caua y a la Princesa Tsumeno Miia y a la ya muerta Emperatriz Haruco, todas ellas poetisas de nuestros días, en su lengua exótica?

¡Imperio del Sol Levante, poesía viva en la tierra florida y en el alma ascencial de su raza! Acude a nuestros labios, la amantísima estrofa en la que el poeta Mootori contesta a los que le preguntan por el camino que lleva a Yamato, "corazón de la tierra":

“Si alguno te pregunta por la entraña,  
Del corazón donde Yamato está  
Respóndele que late en la montaña  
De las cerezas, cuando el sol la baña  
Y la perfuma el viento matinal...”



# INDICE GENERAL

	<u>Página</u>
A los Maestros .....	1
La Aureola .....	2
La Madre ( <i>Discursos</i> ) .....	4
El dolor ( <i>Discursos</i> ) .....	5
Odas Seculares .....	6
La hilandera ( <i>Cuadros de viaje</i> ) .....	9
La hermana de la caridad ( <i>El genio del Cristianismo</i> ) .....	9
La Cojita ( <i>Poesías</i> ) .....	10
Elogio de la Naturalidad .....	11
La hija .....	12
Soneto .....	13
Las manos de los pobres .....	15
El Comedor .....	17
Las Santas Mujeres .....	19
Dos canciones de madre .....	21
La Casa de Rosalía Castro de Murguía .....	23
Para una dama patricia .....	24
El Consuelo y la Esperanza .....	26
Carta de Mme. Sevigné .....	28
El corazón de una dama argentina .....	29
La muñeca .....	30
Romance de María Esther ( <i>Canciones de la niña de Andersen</i> ) .....	31
La Dama de la Lámpara .....	33
Retrato físico de Manuelita ( <i>Manuelita Rosas</i> ) .....	35
Los trabajadores ( <i>Poesías</i> ) .....	36
Mujeres egipcias ( <i>La novela de una momia</i> ) .....	38
La familia ( <i>Discursos</i> ) .....	40
La mesa ( <i>Poesías</i> ) .....	41
La gallega ( <i>Viajes</i> ) .....	43
Juana Manuela Gorriti ( <i>Tradiciones</i> ) .....	45
Las hermanas tutelares .....	46
El Sueño ( <i>Pertiles en la niebla</i> ) .....	47
Bi - Kuni - San ( <i>Ko-Koro</i> ) .....	48
Isabel de Castilla .....	48

## INDICE

	Página
La Lechera ( <i>Fábulas</i> ) .....	50
La Conversación .....	52
Dorotea ( <i>Herman y Dorotea</i> ) .....	53
La madre de Sarmiento ( <i>Historia de Sarmiento</i> ) .....	54
Romance de la muñeca ( <i>Canciones de la niña Andersen</i> ) .....	57
Una vida consagrada a la ciencia .....	57
Humahuaca ( <i>viajes</i> ) .....	59
Caperucita ( <i>Poesías</i> ) .....	61
Victoria Aguirre .....	62
El encuentro ( <i>Simientes</i> ) .....	64
Elogio de las manos maternas ( <i>El libro de los Elogios</i> ) ..	66
Una insigne pintora .....	69
Una vida heroica ( <i>Cartas a las mujeres de España</i> ) .....	71
Patriotismo de las porteñas ( <i>Episodios nacionales</i> ) .....	73
Las Campanas ( <i>Poesías</i> ) .....	75
Una conversación con Sor J. I. de la Cruz ( <i>Juana de Asbaje</i> ) ..	76
La Sabiduría del Corazón ( <i>El manuscrito de mi madre</i> ) ..	77
La hermana ( <i>Poesías</i> ) .....	78
La última carta de María Antonieta .....	79
Mi compañera Inés .....	81
Hermanas gemelas de la Caridad ( <i>Visiones de la Gran Aldea</i> ) .....	83
Ventana mágica ( <i>Retablo</i> ) .....	95
Poemas en prosa .....	87
Virginia ( <i>Pablo y Virginia</i> ) .....	89
Lavanderas ( <i>Buenos Aires 70 años atrás</i> ) .....	90
Seguramente ( <i>Poesías</i> ) .....	92
De las Memorias del General Paz .....	93
Mireya .....	95
La última carta de Manuelita ( <i>Manuelita Rosas</i> ) .....	96
Romances de la Niña Negra ( <i>Romancero de niñas</i> ) .....	98
María Lucero ( <i>Desperta Ferro</i> ) .....	100
A una mariposa ( <i>Poesías</i> ) .....	102
Doña Aurelia Vélez Sársfield .....	103
Escena de Buenos Aires ( <i>Páginas escogidas</i> ) .....	105
Cómo es Margot ( <i>Poesías</i> ) .....	106
La viuda ( <i>Lo irremediable</i> ) .....	109
Santa Teresa de Jesús .....	112
Las beldades de mi tiempo .....	115
El buen Rey ( <i>La Leyenda de Gosta Berling</i> ) .....	116
Pepita Jiménez .....	119
Un teniente coronel femenino .....	121
El libro de mi vida .....	124

## INDICE

	Página
Eva ( <i>El paraíso perdido</i> ) .....	126
Concepción Arenal ( <i>La mujer y el trabajo</i> ) .....	128
Simplificación de la vida .....	130
La musa de los Andes ( <i>Ensayos</i> ) .....	132
Blanca Nieves ( <i>Poesías</i> ) .....	133
Mi primer hogar ( <i>Azabache</i> ) .....	134
La mujer y el trabajo ( <i>La perfecta casada</i> ) .....	137
Bajo las glicinas ( <i>Silenciosamente</i> ) .....	138
La Hermana ( <i>Poesía</i> ) .....	139
Las manos de mi padre ( <i>Lo irremediable</i> ) .....	140
Magdalena Güemes ( <i>Mujeres de América</i> ) .....	143
Mi retrato ( <i>Poesías</i> ) .....	145
Cenicienta ( <i>Poesías</i> ) .....	146
La esposa ( <i>Poesías</i> ) .....	147
Retrato moral de Manuelita Rosás ( <i>Manuelita Rosas</i> ) .....	148
Cuadro de hogar ( <i>La Gaviota</i> ) .....	150
La señora que hace dulces ( <i>El libro de Sigüenza</i> ) .....	152
Mariquita Thompson ( <i>Mujeres de América</i> ) .....	154
El sueño ( <i>Fértiles de la niebla</i> ) .....	157
La literatura argentina .....	158
Roma ( <i>Corina</i> ) .....	160
Güemes ( <i>Páginas escogidas</i> ) .....	161
Rosarito Simón ( <i>Agua Serrana</i> ) .....	166
Evitar el ocio ( <i>La perfecta casada</i> ) .....	167
Cuatro retratos de mujeres ( <i>Discursos</i> ) .....	168
La mujer perfecta ( <i>Proverbios</i> ) .....	171
Linterna mágica ( <i>Canciones de la niña de Andersen</i> ) .....	172
La vejez de Mariquita Sánchez ( <i>Mariquita Sánchez</i> ) .....	174
Canto al Sol Indio ( <i>Las Alas de Metal</i> ) .....	177
La poesía de Yamato ( <i>Idolos de Bronce</i> ) .....	179





---

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA CASA

## ALGUNAS PUBLICACIONES DE LA CASA

---

- ARCELLI M. — Apuntes de Higiene de la Habitación.
- ARCELLI M. — Higiene de la Alimentación.
- ARRIOLA F. — Historia Antigua, Oriente, Grecia y Roma. Adaptada a los programas Nacionales, Normales y Comerciales, 1er. año. 1 tomo tela.
- ARRIOLA F. — Historia General, Edad Media, Moderna y Contemporánea. De acuerdo a los programas de los Colegios Nacionales, Comerciales, y Escuelas Normales, 2º año. 1 tomo tela.
- ARRIOLA F. — Historia Americana y Argentina. De acuerdo al programa de 3er. año Nacional. 1 tomo tela.
- ARRIOLA F. — Historia Argentina y Americana. De acuerdo al programa de 4º año Nacional. 1 tomo tela
- ARRIOLA F. — Historia de la Civilización.
- ARRIOLA F. — Historia Argentina, para los grados elementales, 2 vols.
- ARRIOLA F. — Historia Americana. Curso Elemental.
- ARRIOLA F. — Historia Universal para los grados elementales.
- BASTITA E. — Elementos de Aritmética.
- BASTITA E. y DE MARTINI A. — Contabilidad. Adaptada a los programas oficiales de las Escuelas de Comercio. En varios tomos.
- BENITEZ M. — Higiene y Puericultura.
- BERESI J. J. — Geografía, Asia y Africa. De acuerdo a los programas de los Colegios Nacionales, Comerciales y Escuelas Normales. 1 tomo tela. 1er. año.
- BLANCO J. M. — Atlas de Anatomía Zoológica. Para los estudios secundarios.
- BRETHES J. — Elementos de Mineralogía.
- BRETHES J. — Elementos de Geología.
- BURNETT F. F. — Burnett's Grammar. (5ª edición). Los señores profesores y alumnos han hecho de esta gramática un texto imprescindible porque resuelve las dificultades de pronunciación y construcción gramatical por comparación con el idioma castellano. Es completa.
- CASTEL C. — Mon premier livre de Français. Curso elemental para los principiantes.
- CASTEL C. — Mon second livre de Français. Libro para curso primario.
- CASTEL C. — Conjugaison des verbes. Un libro indispensable para el estudio de los Verbos Franceses.

**CHANTREL y COURVAL.** — Historia Contemporánea.

**CLARET E.** — Libro de Religión. Tomo 1º

**CLARET E.** — „ „ „ „ 2º

**CLARET E.** — „ „ „ „ 3º

Un curso completo de catecismo adaptado para cada una de las edades de la juventud católica.

**DEL LAGO A.** — *Iniziazione Italiana*. Libro primero de acuerdo a los programas de 4º año Nacional. Libro segundo para 5º año.

**DESPEL J.** — *Le Français à l'Ecole. Méthode pratique de Français, cours préparatoire*.

**DESPEL y PEACE.** — Método práctico de Inglés. Curso elemental y 1º, 2º y 3er. año.

**DREIDEMIE O. J.** — *Antología Castellana*. Colección de lecturas escolares para los alumnos de Bachillerato; anotadas y comentadas, 2 tomos. Tomo 1º para 1º, 2º y 3er. año; tomo 2º para 4º y 5º año.

**EHLUAL G.** — Manual de Psicología. 4º año Nacional.

**EVANS A.** — *My First Book*, para las clases infantiles. (2 tomos).

**FAYET L.** — *Historia de la Literatura Castellana*. Redactada de acuerdo con el programa vigente de 5º año Nacional.

**GABRIAC P.** — *Novísima Geografía Atlas*. Curso elemental para 3º y 4º grado. Una obra de gran relieve. Aprobada por el Consejo de Educación de la Provincia de Buenos Aires.

**GABRIAC P.** — *Novísima Geografía Atlas*. Curso medio para 4º, 5º y 6º grado. Un libro inmejorable. Aprobada por el Consejo de Educación de la Provincia de Buenos Aires.

**GALARZA F. J.** — *Geología (Esquemas de)*. Texto de acuerdo a los Programas de los Colegios Nacionales, Liceo de Señoritas, Escuelas Normales e iniciación de la Facultad de Ciencias.

**GALARZA F. J.** — *La Estructura de la Materia*.

**GATTI y FLORES.** — *Geografía económica de la República Argentina*.

**H. E. C.** — *Historia Religiosa*. Libro 1º para 1º y 2º grado.

**H. E. C.** — *Historia Religiosa*. Libro 2º para 3º y 4º grado.

**H. E. C.** — *Lecciones de Lengua Castellana*. Curso superior para Colegios Nacionales y Escuelas Normales.

**H. E. C.** — *Ciencias Físicas y Naturales*. Curso Elemental.

**H. E. C.** — *Lecciones de Lengua Castellana*. Curso Superior. Libro para el Maestro.

**H. E. C.** — *Contabilidad*. (Nueva edición).

**H. E. C.** — *La Tierra*. (Edición 29ª, completamente reformada).

**H. E. C.** — *Anatomía, Fisiología e Higiene*, con suplemento.

**H. E. C.** — *Aritmética*. 2 cursos, con claves para maestro.

**H. E. C.** — *Historia Religiosa*. Libro 3º para 5º y 6º grado.



- H. E. C. — Explanación de la Doctrina Cristiana, según Hillaire, para 5º y 6º grado; 1º, 2º y 3er. año.
- H. E. C. — Lecciones de Lengua Castellana. Curso elemental y curso medio, 2 tomos, para la Enseñanza Primaria.
- H. E. C. — Ejercicios de Cálculo, con claves para maestro.
- H. E. C. — Geografía elemental. 2 libros.
- H. E. C. — Geografía La Argentina.
- H. E. C. — Literaria preceptiva.
- H. E. C. — Manual de Lógica.
- H. E. C. — Manual infantil. Para los primeros grados.
- ISSOURIBEHERE P. J. — Lecturas agrícolas. Para las escuelas rurales.
- LAVELLI A. V. — Giovinezza. Libro de lectura para 4º y 5º año, de Italiano de los Colegios Nacionales.
- L. M. — Moral Práctica.
- LARA DOS SANTOS. — Botánica. (Para ingreso).
- LARA DOS SANTOS. — Botánica. Estudios secundarios.
- LORDAC P. — Nociones de Geometría. Para los grados elementales.
- LORDAC P. — Nociones de Geometría. Libro para el Maestro.
- MAZZANTI J. y FLORES I. MARIO. — Cien Lecturas. Libro de lectura para 5º y 6º grado, de las Escuelas Primarias de la Capital y Provincia de Buenos Aires.
- MAZZANTI J. — Muchachito. — Texto de lectura para 1er. grado inferior.
- MAZZANTI J. — Alegría. Texto de lectura para 2º grado.
- MAZZANTI J. — Palotes. Libro de lectura para 1er. grado.
- MILTON J. — Lucecitas. Libro de lectura para 1er. grado inferior.
- MOLINELLI WELLS J. My English Book. Curso de inglés en tres libros para los Colegios Nacionales, Escuelas Normales y de Comercio.
- MORAN V. — Instrucción Moral y Cívica, dispuesto para los grados 3º, 4º, 5º y 6º de las Escuelas Primarias Nacionales y Escuelas primarias de la provincia de Buenos Aires, 1 tomo encuadernado. Aprobada por el Consejo de Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- NAVARRO SANTA ANA y ANGUITA. — Aritmética.
- OLGUIN M. M. y ZAMORA GRONDONA V. — Por el Camino. Libro para Primer Grado Superior.
- PERAY E. — Nuevo Devocionario de la juventud. Compuesto para uso especial de las Escuelas y Colegios Católicos.
- PIAZZA L. — Química Inorgánica. Adaptado a los programas vigentes de Colegios Nacionales y Escuelas Normales, y con breves capítulos de industrias argentinas, de gran utilidad para estudiantes de Escuelas de Comercio.
- PIAZZA L. — Química Orgánica. Idem, idem.
- RACUEZ V. — Resumen de Historia Universal.
- REY M. I. — Pedagogía Didáctica.

- ROCHA R. R. — Historia de la Civilización bajo su aspecto comercial.
- VALDASPE T. — Historia de la Literatura Castellana.
- VALDASPE T. — Tratado de Lógica.
- VIDAL J. — Botánica. Obra de gran alcance, con láminas en colores, para 2º y 3er. año de los Colegios y Liceos Nacionales y Escuelas Normales.
- VINARDELL A. — Historia Argentina. Para la Escuela Primaria. Aprobada por el Consejo de Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- WALTER B. — Gramática Inglesa. Un libro indispensable para los alumnos de 2º, 3º y 4º año Nacional.
- WEST J. O. — Cómo aprendió Mario. Para primer grado.
- WEST J. O. — Mario Progresando. Primer libro de lectura.









LL  
1920  
DOM